MUNDO HISPANICO

CARNAVALES

N.° 348 - MARZO 1977 - 75 Ptas.

ESTAFETA

Estos anuncios serán gratuitos hasta un máximo de QUINCE palabras para los suscriptores de MUNDO HISPANICO. Para los no suscriptores, el precio por palabra será de 10 pesetas.

LORRELL BRADY-424 Burroughs. Flint Michigan (U.S.A.) 48507. Desea mantener correspondencia.
WILHUR G. BOLEY. 52062-146 Dorm 7. P.O. Box, 1500 El Reno. Oklahoma 73036 (U.S.A.). Desea mantener correspondencia.
Mrs. A. MASON. Hazlewick School. Three Bridges. Crawley. W. Sussex (Inglaterra). 15 alumnos del colegio, desean mantener correspondencia.
RONALD LACEY. Box 581 Ottawa. Kansas 66067 (U.S.A.). Desea mantener correspondencia.
DUANE PENCE. 1820 W. University Dr. n.º 89. Tempe. Arizona 85281 (U.S.A.). Joven aficionado a viajar, escribir, etc., desea mantener correspondencia.
JAMES BELL. 5 Hawthorn Terrace. Londonderry (Irlanda del Norte). Profesor, desea mantener correspondencia.
ELZBIETA RESZKE. 83-330 Zukowd. Ul. 3 Maja 23 (Polonia). Desea mantener correspondencia.
DAVID ABARCA C. L. E. 4207815 Correo C. Callao (Perú). Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo.
REINHOLD VETTER. Srt. 15. August n.º 23. Dumbraveni (Rumanía). Desea mantener correspondencia en alemán.
EVA KUCZYRIZHA. 56-321 Bukowice 176 (Polonia). Desea mantener correspondencia.
ANTONIO T. EVANS. Box 779 n.º 138870. Marquette, Michigan 49855 (U.S.A.). Desea mantener correspondencia.
ARTHUR R. TAYLOR. P.O. Box, 100. Somers. Connecticut 06071 (U.S.A.). Desea mantener correspondencia con jóvenes españoles.
Mr. MARK NELSON. 46 Hilltop Road. Mystic. Connecticut. 06355 (U.S.A.). Desea mantener correspondencia con jóvenes.
VINOD SHAH (Age. 33). 923 Park Aven. Apt. 9. Hoboken. N. J. 07030 (U.S.A.). Desea mantener correspondencia.
MARY KOVA'CS. Horarska 12. 80000 Bratislava (Checoslovaquia). Desea mantener correspondencia.
MANUEL MORENO M. Zentmarkweg, n.º 5-6. Frankfurt 90 (Alemania). Desea mantener correspondencia con personas de todo el mundo, en español, inglés, italiano, alemán y francés.
MARIA L. LOPEZ DAVILA. Marco Polo 797. El Callao (Perú). Desea mantener correspondencia con jóvenes de todo el mundo.
CARLOS ECHINOPE A. Solferino 3994. Montevideo (Uruguay). Desea mantener correspondencia en castellano.
ELVIRA VILLEGAS. Pons n.º 6-2.º-1.ª. Barcelona (España). Estudiante de 17 años, desea correspondencia con estudiantes en español.
¿Desea Ud. conocer su escudo heráldico y genealógico? Escudos dibujados a todo color con lambrequín y yelmo en pergamino o papel pergamino. Escriba a María Jesús Garrido, calle Betanzos, n.º 24-2.º izq. San José de Valderas. Alcorcón. Madrid (España).
MARIA TERESA CASTRO CEBRAL. Parón 1301. 1.º B. Capitán Federal (República Argentina). Desea intercambiar correspondencia en español o inglés con jóvenes de todo el mundo de 15 a 18 años.
IRENA SKIBNIEWSKA, ul. Bieruta 58/7. 58260. Bielawa. Polska (Polonia). Desea mantener correspondencia con jóvenes españoles.
ELWIRA MOJKOI. ul. B. Chrobvego, n.º 9. 63300 Plascer (Polska-Polonia). Desea correspondencia sobre hobbies, fotografía, música, etc. Escriban.
JANUSZ TOMCZAK, 4 Sawickiey 33/18, 65559 Ziel-Gora (Polonia). Desea correspondencia en alemán o inglés.
MARGARET HANUS. Os Oswiecenie 105/5. 61-212 Poznan (Polonia). Desea amistades para intercambiar temas sobre literatura, deportes, turismo, música, historia, etc.
J. CARLOS CASTELRUIZ. Apartado 68693. Caracas 106 (Venezuela). Joven español desea intercambio epistolar con chicas y chicos españoles, preferentemente estudiantes universitarios.

BUZON FILATELICO

DANIEL ALVAREZ LAZO. Ciudad Jardín A-28 Managua (Nicaragua). Desea intercambio de sellos de correos con jóvenes de todos los países.
MANUEL ANTONIO VARELA. S. Estafeta Universitaria. Panamá (República del Panamá). Desea intercambio de sellos de correos con filatélicos de todo el mundo. Correspondencia en español, inglés, francés y alemán.
ANERIAM MAIRENA MAIRENA. Panadería Aurora. La Trinidad, Esteli (Nicaragua). Desea intercambio de sellos de correos con jóvenes de todo el mundo.
CARLOS ANTONIO ARROLIGA. De la rotonda de Bello Horizonte, 1 y media cuadras al Sur, A-4. Managua (Nicaragua). Desea canje de sellos y postales con todo el mundo.
GONZALEZ MEDINA. Apartado 759. Murcia (España). Cambio sellos de correos. Deseo hispanoamérica y Filipinas. Doy España y Francia. Respuesta asegurada.
DANIEL TIPIAN CARVAJAL. Francisco Solano, 116. Rimac-Lima (Perú). Desea intercambio de postales y sellos de correos.
CATALOGO YVERT & TELLIER 1977. Todos los sellos de correos del mundo, catalogados, con sus precios en francos franceses. Tomo I: Francia y países de expresión francesa. Tomo II: Europa. Tomo III: Ultramar (Africa, América, Asia y Oceanía). Pedidos a su tienda de filatelia o a Editions Yvert & Tellier, 37 rue des Jacobins 80036 Amiens-Cedex (Francia).
ROBERTO ANTONIO GUARNA. Francisco Bilbao 7195. 1440 Capital Federal (República Argentina). Desea intercambio de sellos de correos con coleccionistas de todo el mundo; con preferencia europeos. Seriedad. Correspondencia certificada.
PABLO LOPEZ GOMIZ. Conde Sepúlveda, n.º 1. 4.º F. Segovia (España). Cambio sellos universales usados, sello por sello.

MUNDO HISPANICO

Director
J. L. CASTILLO-PUCHE

Redactor-Jefe
FLORENCIO MARTINEZ RUIZ

Reportajes especiales, entrevistas, encuestas, etc.
E. MORALES CANO, J. DEL AMO, MILAGROS S. ARNOSI, PILAR EQUIZA, E. JURADO SALVAN...

Asesor documentación hispanoamericana
GASTON BAQUERO

Diseño
EDUARDO ROLDAN

Diagramación
DANIEL DEL SOLAR

Archivo
DELFIN SALAS y AURORA ROMERO

Secretaria de Redacción
ROSA M.ª LLORENS

FOTOS: Cifra Gráfica, Europa Press, Contifoto, P. Enrique, Coprensa, Radial Press, Angel Ubeda, etc.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION: Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3. TELEFONOS: Redacción: 244 06 00; Administración: 243 92 79. DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: Apartado de Correos 245, Madrid. EMPRESA DISTRIBUIDORA: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA. Evaristo San Miguel, 9 - MADRID-8. Teléfonos: 247 79 03-04/241 85 02-03-04. Impreso por Heraclio Fournier, S. A. - Vitoria. Entered as second class matter at the post office at New York, monthly: 1969. Number 258, «Mundo Hispánico» Roig spanish books, 29 west 19th. Depósito legal: M. 1.034 - 1958. PRECIOS DE SUSCRIPCION: ESPAÑA Y PORTUGAL: Un año, 750 ptas. Dos años, 1.200 ptas. Tres años, 1.800 ptas.—IBEROAMERICA Y FILIPINAS: Un año, 21 dólares. Dos años, 36 dólares. Tres años, 51 dólares.—EUROPA, ESTADOS UNIDOS, PUERTO RICO Y OTROS PAISES: Un año, 30 dólares. Dos años, 52 dólares. Tres años, 75 dólares. En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario. Está solicitado el control de O.J.D.

N.º 348 - Marzo 1977 - Precio: 75 ptas.

Desde siempre las máscaras en todos los pueblos han formado parte de los ritos más misteriosos y reveladores del sentido de la vida y de la muerte. Es verdaderamente impresionante este conjunto de máscaras de la Colección de Arte Popular Actual de América y Filipinas del Instituto de Cultura Hispánica, bellas y expresivas máscaras de las distintas culturas del mundo hispánico y que, aún hoy, se exhiben en las más significativas fiestas de estos pueblos.



SUMARIO

CARTAS AL DIRECTOR

LA HISTORIA DEL IDIOMA ESPAÑOL



Con gran satisfacción he leído en MUNDO HISPANICO el artículo sobre «Los mil años del idioma español», pues siempre resulta reconfortante el reencontrar las raíces de la lengua que hablamos. Junto a la ajustada ilustración —yo pienso que muy difícil de conseguir— transcriben el primer texto redactado en castellano y que hoy se conserva en la Academia de la Historia. Creo que ese simple dato serviría para finalizar la polémica sobre si los derechos del centenario pertenecen a Cantabria o a la Rioja según he visto publicado en los periódicos. Por encima de reivindicaciones más o menos localistas las «Glosas emilianenses» deben ser algo más que una reliquia, el primer vagido del idioma. Los doscientos diez millones de hispanohablantes bien merecen que el tema sea desarrollado con la altura y la profundidad necesaria. El hecho de que para Menéndez Pidal no exista discusión en el hecho de que el idioma castellano nació en el territorio de Cantabria no agota en mi parecer la cuestión. Esa es la tesitura por la que la abundancia en el tema —y MUNDO HISPANICO bien podría ser el promotor de nuevas estimaciones sobre la polémica— siempre ha de resultar una fértil preocupación lingüística.

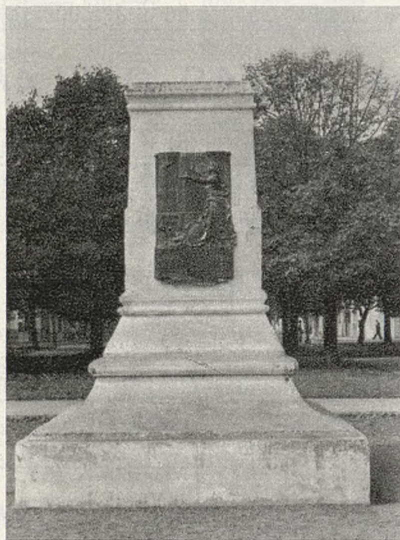
Juan Luis Torres
Madrid

EL VUELO DEL «PLUS ULTRA»

El 10 de febrero de 1926 llegaron a Buenos Aires los aviadores españoles que cruzaron por el aire por primera vez el Atlántico. Me encontraba en esta capital, y puedo testimoniar el enorme entusiasmo que el acontecimiento causó en el público. Los diarios bonaerenses publicaron ediciones extraordinarias que daban cuenta de las etapas del vuelo: 1) Palos-Islas Canarias; 2) Canarias-Cabo Verde; 3) Cabo Verde-Fernando Norohna; 4) Fernando Norohna-Pernambuco; 5) Pernambuco-Río de Janeiro y 6) Río de Janeiro-Montevideo-Buenos Aires, ciudad donde amerizó el hidroavión «Plus Ultra», después de haber volado 10.120 kilómetros, y tras 57 horas y 37 minutos de navegación. Esta fue también la primera travesía aérea donde se utilizaron los pronósticos meteorológicos.

El nombre «Plus Ultra» es la divisa del escudo español y quiere decir «más allá». En Valladolid, la antigua capital española, existe una estatua erigida en memoria de Colón, en la que el artista esculpió un león, una de cuyas garras se posa sobre la palabra «non», en ademán de eliminarla. La anterior divisa española era «non plus ultra», que significa: «no más allá». Hace más de medio siglo que el vuelo de Ramón Franco unió España con América a través del aire, como por mar se hiciese a finales del siglo XV.

Félix Alejandro Mateo
Lima (Perú)



UN VALENCIANO EN MEXICO

Soy la única persona de Valencia que fue con el grupo de la localidad pamplonica de Caparroso, invitado por el presidente de México, José López Portillo, a la toma de posesión de éste. Y lo mismo digo de los diferentes actos oficiales a los que asistí durante mis doce días de permanencia en aquel país. Por haber estado durante todo este tiempo la mayor parte de los días con la familia del presidente, de un lugar a otro, ha surgido cierta simpatía mutua, o podríamos llamarle también amistad, si se quiere.

Al leer el número de enero pasado de MUNDO HISPANICO, como lo hago todos los meses, me encontré con la agradable sorpresa de ver publicado un artículo, muy acertado por cierto, sobre las relaciones entre México y España. En otra parte de la revista aparecía una fotografía del presidente López Portillo con sus tres hijos.

Inmediatamente pensé que, conociéndolos un poco, como creo conocerlos, les gustaría tener este ejemplar. Así que pienso mandarle un ejemplar al presidente y otro a su hermana, la poeta Margarita López Portillo.

Julio Luis Rodríguez
Valencia (España)



RECUERDO A PAU CASALS

Me parece oportuno y justo el recuerdo que han dedicado a Pau Casals con ocasión del centenario de su nacimiento. En el trabajo sin firma que aparece en el número 346 de MUNDO HISPANICO del pasado enero, se dice que Casals, niño prodigio, tocó el piano, en el Palacio Real, para la reina gobernadora, aquella excepcional mujer que fue doña María Cristina.

Creo que aquí hay una confusión. La reina gobernadora de nuestra historia, doña María Cristina de Borbón, murió en El Havre el 2 de agosto de 1878, y Casals nació el 29 de diciembre de 1876. Con diecinueve meses, ningún niño prodigio puede dar conciertos de piano. Sin duda, la referencia debió hacerse a doña Cristina de Habsburgo, madre de Alfonso XIII, que no ha recibido nunca el calificativo de reina gobernadora.

La denominada de este último modo, doña Cristina de Borbón, madre de Isabel II, es la del monumento, tampoco demasiado conocido, que se erigió en Madrid cerca del Museo del Prado, y es obra del escultor Mariano Benlliure.

María Teresa Baranda
Madrid (España)



los guadalupanos

A través del tiempo y del espacio, durante una treintena de cursos y remontando fronteras y geografías, los guadalupanos —antiguos becarios hispanoamericanos del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe— bajo la fundación del Instituto de Cultura Hispánica y protección del Ministerio de Asuntos Exteriores se han creado una confraternidad vinculante, unitiva y operante, una hermandad indisoluble y retadora frente al porvenir.

Los hay en todas las latitudes y profesiones, de todas las tendencias ideológicas y quehaceres, de todos los matices espirituales. No olvidan, ni olvidarán nunca, sus años de Ciudad Universitaria en Madrid y, a veces, se reúnen entre los de todas las regiones de cualquier país, o incluso los de varios países vecinos o no tan vecinos. Una hermosa alianza de sueños y de ideales los une, y aunque tengan derroteros distintos por la política, la economía o lo que sea, siempre obedecen al imperio de sus raíces comunes, de aquellos años escolares. Algunos incluso se casaron en España.

En este M. H. presentamos una visión o revisión —balance de casi todos los directivos de esta institución ejemplar y modelo—, y digo de casi todos, porque entre ellos ocupa un lugar primacial el que fuera prácticamente el sembrador y hasta creador en parte de esta empresa iluminada, don Joaquín Ruiz-Giménez Cortés a quien no se pudo entrevistar adecuadamente por estar de viaje en esta fase de su carrera política y no por falta de voluntad y deseo ni suya ni nuestra. Nos consta a diario su entrega siempre apasionada al ensueño y a la realidad hispánica, que había de vivirla intensamente en aquellos años, junto a don Alberto Martín Artajo y don Alfredo Sánchez Bella. Sirva aquí esto de disculpa a esta memorable ausencia siempre que se hable de Hispanidad y que si no aparece en el reportaje en cuestión, ha sido solamente por azares de su persona comprometida en viajes, diligencias y afanes, tras otros sueños. Pero, aún así, nos llegó, a distancia, expresivamente su aliento y su participación sintiente en esta conmemoración.

Lo importante es que hablar del Guadalupe y de los guadalupanos es siempre mentar y vivir una comunidad amplia, efusiva, discursiva, entrañable y uno recuerda con emoción muchos días de coloquio interminables al lado de un Javier Martínez de Velasco y de un Joaquín Campillo o cuando con Icaza Tijerino o Jorge Salvador Lara etc., nos uníamos en cántico y disputa, vislumbrando un futuro de éxitos no personales sino de cada nación y todas las naciones juntas, quimera que en muchos aspectos se va haciendo realidad visible y palpable. Espíritu de aquella hora inicial fue la labor del gran planificador Alvarez Romero.

Repasando los textos de este escueto resumen, en donde entran ministros antiguos y ministros españoles actuales como Aurelio Menéndez y Menéndez, Andrés Reguera Guajardo, se verá la honda identificación capital de sentimientos e ideas dentro de la diversidad de criterios en otras cuestiones accidentales. No se trata de fiel compañerismo y leal camaradería en los años de los anhelos transformadores sino de una solidaria, compacta y nutrida coorporación organizada de hombres que hoy ocupan funciones y puestos de la máxima responsabilidad en sus respectivos países, como repetidas veces nos lo ha recordado aleccionadoramente nuestro director don Juan Ignacio Tena Ybarra.



Primera sede del Colegio Mayor Hispanoamericano N.ª S.ª de Guadalupe.

Tiempo ahora en esta sumaria memoria de meditar no tanto ya en el pasado sino de pensar, estructurar y reestructurar lo que todavía el futuro puede dar de sí, cuando el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe es, hic nunc, evidente promesa de vocaciones llamadas a un destino transfigurador, futuro al que nos convoca el Rey con su ejemplo y el Ministerio de Asuntos Exteriores con su abierta dinámica de relaciones algo más que meramente diplomáticas y mucho más que meramente comerciales, programa que es puerta abierta a un tipo de cooperación realmente fecunda.

Los guadalupanos son legión y lo llenan todo y lo llenan con legítimo orgullo, eficacia, competencia, positiva incorporación al progreso y desarrollo de sus pueblos, y siempre recordarán los años mozos, inquietos, esperanzadores, de una vocación constructiva para la universal Hispanidad, aquellos años guadalupanos que fueron como la forja en el yunque del amor y la armonía en común.

Siempre creemos tendrán algún valor indicativo de porvenir esta suma de testimonios que hoy ofrecemos como antología de lo que fue el Colegio de Guadalupe, de lo que siempre quiso ser y todavía puede ser. Y lo será.

A la hora de cierre de la revista nos llegan algunos informes tan interesantes como los de Joaquín Campillo, Javier Martínez de Velasco, etc., junto a las opiniones de un nutrido grupo de colegiales, que daremos en el próximo número y así tendremos una visión total de los treinta años de esta Institución.—J. L. C.-P.

LOS REYES DE ESPAÑA EN ROMA

La visita de los Reyes de España a Roma constituyó un rotundo éxito por el gran recibimiento dispensado por Su Santidad el Papa Pablo VI en un encuentro lleno de afecto y confianza —don Juan Carlos y doña Sofía conversaron con el Pontífice durante hora y cuarto en su biblioteca privada— y por la cordial acogida del presidente de la República italiana Giovanni Leone. Los Reyes de España llegaron a la Ciudad Eterna el 9 de febrero para permanecer tres intensos días. Desde hacía 54 años, en que Sus Majestades don Alfonso XIII y doña Victoria estuvieron en Roma, era la primera vez que unos monarcas españoles visitaban la Ciudad Eterna.

Don Juan Carlos y doña Sofía habían acudido a Roma, siendo príncipes, con motivo de la proclamación de Santa Teresa como doctora de la Iglesia, en septiembre de 1970.

En el aeropuerto militar de Ciampino, don Juan Carlos y doña Sofía fueron recibidos por monseñor Benelli de la secretaría de Estado de la Santa Sede, y por altos prelados vaticanos. Esperaban también a los Reyes los dos embajadores españoles en Roma, acompañados del personal de sus respectivas delegaciones. A las siete y media de la tarde el séquito real entraba en la Plaza de España, y poco después Sus Majestades ofrecían una recepción en el Palacio de España a los 600 españoles que integran la colonia española. El día 10 de febrero, Pablo VI recibió en audiencia privada a los Reyes de España.

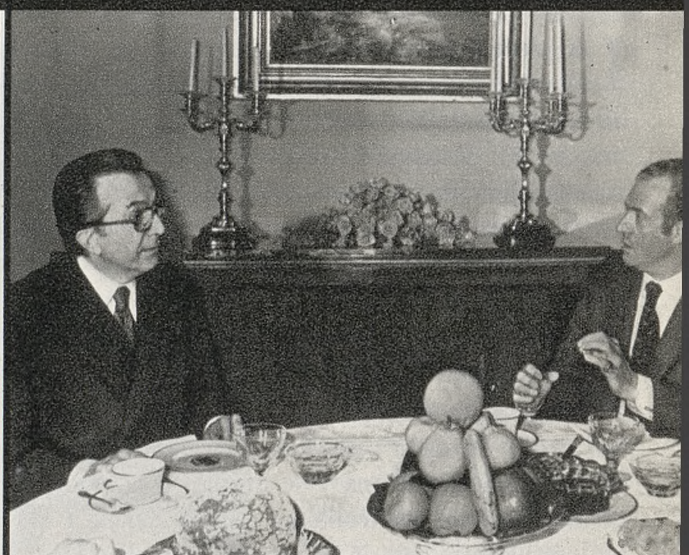
Pablo VI se refirió en su discurso «A la conciencia del momento singular que estamos viviendo», que penetra «nuestro espíritu y hace aflorar en el sentimiento de intensa complacencia al recibiros hoy en esta visita oficial a la Santa Sede».

Terminada la audiencia papal, los soberanos mantuvieron una entrevista con el cardenal Villot, secretario de Estado del Vaticano, al que ofrecerían posteriormente un almuerzo en su honor en el Palacio de España. Por la noche, los monarcas ofrecieron en la embajada española una recepción a las autoridades eclesiásticas y civiles romanas. Posteriormente, en el palacio del Quirinal, el presidente italiano, Giovanni Leone, ofreció una cena a los soberanos. El día 11, tras la visita real a la iglesia de Montserrat, donde los monarcas oraron ante la tumba de Alfonso XIII, la estancia en el Colegio español y el desayuno de trabajo entre don Juan Carlos y el primer ministro italiano, Giulio Andreotti, los Reyes regresaron a España acrecentado su prestigio y popularidad y con la honda emoción de las jornadas vividas.













En este friso gráfico documentamos los principales momentos del viaje de los Reyes al Vaticano y a Roma. Arriba, un instante de la audiencia de don Juan Carlos y doña Sofía con el Papa Pablo VI. La entrevista con el presidente italiano, señor Leone, en el Palacio del Quirinal. En el centro, una muestra de la cálida acogida pontificia a don Juan Carlos y un detalle del desayuno de trabajo del Rey con el primer ministro italiano Giulio Andreotti. Sobre estas líneas, el saludo del poeta español Rafael Alberti al Soberano, en presencia del embajador Robles Piquer a lo largo de la recepción ofrecida a la colonia española en Roma y, seguidamente, la presidencia del almuerzo que los Reyes de España ofrecieron en la embajada española ante la Santa Sede al cardenal Villot, secretario de Estado del Vaticano. En la imagen aparece junto a los monarcas españoles la infanta doña María Cristina, monseñor Benelli y el ministro de Asuntos Exteriores, don Marcelino Oreja, entre otras personalidades.

EL VIRREINATO PLATENSE

A LOS 200 AÑOS DE SU FUNDACION

Fue creado por Carlos III para defender las provincias españolas de Sudamérica

Por Jaime DELGADO

LA pérdida de los dominios españoles en Europa, consumada durante la segunda mitad del siglo XVII, constituye una de las causas de la nueva orientación política que puede advertirse en los monarcas Borbones. La nueva directriz tiene en América una de sus finalidades más importantes, como se advierte, bajo Felipe V, en Campillo —si bien todavía balbuceo solamente—, y en el marqués de la Ensenada con Fernando VI. Inmediatamente después, Carlos III y su equipo gubernamental intentarán una profunda reestructuración del Imperio, que tan sólo en parte lograrán.

Cuando iba a terminar la segunda década del Setecientos, la Corona española consideró terminado el período expansivo de su acción americana y se dispuso a la doble tarea de fijar definitivamente sus fronteras neomundanas y defenderlas de los posibles ataques de las potencias vecinas. Este es, en definitiva, el significado de las tres creaciones territoriales en la América del siglo XVIII: Virreinato de Nueva Granada —1718 y 1739—, Comandancia General de Provincias Internas —22 de agosto de 1776— y Virreinato del Río de la Plata —1 de agosto de 1776—, nombramiento de don Pedro de Cevallos con virreinato considerado provisional, y octubre de 1777, afirmado ya como definitivo. Tales creaciones obedecen, pues, a causas comunes, como el creciente peligro de la piratería, la mayor amenaza británica —con bases en Jamaica y otros lugares antillanos— y la necesidad de desarrollo económico y evitación del contrabando, en auge desde las concesiones de Utrech: navío de permiso y asiento de negros.

Pero la creación del Virreinato platense responde, además, a algunas razones específicas. Cuentan entre ellas, sin duda, las circunstancias de la política exterior española y las necesidades económicas de la adminstración interna del Imperio. En el primer aspecto, el problema de las relaciones internacionales se plantea, en el siglo XVIII, con un claro color americano, ya que los enfrentamientos y rivalidades entre las potencias europeas se dirimen entonces en escenarios americanos y tienen un contenido esencialmente colonial. Por lo que respecta a España, el Pacífico es el primer punto de atención. Como ya señaló don Carlos Pereyra, el Pacífico tiene un primer momento trascendental y de valor estratégico en tiempo de Hernán Cortés, cuando México debió constituirse en centro de la acción española en América y paso obligado en el comercio de Europa con Asia, a la vez que proyectarse al Norte y al Noreste, incorporando la zona meridional de Estados Unidos, y lanzarse hacia el Sur hasta el istmo para enlazar con las Antillas. La base económica de esta triple acción serían las especias del Maluco y las riquezas de la India. Pero los planes cortesianos fracasan en 1529, cuando Alonso de Saavedra no halla el tornaviaje de las Molucas, Carlos I renuncia a esta zona en beneficio de Portugal, y las grandes riquezas halladas en Nueva España convierten a ésta en el centro de la atracción colonizadora. Así, cuando Urdaneta, tras su viaje con Legazpi, halle la vía de vuelta, no cambiará nada: Filipinas no ayudará al desarrollo económico novohispano, fiado a sus minas, y solamente se establecerá el mediano comercio que representa el llamado galeón de Manila o de Acapulco.

Durante esta época y a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI y de todo el XVII, el dominio español en el Pacífico no se ve inquietado por ninguna amenaza seria, ya que tan sólo se produce algún esporádico ataque de los piratas. Pero en 1670 cambia totalmente el aspecto de la cuestión, si bien ello no aparezca al exterior hasta un siglo después. En ese año, en efecto, el tratado de paz con Gran Bretaña y la Real Cédula del 8 de octubre —que da al pacto fuerza de ley en América— reconocen la conquista de Jamaica y la presencia legal de navíos británicos en aguas antillanas. Este hecho —como explicó Florentino Pérez Embid— constituía un grave peligro para los reinos españoles de América, pues suponía la posible conquista de Cartagena y Portobelo y la invasión del Pacífico.

Pese a todo, el Imperio español siguió en pie, gracias a la acción indirecta de Luis XIV, ya que mientras Francia pretendía la hegemonía europea, sus enemigos no podían actuar en América. En efecto: la colonización francesa de Canadá y de los valles del Ohio, Mississipi y Colorado ponía en peligro las colonias británicas del norte de América, lo cual obligaba a Gran Bretaña a destruir el dominio francés en aquella zona antes de intentar cualquier acción contra las provincias españolas. Gran Bretaña, en cualquier caso, no perderá nunca sus posesiones de las Antillas, aprovechará la sumisión portuguesa para contrabandear en el Río de la Plata y aún en Perú, impulsará a los «bandeirantes» en sus deseos expansionistas por la Banda Oriental y el interior, y atacará a Cartagena y Portobelo aprovechando las treguas con Francia. Pese a ello, mientras esta potencia siguiera en Quebec, Montreal y Nueva Orleans, continuaría el equilibrio americano, y el Pacífico seguiría tranquilo en manos españolas.

Así pues, desde el tratado de Madrid de 1670 hasta el de París de 1763, transcurren ciento tres años de tranquilidad para España, que ésta hubiera debido aprovechar en una amplia labor de reorganización del Imperio y solución de problemas planteados. Pero el último tercio del siglo XVII español es la época de la inactividad y la abulia característica de Carlos II. En consecuencia, no sólo no se realizó ninguna de las reformas necesarias, sino que puede afirmarse que el Imperio español se mantuvo gracias al ya señalado conjunto de circunstancias internacionales favorables.

Años después, instalado en el trono español Felipe V, tras la Guerra de Sucesión y ya perdidos por España los territorios europeos de su Corona, nuestra nación habiera debido orientar su política en un sentido nacional y, por tanto, americano. Pero entonces, todavía la política europea —cuestión italiana— atraía al rey y al Estado, y nada pudieron hacer los esfuerzos americanistas del ministro Campillo. Tuvo que llegar Fernando VI para que el Marqués de la Ensenada empezara a interesarse primordialmente por la situación de los reinos americanos e iniciar una política revolucionariamente constructiva con sus planes de resurgimiento de la Marina. Ensenada, empero, cayó en desgracia cuando iba a discutirse el problema de la Banda Oriental. Le sucede una política dudosa y titubeante, en una época crítica, conciliadora de sistemas económicos. Es el momento en que se inicia la llamada Guerra de los Siete Años, bajo el doble signo europeo y americano:



El mapa que ofrecemos del Río de la Plata muestra en la línea de asteriscos los límites del Virreinato y en la línea de puntos el contorno actual de la República Argentina. Carlos III —a la derecha de estas líneas— intentó una profunda reestructuración del imperio español. Para defender las provincias americanas amenazadas por el ataque lusitano (Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Tucumán) e incluso Chile y el Alto Perú se organizó la gran expedición contra Santa Catalina y Brasil al mando de don Pedro de Cevallos, nombrado primer virrey del Río de la Plata.



si Austria, Prusia, Rusia y Francia combaten por cuestiones europeas, Gran Bretaña y la propia Francia luchan por su predominio en los mares, es decir, en América. España —como dice Pérez Embid— debió sentirse directamente aludida y adoptar, en consecuencia, una actitud vigilante. Pero no fue así: Fernando VI, ya viejo y demente, no tomó ninguna medida, y por ello, al acceder al trono Carlos III se halló frente a un problema casi insoluble.

Así, Carlos III empieza su reinado con los reveses de la Guerra de los Siete Años, es decir, la pérdida de La Habana y de Manila. Sin embargo, gracias al Tercer Pacto de Familia —el instrumento más importante de la política internacional del monarca español, como ya demostró Vicente Palacio Atard—, si el resultado de la guerra fue adverso, sentó las bases de una futura recuperación, ya que la Paz de París —febrero de 1763— devolvía a España la posesión de La Habana y Manila a cambio de reconocer a Gran Bretaña el derecho a la corta del palo de tinte en Honduras, renunciar a la pesca en Terranova y conceder a Inglaterra la Florida con San Agustín y Pensacola.

Veinte años después, la Paz de Versalles devuelve a España Menorca, las Floridas y la Luisiana Oriental. A la vez, Francia y Gran Bretaña reconocen la posesión española de la Banda Oriental del Río de la Plata. Por otra parte, la guerra había subrayado la amistad con Portugal, nacida en el convenio de 1777 y en el Tratado de El Pardo de 1778. Y, precisamente, entre los años 1763 y 1778, se producen los acontecimientos que sitúan de nuevo al Pacífico en un primer plano de la política internacional. En efecto: hasta 1763, los problemas gravitan sobre el golfo de México y el mar de las Antillas, como se ve en los preliminares de Fontaineblau, donde los temas importantes son Cuba, Florida, Luisiana y Belice. Sólo algunos años después, Francia y Gran Bretaña manifestarán sus aspiraciones en dirección a las Islas Malvinas, lugar estratégico y llave del estrecho de Magallanes, puerta de entrada al Pacífico.

Pero hay otro problema de mayor trascendencia que el anterior y que constituye causa determinante de la creación del virreinato platense. Se trata, como es sabido, de la cuestión de los límites con los territorios portugueses; cuestión que llevaba aparejada la de la defensa de las provincias españolas de Sudamérica. En efecto: dejando a un lado los recelos lisboetas hacia Madrid por creer que España pretendía anexionarse Portugal, y el desagrado que producían en Carlos III las intervenciones británicas y francesas para impedir, o entorpecer, el buen entendimiento lusoespañol, hay que tener muy en cuenta la doble línea de ataque lusitano. Por un lado, los avances desde Río Grande do Sul y Mojos se dirigían al interior del Perú; por otro, la Colonia del Sacramento y los establecimientos portugueses de la Banda Oriental amenazaban a Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Tucumán e incluso Chile y el Alto Perú con las riquezas de Charcas. Era, pues, de todo punto necesario que estas provincias estuvieran defendidas por un gobierno fuerte centralizado en Buenos Aires, ya que solamente de ese modo esa zona y todo el Pacífico meridional podrían estar seguros, especialmente teniendo en cuenta el nuevo y verdadero equilibrio americano entre España y Gran Bretaña, creado por la retirada de Francia.

Con tal intención, por tanto, se organiza la gran expedición contra Santa Catalina y Brasil, que se pone al mando de don Pedro de Cevallos, quien fue nombrado, a la vez, primer virrey del Río de la Plata. Tal nombramiento, sin embargo, fue otorgado al principio de modo provisional, pues el Gobierno español no estaba seguro de la actitud británica ante el acontecimiento.

Como decía Grimaldi a Bucareli, «estamos casi ciertos de que nuestras operaciones militares en aquellas regiones no serán causa de que los ingleses nos declaren la guerra».

Así, en caso de verse obligada España a echarse atrás, la provisionalidad oficial del título de virrey, es decir, de la creación del Virreinato, dejaba paso a una retirada digna.

Hay, por último, en el establecimiento de esta nueva demarcación territorial razones económicas internas, originadas en la creciente penetración comercial británica, sobre todo por la vía del comercio ilícito Buenos Aires-Sacramento.

En este punto, debe advertirse, sin embargo, que la creación del Virreinato fue tardía y demasiado rápida, por lo cual produjo efectos secundarios no siempre buenos, ya que si el Plata alcanzó un gran desarrollo, el Perú, en cambio, vio casi arruinada su economía y deshecha su unidad con la incorporación de Charcas a Buenos Aires, que no halló suficiente compensación con la vuelta de la zona de Puno al virreinato peruano. —Jaime DELGADO.

VEINTE AÑOS DESPUES DE SU MUERTE

GABRIELA MISTRAL

Por Carmen CONDE

EN MI MEMORIA (1889-1957)

*Se cumplen veinte años de la muerte de Gabriela Mistral ocurrida en ya lejano y frío día de enero de 1957 en el hospital de Hemspead (Nueva York). La gran poetisa española Carmen Conde, que comparte con ella y junto a Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou el honor de los primeros lugares de la poesía castellana, relata en este capítulo de hermosa memoria los lazos de admiración y afecto que le unieron a la excelsa lírica chilena, premio Nobel de Literatura en 1945. Es, como puede presumirse, un documento inestimable. Maestra como Gabriela, creadora junto a su marido de la Universidad Popular de Cartagena, Carmen Conde se sumerge en el misterio de la vida de su excepcional amiga y nos la devuelve en toda su sensibilidad y amor. Gabriela Mistral fue uno de los seres más volcados de humanidad que han pasado cerca de nosotros. En ella alentaba algo más que la posesión poética. En su grito araucano el amor a los niños y a los desheredados emergía como un salmo bíblico. Pasó por América con modestia y sencillez franciscanas, pero un viento paráclito la acompañaba contra la hipocresía y la falsedad. Su abrupta e intensa personalidad poética se desdoblaba de cariño y ternura. A lo largo de sus sesenta y ocho años y su puñado de libros —*Desolación, Ternura, Tala, Lagar, Poema de Chile*, etc., nos dejó un cántico casi cósmico servido en una lengua de diamante purísimo, en un verso intenso y altivo, que ha llenado el mundo de un aura olorosa y primaria, del latido personal e inolvidable de una mujer india que llevó siempre en la custodia de su pecho la luz y la sombra de su valle de Elqui, el hirsuto mensaje de una verdadera profetisa bíblica.*

YA he contado alguna vez mi inolvidable encuentro con Gabriela Mistral. Hay fechas y circunstancias de la existencia, que no se borran nunca. Yo vivía una adolescencia cartagenera repleta de lecturas que nadie dirigía, pero hay un ángel para los inocentes, y los libros que vinieron a mis manos me fueron enriqueciendo copiosamente. Entre los de poesía figuraban unos tomitos editados en Barcelona —hacia 1925— por una editorial llamada *Cervantes,* y en ellos aprendí el nombre de la poetisa chilena; antes o después, que eso no lo puedo precisar, leí un libro suyo —edición pirata, supe más tarde— titulado «Nubes» y creo que la editorial Maucci lanzó antologando a su parecer parte de la obra hasta entonces publicada por Gabriela.

Si la edición de *Cervantes* era linda, la de Maucci era horrenda. Decidí ser maestra como Gabriela y poetisa, ¿por qué se había de limitar el sueño de una muchacha como yo? Hacia 1927 las cosas sufrieron un cambio por lo que a mis predilecciones literarias se refería, si bien nunca deserté de Gabriela. Cuando en 1929 apareció mi libro primero, se lo envié... Tanto trabajo le costó a «Brocal» encontrarla que ella misma escribió en 1933: «Me conocí a mi Carmen Conde hace dos años. Su librito de poemas "Brocal" me había seguido por medio mundo y al fin me *alcanzó* en la costa ligure.» Tal es el comienzo del prólogo que para mi libro segundo, «Júbilos», quiso ella escribir a mi lado mismo.

Porque ya casada yo con el poeta Antonio Oliver Belmás en Cartagena, y esperando lo que sería mi hijo primero, quise venir a Madrid en donde acababa de residenciarse Gabriela. También son suyas estas palabras: «Carmen Conde me trae su propia visita, el bulto de su libro y... la presencia, que planea sobre nosotros, de su hijo que viene. Como en una balada, el niño llega a este mundo duro envuelto en la primera faja de unos poemas sobre la infancia.»

La casa en donde habitaba tenía entonces el número 11 de la avenida Menéndez Pelayo, y su teléfono el 55406. El día en que yo acudí a conocerla personalmente me acompañó una escritora amiga muy querida entonces, y a ella cedo el relato de los primeros momentos de la citada visita: «...Pero un día vino a Madrid Carmen Conde. Carmen, segura de sí misma, con su intrepidez saltadora de todas las distancias y su efusión vital de mil antenas, era ya amiga mía —de Cartagena a Buenos Aires— y había enviado a Gabriela, por el hilo de no sé qué meridiano, el mensaje adolescente de su "Brocal". Gabriela lo gustó, y alentó de lejos aquella vocación impetuosa, más tarde proclamada públicamente por la propia Gabriela en un no arrancado prólogo a los "Júbilos" de la cofrade mediterránea. Yo acepté con íntima alegría la invitación de Carmen Conde a acompañarla en su primera visita a Gabriela Mistral. Subimos, con una expectación un poco

trémula, a su piso de la avenida Menéndez Pelayo. Esperamos unos breves instantes en un gabinetito escueto, con muebles livianos de casa transitoria. Apareció Gabriela, con el andar reposado y la estatura prócer de su ascendencia vasca y aymará, toda sonrisa blanca sobre la tez dorada, con el alma en los ojos —ahora era verdad viva la vieja y bella frase—, unos ojos magníficos a flor de agua profunda... Gabriela y Carmen se reconocieron y se confirmaron, casi sin palabras, las promesas de la amistad distante. Yo contemplaba la escena desde el rincón más rincón que pude hallar...»

He aquí, resumida en pocas líneas, la historia de un encuentro: el primero entre dos poetisas, una de las cuales era admirada y reverenciada por la otra, mínima, llena de apasionada juventud total.

Gabriela vino a Madrid desde Barcelona, ciudad que admiraba y quería, y se instaló donde dije. Ocupaba un piso alto desde cuyos balcones se veía el Retiro extensamente. Ella se asomaba muchas veces a mirarlo, sobre todo por las mañanas temprano para oler la tierra mojada de sus macetas: «*Es preciso oler la tierra mojada con frecuencia, eso nos equilibra.*» Por las tardes, para recibir la caricia del aire cuando el exceso de visitas consulares o ligeramente amistosas, la abrumaba. A veces, si era grande el cansancio, solía ponerse paños húmedos y fríos en la nuca, dejando errar mientras tanto su verde mirada nostálgica por encima de los árboles, que se la recogían cual a una distante lluvia.

A su casa (yo vine muchísimas veces desde mi ciudad levantina a verla hasta que nos instalamos en Madrid, y ya lo hice con mayor tranquilidad y tiempo) acudimos innumerables personas, pero he de decir que recuerdo a muy pocas ya que Gabriela no me mezclaba con casi ninguna. Sencilla en el vestir y en el yantar, cuando se veía dispuesta a hacerlo invitaba a quienes tenía cerca si ellos andaban dentro de su órbita afectiva. Naturalmente que fuimos mi marido y yo de los más habituales a su frugal mesa, e incluso nos cedió en ocasiones su propio lecho para evitarnos que al ser de noche no nos resultara fácil volvernos a El Pardo, en donde vivíamos porque yo era entonces Inspectora del Orfanato Nacional allí existente... por entonces, claro.

Cuando alguna vez resistíamos a su maternal oferta y nos íbamos a pernoctar en un hotel, se resentía dulcemente de nuestra actitud más que justificada ya que su casa no contaba con tantas habitaciones como para alojar huéspedes y ella nos obligaba a aceptar la suya propia. Por aquel tiempo actuaba como canciller suyo un joven escritor —al cual denominaba «gringo» por lo rubio y de ojos azules— llamado Enrique Délano. Su mujer, Lolita, formaba gran contraste con él pues era morena y de tipo breve y nervioso con el cabello muy oscuro.

Algunos meses después vino a reunirse con Gabriela y pasar con ella una larga temporada, aquella gran amiga suya e insigne mujer, Palma Guillén la mexicana que acabó casándose con otro ilustre hombre de letras catalán. También acudía mucho a tan grato hogar (pero no lo supe hasta encontrarme con ella en la Universidad de Valencia, en plena guerra civil), Concha Zardoya, la escritora y profesora de tanto prestigio en Estados Unidos y entre nosotros. Sí me conocía ella a mí por Gabriela, pues como departíamos ésta y yo generalmente a solas nunca tuve ocasión de tratarme con mi después entrañable amiga Concha Zardoya.

Como yo estaba esperando ser madre, Gabriela me cuidaba extraordinariamente —puntualizo: esto fue antes de instalarnos en El Pardo— y hasta me mimaba obligándome a desayunar con ella en un café que existía entonces en la calle Alcalá frente al Retiro y que se llamaba *Moka*. Nos reuníamos a las nueve de la mañana —sus citas a sus mejores amigos solían tener tal horario— y acudíamos a *Moka;* allí pedía ella gravemente unos tremendos platos de huevos fritos o de tortilla con patatas que me aterraban. Mi sobriedad de aquellos años no soportaba más que una taza de café con leche. Una mañana, desesperada de tener que comerme todo aquello, bajé a la cocina y supliqué que cuando aquella señora lo encargara para mí pretextaran que no disponían ya de ello. Después nos íbamos al Retiro, porque a Gabriela le encantaba acudir a la Casa de Fieras. Creía Consuelo Berges que acaso Gabriela, «enferma de nostalgia siempre por su trópico y aterida de frío en pleno junio madrileño, hallara en este oasis castellano un mínimo trasunto de sus climas preferidos. O acaso su franciscanismo, tan verídico, gustaba de mezclarse allí, en aquella hora lavada de impurezas urbanas por el rocío y por el sueño, con las animalías y los niños, criaturas elementales de Dios».

Pues en aquella Casa de Fieras pasábamos el rato, y allí nos retrató mi marido una mañana. La única que merece ser mirada es ella, claro está.

Sus visitas que a veces no eran breves la veían levantarse de cuando en cuando, diciendo un «*Ya vengo*» antes de salir del gabinete, o del comedor. Se venía a mi lado (cuando yo estaba en su casa) a descansar y a fumar. Solía confinarme en su despacho, que tenía una ventana lateral al Retiro, y cuando llegaba su momento de reposo sentábase ante su mesa, callaba, y fumaba infatigablemente. (Este fumar provocó las molestias de sus acompañantas ocasionales en el autocar en que viajó sola para ver Avila a su gusto; de aquel viaje se trajo nada menos que su incomparable elogio del cielo de Castilla.)

A veces hablaba lentamente, improvisaba o evocaba mientras yo la oía como a un oráculo. Entonces supe noticias de su corazón y aprendí a quererla como se quiere al ser humano insustituible, porque además



Gabriela en la época de su madurez creadora, en una fotografía dedicada a Carmen Conde. La gran poetisa española traza en este artículo una cronología emocional de la presencia de Gabriela en España hasta que el gobierno de la República le retiró el «exequatur» y estableció su consulado en Lisboa.





En setiembre de 1933, Gabriela y Carmen, posaron ante el poeta Antonio Oliver, esposo de la segunda, entre las frondas del Retiro. Gabriela Mistral dio la alternativa a Carmen Conde en la poesía, al prologar su libro «Júbilos». A la derecha, un intenso retrato de Gabriela debido a Vázquez Díaz.

la admiraba como a poeta de primerísima sangre divina. En uno de aquellos «descansos» logré conectarla con la maravillosa Zenobia Camprubí, a fin de que una visita de ella a Juan Ramón Jiménez, o de él a ella, acabara con cierto malentendido entre ambos poetas. La puse también en contacto con Clemencia Miró, hija menor de Gabriel el coloso del idioma. (Jorge Guillén, amigo de Gabriela Miró, dijo en cierta ocasión que éste «enseñaba los bíceps del idioma».)

Su prólogo a mi libro «Júbilos» fue escrito en una mañana y conservo el original. Era domingo y Gabriela se mantenía en la cama aprovechando que era fiesta y, por lo tanto, no habría visitas. Había ido yo, como de costumbre, y ella me recibió diciéndome que iba a escribir el prólogo —no pedido por mí— y que esperara en su despacho, contiguo a su habitación, que lo terminara. La verdad es que me fue llamando y entregando cada hoja que acababa, y recuerdo mi emoción al leerlas calientes de su mano aún.

Acuden a mi memoria en este momento algunas anécdotas, consignadas ya en mi biografía de Gabriela (Editorial EPESA, Madrid 1970), que no repito en esta largo recordar. Poco tiempo después de cuanto dije tuvo que abandonar Madrid. Causas: una necia indiscreción por parte de alguien que recibió una carta suya hablándole de la situación política española de entonces.

Pablo Neruda era también Cónsul de Chile en Madrid. Dos cónsules nada menos y ambos poetas coincidiendo en tiempo y espacio. No había mucha inteligencia entre ellos, los separaban abismos quedándose los dos como cimas. Los amigos del uno no lo eran de la otra, aunque nosotros hicimos la visita a Pablo acompañándonos Miguel Hernández una tarde después de almorzar reunidos. Se lo conté a Gabriela que sólo me comentó: «Estuve a verle y me hizo esperar un rato»... Lo dijo con indiferencia, la verdad. Luego supe que Pablo fue a verla y que en cierto modo todo se normalizó entre ambos.

Gabriela se marchó a Lisboa, desairada por las personalidades republicanas a causa de aquella carta traicionada por su destinatario, y estableció su nuevo Consulado. Seguimos nuestra correspondencia asidua. La carrera del Magisterio que yo, para imitarla, estudié sin ejercerla nunca oficialmente, me dio la oportunidad de que la Junta para Ampliación de Estudios que radicaba en el Centro de Estudios Históricos me otorgara una beca para Francia y Bélgica. Habíamos fundado mi marido y yo en 1931 la Universidad Popular de Cartagena y a los dos nos interesaba conocer otras instituciones similares fuera de España. En el verano de 1936 se me ocurrió opositar a una plaza del Magisterio y obtuve muy buen número. Gabriela nos escribió invitándonos a reunirnos con ella en el mes de agosto o septiembre, antes de emprender el viaje de estudios propuesto. Lo preparamos todo con enorme ilusión, pero... 1936 acabó con todos nuestros proyectos absolutamente.

Cartas y más cartas a Lisboa y de Lisboa. A través de inesperados medios, cartas desde París cuando Gabriela se marchó de Lisboa. Y hasta 1952 no se ofreció ninguna oportunidad de volver a verla. En 1952 estaba ella en Nápoles, Via Tasso 220, y me pidió que fuera a verla. Al llegar a Roma encontré en el hotel una carta suya explicándome lo que tenía que hacer para llegar pronto a su lado. Y me puse enferma súbitamente y no pude ir, tampoco, esta vez a darle un abrazo! Creí que sólo aplazaba mi viaje, pero no fue así. No la volví a ver nunca más. Cuando le concedieron el Premio Nobel unos cuantos amigos editamos un hermoso libro en su homenaje. Tardó dos años en recibirlo por culpa de su vagabundaje, como ella lo llamaba. En la carta que escribió a una amiga acusando recibo del tal libro, decía: «Nuestra noblota Carmen Conde traginó entre mis amigos de allá —pocos, pero lindos amigos— ese montón de adhesiones dedicadas a una republicana que fue echada de España por la República. Ella es una curiosa alma a la vez tierna y tenaz.»

Desde Italia perdí el contacto con ella. Supe de sus estancias en La Habana en casa de la gran poetisa cubana Dulce María Loynaz; en New Orleans, cerca de nuestra Concha Zardoya. Me dieron noticias de su mala salud, de su humanidad que declinaba, de una mente que se iba oscureciendo por obsesivos dolores muy justificados... Una vez me había enseñado en Madrid, 1934, un gran retrato de niños y niñas en su colegio de Italia. Yo sabía que Gabriela tenía a su sobrinito allí, se llamaba Juan Miguel, ella le decía Yin-Yin, y era hijo de su hermano. «¡A ver si sabes quién es Yin-Yin!, me dijo. Lo supe en seguida, con su consiguiente sorpresa. Los ojos grandes y verdes del muchachito eran los mismos ojos de Gabriela. Pues bien, aquel Yin-Yin tan hermoso, única alegría de la poetisa, murió en Río de Janeiro. En una carta que ella me dirigió desde Roma, en noviembre de 1952, me decía: «*Te escribo en cama y corto aquí..., no es nada malo: una de tantas fatigas pasajeras. Tanto he vagabundeado que vino el estropeo. Ay, la pérdida de Yin (Juan Miguel), asesinado y no suicida como inventó la "negrada" que consumó el hecho, la banda mulata. Y matado por ser "blanco de más", según confesión de uno de los cómplices. Dale también a él "señales de vida": rézale, hermana, a mi Juan Miguel.*»

Después me hablaba de la carencia de libros españoles en Italia, de su necesidad de lecturas fundamentales, y me pedía que le mandara cosas mías. También me comentaba que estaba escribiendo un largo poema sobre Chile: «es algo narrativo-descriptivo.» Se despedía con su proverbial generosidad: «Y gracias por tu recuperación.»

La muerte de Juan Miguel-*Yin-Yin* fue la última gota de acíbar para Gabriela. Desde aquel día infausto comenzó a morirse. Muchas veces le he mandado también a ella «las señales de vida» que me pidió para su muchachito hermoso.

Ella se me volvió una sombra, se me volvió también «una larga y sombría posada», como de su madre escribiera un día. Pero en mi memoria la mantengo como todo cuanto hay que mirar levantando los ojos al cielo.—■

LA BIBLIOTECA DEL MARQUES DE SANTILLANA

Por Manuel CARRION
Subdirector de la B. N.



El marqués de Santillana, don Iñigo López de Mendoza, revive en genio y figura en esta exposición montada por la Biblioteca Nacional, como un «preclaro varón» de Castilla. En el espectro humano y literario del autor de las «Serranillas» se configura un hombre de su tiempo. Guerrero esforzado y valiente caballero, hizo de las armas bélicas, plumas de inteligencia. Y junto a la mitología legendaria y caballeresca de la Castilla medieval permanece su nombre en un puñado de versos, cifra y resumen del ideal vitalismo de su época. Para esclarecerla cumplidamente nada mejor que realizar un viaje a los libros de su biblioteca, obrador de cultura y punto de cita de los mejores ingenios coetáneos.

A través de sus libros se refleja el humanismo de la Castilla del siglo XV

CEDEN los árboles, se decoloran los apellidos, ¿mueren los libros? El Marqués de Santillana es un superviviente, un escapado del naufragio del tiempo, una figura con pulso y sangre que avanza de ese inmenso y vivo fresco funeral (ahora en su quinto centenario, «en don Jorge la lírica tiene todavía un porvenir» —decía Antonio Machado, quiero decir, don Juan de Mairena—) que son las *Coplas* de Manrique en su parte central:

«Tantos duques excelentes,
tantos marqueses e condes
e varones
como vimos tan potentes,
dí, Muerte, ¿dó los escondes
e traspones?
E las sus claras hazañas
que hizieron en las guerras
y en las pazes,
cuando tú, cruda, t'ensañas,
con tu fuerza las atierras
e desfazes.»

No sé si el marqués danzó mucho, ardió mucho, pero sí «trobó» («¿qué se hizo aquel trobar...?») y guardó admiración y amor para cuanto los demás decían con bellas palabras. Por eso está vivo con el olor curado, el tacto doble, el discreto brillo y el aleteo sonoro de barquillo en la vitela iluminada. De pronto, don Iñigo López de Mendoza, Señor de Hita y Buitrago, Señor de la Vega desde 1432, Marqués de Santillana y Conde de Manzanares el Real desde 1445, pierde «chapas» («aquellas ropas chapadas...») para ganar calor y cercanía por obra de una exposición bibliográfica. ¿Son los libros tan elocuentes? ¿Tienen los libros tanta virtud revivificadora?

Esto al menos piensa la Biblioteca Nacional montando una exposición que se justifica en el guiño de la actualidad por el hecho de que el castillo de Manzanares el Real, construido sobre el que fue plaza de armas para las mesnadas del Marqués mirando las roquedas desde Navacerrada y a las orillas de un Manzanares y de un embalse todavía limpios de contaminaciones, vaya a convertirse en museo, archivo y biblioteca. De tal suerte, el palacio del Infantado de Guadalajara, sucesor de aquél en que Santillana vivió y murió, se había convertido antes en Casa de la Cultura. También en Carrión de los Condes, cuna del Marqués, campo para el sonsonete de las primeras letras y el aleteo de la infancia junto a las faldas de su abuela doña Mencía de Cisneros, hay una biblioteca pública que se llama «Marqués de Santillana», aunque las piedras de la casa en que naciera hayan sido trasplantadas al Nuevo Mundo. Tres ríos de romance y cancionero dan música y espejo a la vida del Marqués: el Carrión, el Henares y el Manzanares.

A FAVOR DE JUAN II; EN CONTRA DE DON ALVARO DE LUNA

Mas no importa demasiado la anécdota de su vida. Tuvo estatura de hombre, casa bien poblada y caliente de mujer e hijos, hacienda para defender y acrecentar, cuidó amores, no anduvo libre de recelos y de antipatías, y estuvo encelado de

→

picos pardos siquiera en el juego poético de sus «serranillas». Advertía Manrique:

«Pues la sangre de los godos
y el linaje e la nobleza
tan crescida,
¡por cuántas vías e modos
se pierde...!».

Tampoco pesa ya su acción política. Anduvo por la palestra de los riesgos, tensó a veces las riendas, las aflojó otras veces, dejó alguna ir las cosas al paso. Miró, observó, ponderó, movió los acontecimientos; jugó, en fin, su partida de ajedrez al vivo quien en 1433 había organizado un solemne torneo. Y hubo, cómo no, de tomar partido; casi siempre a favor de su rey Juan II, siempre contra don Alvaro de Luna, inclinado a menudo hacia los Infantes de Aragón, él que, aunque castellano de nacimiento y de alma, era aragonés de simpatías. Pero, como sigue Manrique,

«Los estados e riqueza
que nos dexan a deshora
¿quién lo duda?»

Y antes se había preguntado el mismo Marqués:

«Decid ¿quien los roba, Fortuna o sus fados
que de aquestos todos ninguno non veo?» *(Pregunta de nobles)*.

Fue buen guerrero, tuvo el brazo firme y se ganó fama de valiente. «Ni las armas sus estudios, ni los estudios empachaban sus armas» (Juan de Lucena en *De vita beata*). De las batallas se volvía con el nombre más alto y lustroso, cargado de mercedes regias o con el resquemor de la derrota y a curar las heridas del vencido. Y total

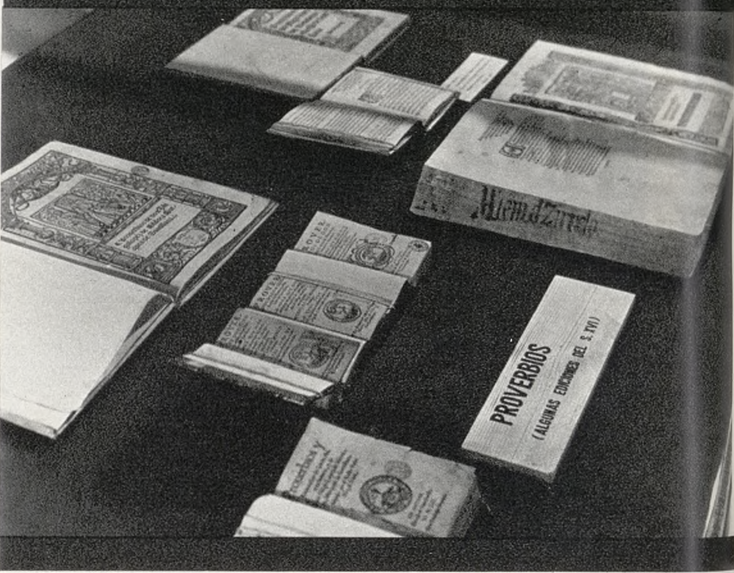
«Las huestes innumerables,
los pendones, estandartes
e banderas,
los castillos impugnables,
los muros e baluartes
e barreras,
la cava honda, chapada,
o cualquier otro reparo,
¿qué aprovecha?
Cuando tú vienes airada,
todo lo passas de claro
con tu flecha.» (*Coplas*, XIV)

A la altura de nuestro tiempo, lo que importa del Marqués, lo que pervive de su nombre, existencia y quehacer terrenos es un puñado de versos y de páginas, fruto de humores propios y de una curiosidad intelectual que le llevó a reunir una biblioteca extraordinaria para su tiempo. «La fama de todos [nuestros pasados señores desta casa] se la llevó toda y con mucha razón sólo uno que fue don Iñigo López de Mendoza vuestro agüelo; porque no contento con leer y entender muy bien obras y escripturas agenas, estendió su ingenio a hacer y componer algunas propias que con loor suyo y provecho común leen nuestro naturales.» (Don Iñigo López de Mendoza, 4.º Duque del Infantado, en el prefacio de su *Memorial de cosas notables*. Guadalajara, 1564.) Biblioteca como base y obra literaria como resultado son la suma de una grandeza: «Tu decus armorum latiis coniungere musis —Hesperie proceres, doctus utrumque, iubes», cantó para su epitafio el humanista italiano Pier Candido Decembri. También le cantaría Tomás de Rieti. Por haber abierto las puertas al Humanismo en Castilla creando, en el áspero reino, la mejor biblioteca de su tiempo, le honra ahora la Biblioteca Nacional. Por aquí se justifica una exposición que, además de cumplir con la misión de ir mostrando poco a poco al pueblo español la serie de colecciones dotadas de unidad y arquitectura propias, quiere ser una lección viva y total.

LA BIBLIOTECA, LAS OBRAS Y LA BIBLIOGRAFIA SOBRE EL MARQUES

El Marqués de Santillana reunió en Guadalajara una biblioteca (cuando muere, todavía no ha llegado la imprenta a España) que refleja la rara imagen de un noble humanista en la Castilla de la primera mitad del s. xv. Para formar la biblioteca conflu-





Arriba, el Palacio del Infantado de Guadalajara donde el marqués de Santillana buscó refugio de las «cuchilladas» de la política y de la guerra. Sobre estas líneas, algunas ediciones de «Los Proverbios», uno de los libros más editados en el siglo XVI.



Arriba, el libro de Valerio Máximo «De facti et detti degni di memoria», con el escudo de armas, la divisa y los cuatro yelmos del marqués de Santillana. Sobre estas líneas, el castillo de Manzanares el Real, museo, archivo y biblioteca en el solar de don Iñigo López de Mendoza.

yeron sus primeras lecturas de «cantigas, serranas e dezires» («estos romances e cantares de que las gentes de baxa e servil condiçion se alegran». *Carta Prohemio*), su estancia como copero mayor en la corte del Conde de Gerona que sería después Alfonso V de Aragón («con fabla casi straniera - armado como francés» nos pintan al Marqués con cierto cachondeo las *Coplas de la Panadera*), la afición literaria que le hizo brotar el contacto y la admiración por don Enrique de Villena o por Juan de Mena, los trabajos de traducción de allegados como su capellán Pedro Díaz de Toledo, Martín G. de Lucena, Antón Zurita, Alfonso de Zamora... También contribuyeron no poco los consejos de sabios como Alonso de Cartagena o Alonso de Madrigal y, sobre todo, la colaboración de quienes por Italia —Florencia en primer lugar— se dirigían a las fuentes de los mejores autores y copistas. Tal fue el caso de Nuño de Guzmán —cabeza un poco loca que se anticipó un tanto a la moda de la «escapada a Italia»— de los humanistas italianos con los que se mantuvo en frecuente contacto epistolar y, cómo dudarlo, de su propio hijo Iñigo, embajador en Roma. Y tener los ojos abiertos para la ocasión, como hubo de suceder con los manuscritos de Juan Fernández de Heredia.

La biblioteca fue un obrador de cultura a través de la obra del Marqués de Santillana (no olvidemos lo difícil que le resulta a un poeta de hoy dejar de cantar en endecasílabos, metro introducido por el Marqués de Castilla), a través de las traducciones que se encadenaban unas a otras por obra de la curiosidad científica y literaria, y del entramado de una espesa correspondencia epistolar que abría nuevos campos para la curiosidad ya despierta.

Pero la biblioteca tuvo su mejor reflejo en los escritos del Marqués agradecido siempre con sus autores y ofreciendo de continuo pistas generosas para poder identificar sus lecturas y el origen de unos pasos que ahora pueden parecernos excesivamente librescos. De ahí que hablar de su biblioteca sea mencionar su obra y hablar de su obra, estarse refiriendo a su biblioteca. Esta simbiosis justifica el que la Biblioteca Nacional haya reunido en una misma exposición —«los libros del Marqués de Santillana»— la biblioteca, las obras y la bibliografía sobre el Marqués de Santillana. Todo ello enmarcado en una serie de documentos con gran interés biográfico y el acompañamiento gráfico imprescindible, intentando dar mayor viveza a una presencia que toma en los libros su palpitación más caliente.

VENDIDOS EN PUBLICA ALMONEDA

No es la primera vez que la Nacional hace algo parecido ni se ha visto privada de asistencias, pues que la antigua —y todavía viva— biblioteca del Marqués ha sido cortejada por bibliógrafos y eruditos —unos tratando de dibujar la silueta que tuvo y otros describiéndola dentro de la biblioteca Osuna cuyos fondos fueron adquiridos por el Estado con dinero de todos para la Biblioteca Nacional en 1883 (V. *RABM*, IX, 2.ª ép. [1883] 49 y 113-116)—, comenzando por el *Informe* de Clemencín firmado el 1.º de enero de 1799 («Noticias de la biblioteca del Duque de Osuna y del Infantado» en *Documentos inéditos para la historia de España*, CIX, Madrid, 1894, 463-477) y terminando por «La biblioteca de los Mendoza del Infantado en el siglo xv» de Mario Penna en *Exposición de la biblioteca de los Mendoza del Infantado*. Madrid, 1958, 13-26), después de pasar por algunas «Breves indicaciones sobre algunos códices de la biblioteca del Duque de Osuna» de José Villa-amil y Castro (en *RABM*, IX, 2.ª ép. [1883] 125-128) y por el *Catálogo abreviado de los manuscritos de la biblioteca del Excmo. Señor Duque de Osuna e Infantado* de José María Rocamora (Madrid, 1882). Pero los intentos más serios de reconstrucción bibliográfica han sido el de José Amador de los Ríos con su «Tabla alfabética de los autores mencionados en estas obras. Biblioteca del Marqués de Santillana» (en *Obras de Don Iñigo López de Mendoza*. Madrid, 1852, 591-645) y el de Mario Schiff en *La bibliothèque du Marquis de Santillane* (París, 1905). El primero intentaba su reconstrucción desde dentro de la misma obra del Marqués y con acceso al archivo de Osuna; el segundo, haciendo emerger la biblioteca matriz de entre los fondos de Osuna anteriores al siglo xvi en un trabajo lleno de lucidez apasionada y sin poder acercarse a los documentos del archivo familiar. Los dos tuvieron que luchar con dos circunstancias de difícil ponderación: el hecho de que Santillana en el codicilo de su testamento manda que sus libros sean vendidos «en pública almoneda por pregón» para poder atender a los sufragios por su alma, al pago de sus deudas y a las mandas que dejaba su generosidad, menos «ciento, así latinos como de romance castellano, francés e toscano... que... sean puestos en la librería que yo fize en mi casa de Guadalfaxara», por un lado; y, por otro, el incendio que afectó a la biblioteca en 1702. Con ello se ha convertido en aventurada toda afirmación que no se apoye en los signos de propiedad (las armas familiares, la divisa «Dios e vos» y los yelmos del Marqués resaltando en alguna preciosa encuadernación mudéjar o magnificados por la preciosa iluminación de las orlas florentinas), en dedicatorias, encargos de traducción, citas del de Santillana y acaso algunas manifestaciones de gusto y de admiración literarios.

LOS LIBROS, LA PARTE MAS IMPORTANTE DE SU VIDA

Mas, a fin de cuentas, lo que se expone es más que suficiente para darnos el rasgo más permanente del retrato del Marqués de Santillana. Hubo otros: conocimiento del viento y de las flores (sobre todo las de «cabe Espinama»), ganas de vivir, aprecio de esa comunicación pura y sin mensaje que es la lírica («Amor, el cual olvidado - cuidaba que me tenía, - me faze vivir penado - suspirando noche y día»), pasión de vida demostrada en el *Doctrinal de Privados* (a la caída de don Alvaro de Luna) y en el homenaje *(Coronación...)* o en el llanto *(La Comedieta de Ponza)* a sus amigos, aprecio del valor guerrero («la sciençia non embota el fierro de la lança, nin faze floxa el espada en la mano del cavallero», decía en el prohemio a sus *Proverbios*). Esta obra, la más editada y comentada de las suyas, le remitía, sin él quererlo y como le había ocurrido a otro carrioneś, el Rabí Don Sem Tob, a la literatura sapiencial de todos los tiempos, como sus *Refranes* le emparentaban con la sabiduría popular.

Sí; hubo más que libros en la vida del Marqués de Santillana, pero los libros fueron acaso la parte más importante de ella y, de entre las cosas del mundo, las que le proporcionaron más firme consistencia frente al tiempo que «façe las cosas e desfaçe» (*Proverbios*, XXII). Por eso, cuando cantaba —y cuando sigue cantando— Jorge Manrique, no era ya un trozo brillante de historia con olor a muerte.

Cierto que amó el libro bello, la hermosura desnuda de la página presente al abrirlo, las pequeñas selvas policromas de las orlas en las que habitan flores y animales... Todo esto se encuentra presente en la exposición. Pero amó sobre todo al libro como «biblioteca de moral cantar» (así llamaba a Dante), como decantación de vida y de sabidurías, de humores y de tiempo, de latidos propios y de alma ajena. Lo que queda, cuando nos hemos ido.—M. C.

LAS ALCALDESAS DE ZAMARRAMALA

Dos mujeres gobiernan durante un día la vida del pueblo segoviano.

ENTRE los infinitos rincones de la geografía española que podrían figurar en un interminable catálogo de costumbres, tipismo y folklore del más rancio sabor celtibérico, se encuentra, por derecho propio, Zamarramala. A media legua escasa de Segovia, accediendo por una serpenteante carretera —antes tortuoso y polvoriento camino— que se inicia junto a la sin par Veracruz, antigua Orden de los Templarios, se alza Zamarramala, que fue primero colación segoviana, municipio independiente más tarde, y que hoy, por aquello de la reforma administrativa, vuelve a ser barrio de la cercana capital.

Si recabamos este lugar para la localidad zamarriega, ello es de la mano de una de las fiestas más insólitas que puedan encontrarse en la densa tradición castellana. Los primeros días de febrero, las mujeres casadas y viudas celebran la festividad de Santa Agueda, mártir que fue al parecer de Quinciano, gobernador de Sicilia, mediado ya el tercer siglo de nuestra era. Se cree que la celebración data de 1227, fecha en que se cumple el siglo del traslado de las reliquias de la santa de Constantinopla a Catania. Sea como fuere, lo cierto es que la tradición se pierde siglos atrás y su arraigo, tras no pocas vicisitudes, permanece indemne.

Lo primero que despierta la atención del recién llegado a la plaza mayor del lugar es la inscripción que se halla en una lápida situada en el centro de la misma: «Por privilegio inmemorial, las Alcaldesas de Zamarramala gobiernan esta Colación y recaudan peaje en la festividad de de Santa Agueda». En efecto, cada año, el día de Santa Agueda, dos mujeres zamarriegas, designadas libremente entre ellas mismas, toman el mando y el derecho a gobernar; de cuenta y cargo de estas dos alcaldesas o mayordomas será sufragar el gasto de la función y obsequiar a su sexo, para lo cual recaudan el «peaje» entre los visitantes.

La víspera, el volteo de campanas a cargo de los maridos de las alcaldesas, anuncia a los cuatro vientos la proximidad de tan esperada fecha; para entonces, las elegidas —que no designadas— han tomado los símbolos de justicia, las varas de mando, de manos de los ediles del barrio. Las notas de la dulzaina y el tamboril, instrumentos típicos de la comarca, comienzan a sonar y prácticamente no dejarán de hacerlo mientras duren los festejos.

Al amanecer el día grande o función principal, las alcaldesas ya lucen su indumentaria a la vieja usanza, orgullo e ilusión máxima de la mujer zamarriega. Desde los albores de la mañana, las gentes llegadas de los puntos más cercanos y diversos —la fiesta está declarada de interés turístico y ello atrae la atención de informadores de más allá de nuestras fronteras— se apiñan guiados por verdadera devoción en unos casos, por simple curiosidad en otros, en torno a la plaza, en espera de la procesión ritual. La imagen de Santa Agueda es sacada del templo portada por manos femeninas y calle abajo, calle arriba, previa vuelta en derredor de la plaza, las alcaldesas y su corte de «aguederas» con sayas y manteo escoltan la imagen al son de los compases de la jota castellana.

Zamarramala festeja cada año la festividad de Santa Agueda. El pueblo es un hervidero de entusiasmo. Late en el ambiente el aire reivindicativo de las mujeres-alcaldesas que recobran, por un día, el cetro de mando. Los hombres observan entre expectantes y curiosos el desarrollo siempre igual pero diferente de los acontecimientos. Nada falta en el ritual: se quema el «pelele», Santa Agueda es paseada en desfile callejero y tumultuoso y el bullicio arropa la decisión de un pueblo que se mantiene fiel a sus remotas tradiciones.






Comienza la Misa Mayor, oficiada por el obispo de la diócesis, monseñor Palenzuela. El prelado segoviano, con los pies en la tierra más que con la vista en el cielo, pone en su homilía el contrapunto. Entre la algarabía generalizada del día invita a la serena reflexión y habla de «los tiempos difíciles y conflictivos que requieren una más justa distribución de la riqueza».

Acaba la función religiosa y el «algaberío»



El «pelele» aguarda su «tremendo» destino. Pronto arderá en el más puro aire de la tradicional Castilla. Ignorado por todos y de espaldas a la realidad de unos hombres en fiestas, el muñeco proyecta en el suelo todavía no revuelto su sombra de pájaro extraviado.

retorna a la plaza. Se entrega los diplomas de «aguederas» perpetuas a las «distinguidas esposas de las autoridades». Luis Ayuso, el inefable poeta-labrador, realiza el panegírico de la mujer zamarriega y no falta la referencia —razones de actualidad— acogida con aplausos: «...Así se hace Patria !— En nuestra Nación Bendita lo llamamos Democracia !»

Y el cura párroco, que viste la vieja sotana y se toca con la aún más antigua y y desusada «teja», da lectura a las «actas» que reflejarán para la posteridad los insólitos acontecimientos. Así, le llega el turno a la quema del «pelele», costumbre ancestral interrumpida durante veintiocho años y reanudada desde el pasado. Alguien —alguna mujer, como es lógico— lee unos versos alegóricos al tema entre el regocijo general de las féminas. Las propias alcaldesas se encargan de suministrar al «mono» el fuego «purificador» y éste, en escasos segundos, —¿no ocurría algo similar en la felliniana «Amarcord»?— es pasto de las llamas. Para entonces, el áspero tinto de la tierra se lleva consumido por arrobas, solo o regando la sabrosa «tajada» de chorizo cocido (el famoso Cantimpalos queda a escasos kilómetros) y pocos cohetes restan por arder.

Sobre las dos o dos y media, las alcaldesas se hacen fuertes a la salida del arrabal, reclamando el «peaje» al visitante; el que más y el que menos ha de echarse mano al bolsillo porque la costumbre, pese a haber sido malinterpretada en alguna ocasión, forma parte del tinglado y así hay que aceptarlo.

Al atardecer, en las cerquillas y el mesón, bailes segovianos. La gente no dejará de danzar al son de la dulzaina hasta casi entrado el día siguiente, en que todo volverá a la «normalidad» y... a la espera de otros trescientos sesenta y cuatro días.

La interpretación del fenómeno zamarriego queda sujeta a la más encontrada controversia. Hay quien ve en él sólo un símbolo preclaro de la situación de manifiesta inferioridad de la mujer a lo largo de los siglos, mientras que para otros puede ser un preludio, un punto de partida, una premonición, del papel futuro a desarrollar por la fémina.

Evidentemente, la mujer zamarriega es ajena al movimiento de la «women lib» y está al margen de polémicas Betty Friedam-Esther Vilar. Lo suyo se remonta siglos atrás y dicen que, aparte donaire y hermosura, está en la tradición su valor y arrojo. Cuentan que las antecesoras de estas mismas mujeres valiéndose de su belleza y galanura consiguieron distraer la atención de la guardia del Alcázar segoviano, entonces baluarte inexpugnable en manos moras, permitiendo de ese modo que sus paisanos lo arrebataran del poder sarraceno, entregándolo a Alfonso VI, quien por este servicio dispuso una serie de fueros y privilegios que los zamarriegos disfrutaron hasta llegado el siglo XVIII.

Leyenda y tradición en apoyo de una costumbre que parece lejos de extinguirse.

Ya están nombradas alcaldesas para los próximos seis años... La Reina doña Sofía figura desde este último año como alcaldesa honoraria.— PEDRO VICENTE. (Fotografías de Peñalosa.)

EL FESTIVAL DEL PANAY

Los filipinos de Kalibo pasean la estatua de San Nino como una reminiscencia española.





El Festival del Panay es un motivo más para que los habitantes de la isla celebren juntos uno de sus ritos más ancestrales y vivos: la paz entre dos comunidades diferentes pero no enfrentadas. Los antiguos «ati», pobladores autóctonos de estos parajes, reviven hoy en las caras renegridas artificialmente de unos filipinos que conservan el amor por lo que fue su pasado y parte de su riqueza histórica y anecdótica. Kalibo, engalanada para la memorable ocasión, «echa la casa por la ventana» y apoya su entusiasmo en el soporte anclado de la religión con motivo del paseo por las calles de esta capital de la estatua del Santo Niño, o San Nino, como aquí le llaman.

EL Festival de la Paz se celebra en Ati-Atihan desde que hace 700 años los jefes de las tribus de la región decidieron establecer un pacto de amistad. Panay es una isla de la parte central del Archipiélago Filipino. Los habitantes de Kalibo, capital de la isla, bailan desenfrenados por las calles y comunican a todo una ruidosa alegría. Ati-Atihan significa comportarse como un «ati», los negros aborígenes de la isla de Panay. De corta estatura, negra piel y cabellos rizados, los «atis» enseñorearon la isla hasta la llegada de tribus malasias procedentes de Borneo. Comenzó entonces la lucha entre las dos comunidades por la posesión de la tierra y la prosecución de las costumbres que cada grupo étnico representaba.

Llega la paz. Cesa el movimiento de las armas, y en Panay un Festival recuerda hoy con bailes el fin de las hostilidades. Los «atis», por aquel entonces, fueron casi desapareciendo. Pero hoy los nativos de Kalibo tiñen su piel de negro para rememorar a los antiguos dueños de la isla y pasean por la capital la estatua de San Nino (el Santo Niño) que los españoles introdujeron en el acervo religioso de estas gentes.

Suenan las viejas canciones repetidas de boca en boca durante siglos, evolucionan los grupos de bailarines y comparsas, atruenan los instrumentos musicales, ciegan al sol, impregnados de sudor los disfraces en la isla de Panay, y Kalibo, y hasta el espíritu mismo de los ancestros «atis» viven jornadas de gloria, emoción y «reivindicaciones».—■

Los niños participan también del jolgorio popular y bullanguero. El baile entusiasma a la concurrencia y gentes del lugar y forasteros, visitantes de un festival ya célebre en el lugar, lo comparten todo: alegrías, ritmos, fe religiosa y el recuerdo cariñoso de sus mayores.

GREDOS

ARMONIA DEL ENTORNO



La sierra de Gredos es algo más que el reducto agreste donde aloja la conocida «capra hispana». Paisaje de tonos delicados, poseedor de un clima que posibilita la frescura del aire que reina, el visitante tiene de Gredos la imagen de una paz todavía no contaminada donde es posible alcanzar un cierto grado de «contemplación», en armonía con los volúmenes y generosidad de la naturaleza que aquí se hizo serena, pero noble y facilitó a los admiradores de este pedazo de España la posibilidad de una escenografía soberbia.

Por eso y por más, que para hablar de la sierra de Gredos muchas palabras son pocas, alarman las noticias de la posible «urbanización» de la zona, razones que establecerían —dicen—, la construcción de una estación de invierno donde practicar el esquí y los deportes de la nieve.

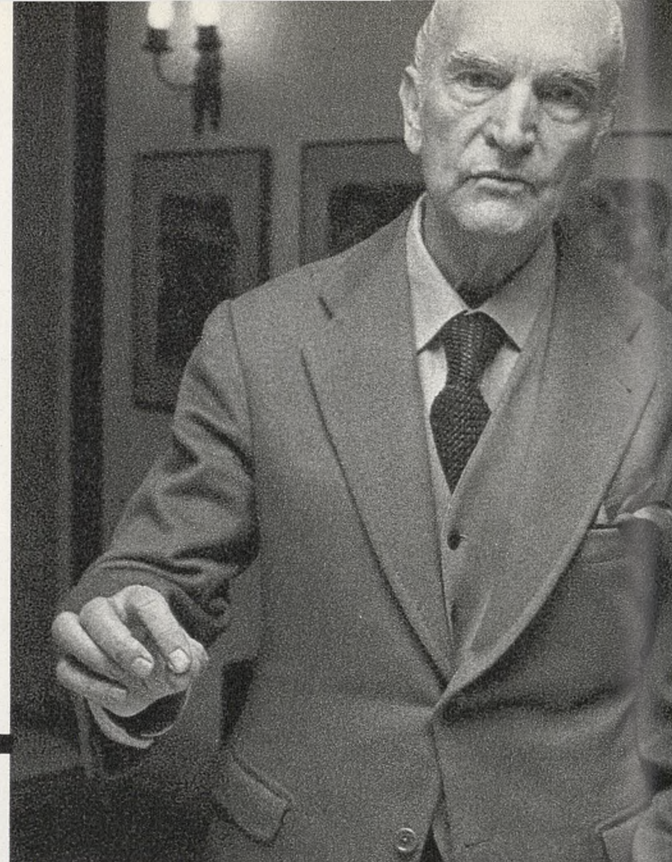
Los municipios de la zona luchan por salir de su letargo. En los últimos veinte años las cifras de despoblación alcanzan la preocupante cota del 35 por ciento. Gredos se queda, en alguna medida, sin la gente necesaria para su natural desarrollo... De ahí el interés de los alcaldes de los pueblos de la sierra por adoptar soluciones, allanar problemas y procurar un mejor nivel de vida para todos. Lo importante es que el problema se resuelva de acuerdo con la intocable serenidad del paisaje. Cierto que no todo es ver nevar las cumbres, ni la quietud del ganado pacer en laderas milagrosamente verdes: no es la sierra de Gredos «sólo» un escaparate para el «éxtasis» del forastero. Aquí quedan gentes enamoradas del lugar donde nacieron, que quieren ver sobre el paisaje la efectiva evolución hacia más innovadoras y productivas formas de convivencia. Pero no a costa de destruir el paisaje. El sano interés de estas poblaciones no puede hacer olvidar la irreversibilidad de muchos condicionantes ambientales y ecológicos... Donde una mole de cemento surge para «raptar» o, «secuestrar» un pedazo de tierra, una quebrada, un risco, un camino..., algo desaparece. Desaparece la armonía del entorno. Un valle, una sierra, una hondonada son elementos naturales que juegan, conjugan y entrelazan las particularidades del terreno. Por eso es armónico. Y por eso en esta parte de España el concepto logrado de la armonía se llama sierra de Gredos.

Importa complementar las dos posturas: por un lado, el deseo de los 54 alcaldes de la zona por la consecución de un planteamiento integral de los municipios colindantes al de Hoyos del Espino, que comportaría en su caso la creación de una estación de invierno con el respeto absoluto al paisaje en su diseño para evitar toda degradación; por otro lado, la justa alarma que este proyecto ha originado en la «Comisión para la Defensa de Gredos», que impugna los citados planes, atentatorios —aseguran— del «último paraje natural que aún puede ser protegido en el centro de la Península».

Aquí mucho pueden y deben hacer la Diputación, ayuntamientos y el actual subsecretario de Información y Turismo, en buena compenetración con la Comisión Interministerial del Medio Ambiente (CIMA) —que consideró ya inaceptable el proyecto presentado para urbanizar Gredos—, a través de una política inteligente y serena. La sierra de Gredos ha sido y es alabada por cuantos se acercan desconocedores de ella pero ya «captados» por las particularidades de su tranquila belleza. No en vano, Alfonso XIII creó en Navarredonda de la Sierra, provincia de Avila, entre silencios, caza, pesca y recogimiento totales, el hoy Parador Nacional de Gredos: el pionero de los existentes en España.—■

LA NUEVA PLAZA DE COLON

por Julia ARROYO



El autor del proyecto de la nueva plaza, concebida como homenaje a la figura de Cristóbal Colón y al descubrimiento de América, es el arquitecto urbanista don Manuel Herrero Palacios, director del Departamento de Parques, Jardines y Estética Urbana. Abajo, el pintor y escultor Joaquín Vaquero Turcios autor de las macro-esculturas que efigian diversos motivos de la gesta americana de los descubrimientos españoles. Los elementos de la nueva plaza simbolizan —a través de los juegos de agua de las dos fuentes gigantes— las velas de las míticas carabelas.

CENTRO CULTURAL DEL MUNDO HISPANICO

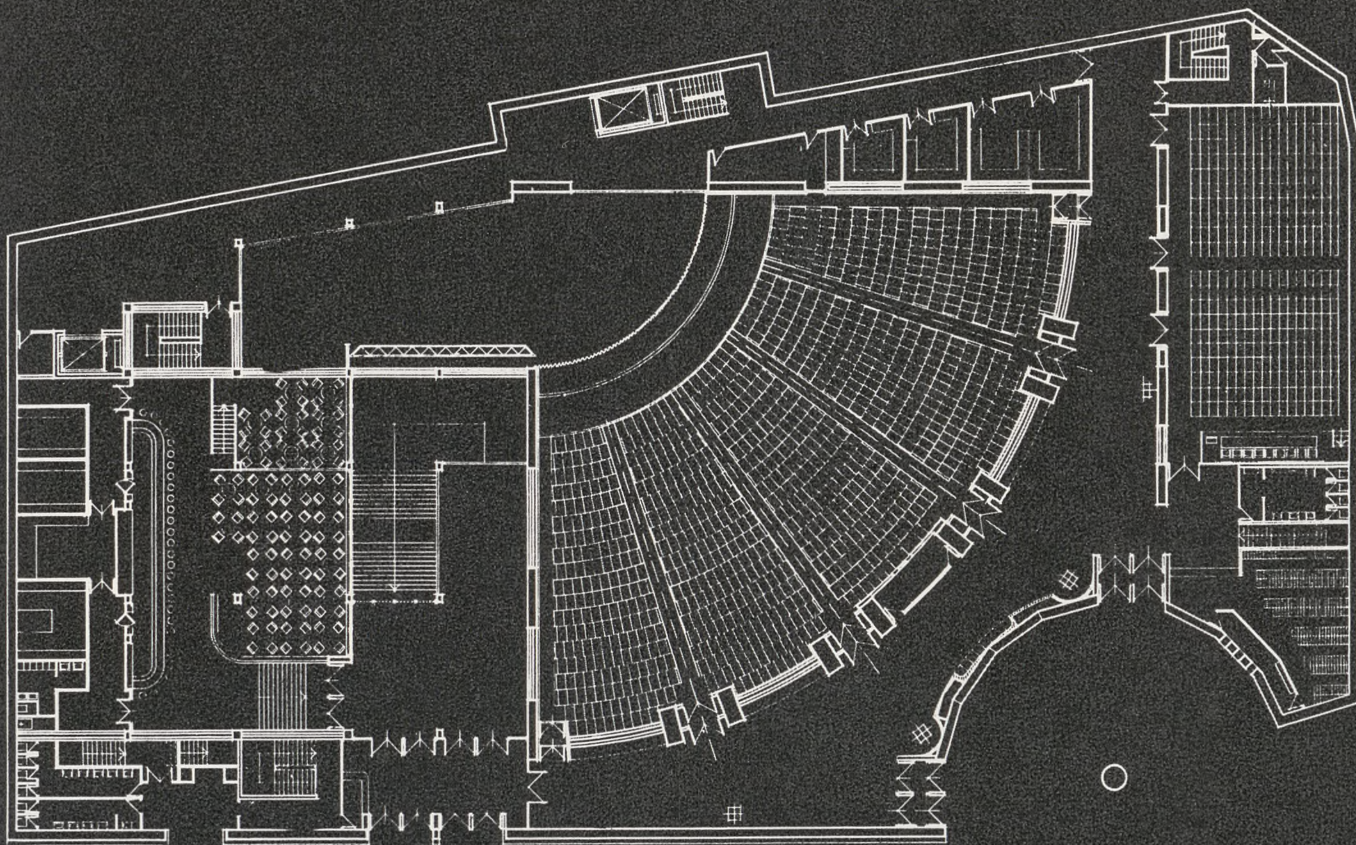
PARA el próximo 15 de mayo, San Isidro, patrono de Madrid, está prevista la inauguración oficial de la nueva plaza ajardinada, surgida donde estuvo en tiempos la Casa de la Moneda. Las perspectivas urbanas han cambiado. Cristóbal Colón, en obra del escultor Jerónimo Suñol, dominaba desde el 12 de octubre de 1892, sobre su pedestal gótico florido tallado en piedra por Arturo Mélida, los señoriales paseos de Recoletos y la Castellana, en su convergencia y cruce con las calles de Goya y Génova. El monumento al Descubridor fue construido por iniciativa y a expensas de los títulos de la corona para solemnizar el matrimonio de don Alfonso XII con doña María de las Mercedes de Orleans (boda de amor hecha leyenda en romance de corro y popular folklore por la temprana muerte de la bella reina). Terminado en 1885, su inauguración señalada para el 6 de enero de 1886 tuvo que aplazarse por el fallecimiento del Rey.

Cristóbal Colón, marmóreo, con su brazo extendido al Nuevo Mundo, ha contemplado el trajín de más de medio siglo de la historia de España desde su atalaya madrileña. Y ha visto caer uno a uno, los residenciales palacetes que orillaban los paseos, ante la piqueta implacable de los nuevos tiempos; en su lugar se alzan hoy altos y funcionales edificios de oficinas y bancos. El pacífico hábitat de antaño se ha convertido en ruidosa y permanente sierpe de tráfico.

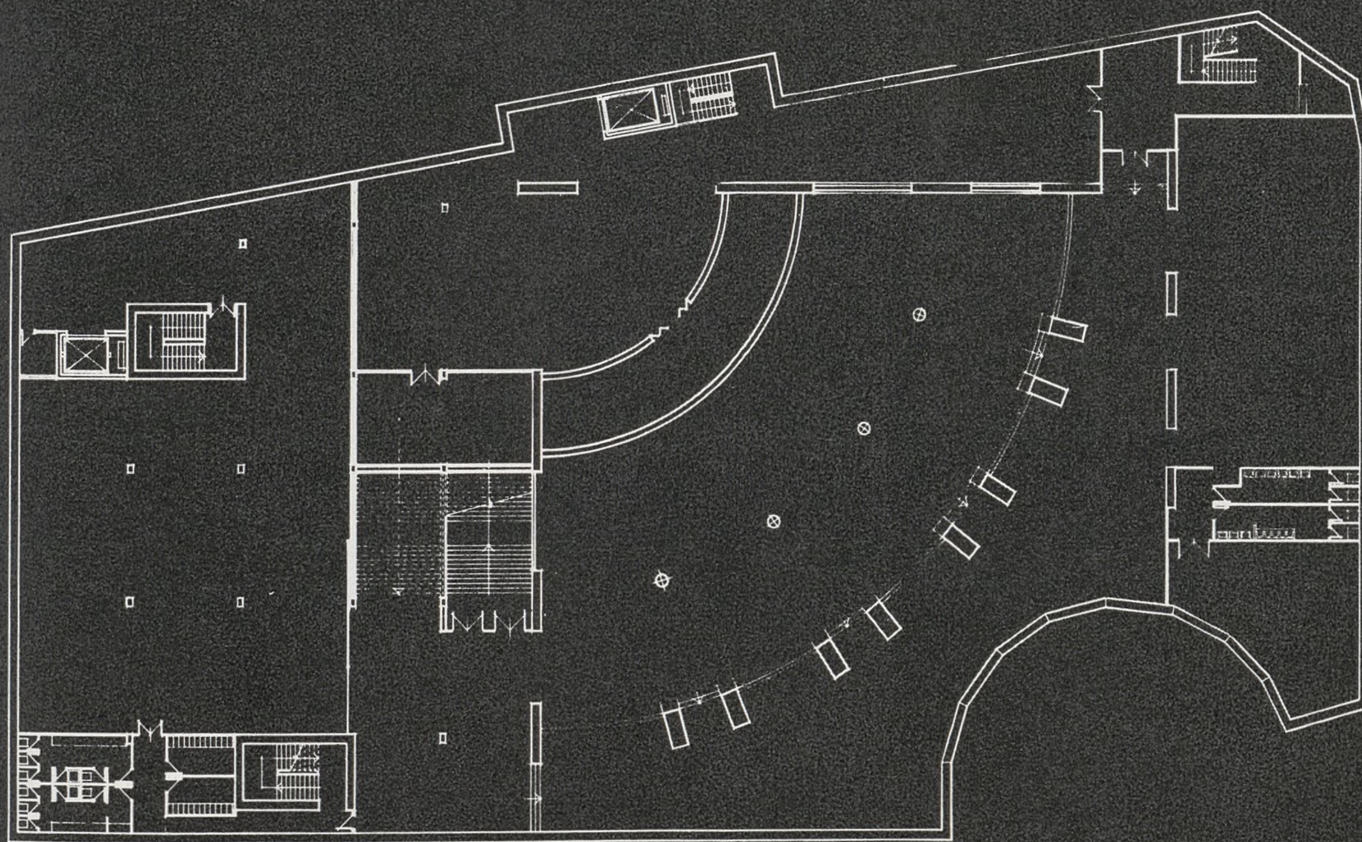
Cristóbal Colón se ha visto presionado a desplazarse de su centro, pero, en compensación, le han levantado unos tres metros sobre su anterior nivel de altura y le han proporcionado una nueva plaza representativa y funcional, dentro de la actual estética urbana. Su extensión es de unos 47.000 metros cuadrados. El doctor arquitecto urbanista don Manuel Herrero Palacios, director del Departamento de Parques, Jardines y Estética Urbana, es el autor del proyecto de esta nueva plaza, concebida como homenaje a la figura de Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América.



⟶



Sobre estas líneas, la planta superior del Centro Cultural en la que se observa la Sala de Conciertos de mil metros cuadrados, el vestíbulo de la misma con sus accesos, la Sala de Conferencias, la cafetería y servicios de escenario.



En la planta inferior en la que se puede ver la gran escalera de acceso a la Sala de Exposiciones y locales de almacenes, servicios de escenario y otros.

La epopeya del Descubrimiento, narrada plásticamente en tres grandes bloques de piedra.

Muestras artísticas, bibliográficas y folklóricas de Iberoamérica, en el subsuelo madrileño.

LAS MACROESCULTURAS DE VAQUERO TURCIOS

Paseos, jardines, estanque y fuentes subrayan la epopeya plasmada artísticamente en tres bloques de noble piedra. El pintor y escultor Joaquín Vaquero Turcios es el autor de estas macro-esculturas que relatan plásticamente la génesis y el desarrollo del Descubrimiento hasta finalizar el primer viaje de Colón. Armónicamente enlazados, los elementos de la nueva plaza se conjuntan con dos fuentes gigantes en la Castellana, cuyos juegos de agua simbolizan las velas de las carabelas que surcaron el océano.

La plaza queda así circundada ahora por las calles de Goya, Serrano, Jorge Juan y el paseo de la Castellana. Paralelo a la calle de Serrano se alza el conjunto escultórico mencionado. Los grandes volúmenes abstractos nos hablan de Séneca, profeta del Descubrimiento del Nuevo Mundo en su «Medea», y las premoniciones de los primitivos americanos que anunciaban la llegada futura de los hombres blancos del Oriente. Todos cuantos creyeron e hicieron posible el encuentro de los dos mundos aparecen en el moderno monumento de casi cien metros de longitud. Contrasta con este conjunto la fina columna neogótica, que se ha querido conservar.

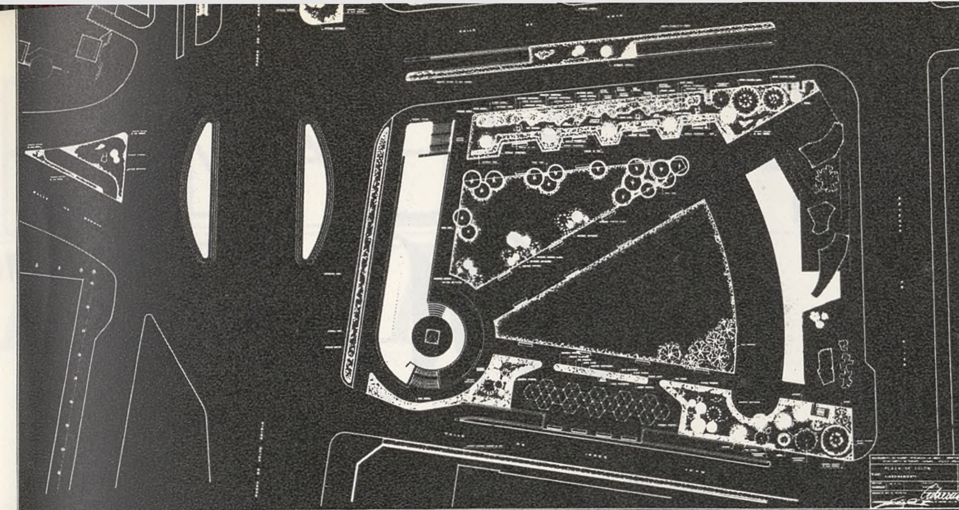
El proyecto del arquitecto Herrero Palacios ha sido ambicioso puesto que en el subsuelo de la nueva plaza ha creado en dos plantas y media un centro cultural. En la planta superior se sitúa una gran sala de conciertos, que sirve también para espectáculos de ballet, teatro y cinematográficos, con capacidad para cerca de mil espectadores; una sala de conferencias con cerca de cuatrocientas plazas y una cafetería-restaurante, con todos los servicios necesarios. Una escalera de cinco metros de anchura comunica el solemne vestíbulo de mármol de la planta superior con la segunda, que cuenta con una sala de exposiciones. Está dispone de una serie de paneles portátiles, que permite una gran elasticidad a la superficie necesaria para el colgado de cuadros, y el acoplamiento de la sala a las necesidades del momento.

NUDO DE COMUNICACION ESPIRITUAL E INTELECTUAL

Todo este recinto cultural, de acuerdo con la misma concepción de la plaza, quiere ser nudo de comunicación espiritual e intelectual del mundo hispánico. Don Luis González Robles, comisario de Exposiciones del Instituto de Cultura Hispánica, ha programado ya un amplio abanico de muestras plásticas, bibliográficas y folklóricas que iniciarán un permanente diálogo de cultura entre Madrid y los artistas y escritores iberoamericanos. Más de diez países del occidente atlántico han sido visitados por el señor González Robles con este propósito y la acogida al proyecto ha sido entusiasta.

Para el mismo día de la inauguración de la plaza, el 15 de mayo, el alcalde de Madrid ha cursado invitación a más de treinta alcaldes de Iberoamérica. Danzas de Venezuela, Costa Rica y Guatemala; piezas de la arqueología taína de la colección del Museo del Hombre Dominicano y de la Fundación García Arévalo, de Santo Domingo; una muestra de la pintura colonial colombiana, y otras de artistas contemporáneos de distintos países, abrirán este centro cultural del Mundo Hispánico, en un punto neurálgico de Madrid, ciudad donde se realizó, en 1486, la primera entrevista entre Colón y los Reyes Católicos.—J. A.

La plaza queda circundada ahora por las calles de Goya, Serrano, Jorge Juan y el Paseo de la Castellana. El proyecto del arquitecto Herrero Palacios ha sido ambicioso: en el subsuelo de la plaza ha creado en dos plantas y media un centro cultural; el recinto quiere ser, de acuerdo con la misma concepción de la plaza, un nudo de comunicación espiritual e intelectual del mundo hispánico.



Aspecto muy avanzado de las obras de la nueva plaza de Colón, en la actualidad. Puede observarse la fidelidad con que se ha llevado a cabo el proyecto aprobado. Noviembre 1976. El día de San Isidro, patrono de Madrid será inaugurada solemnemente con representaciones de todo el ámbito hispánico.

* *Fue el último y el más humano de los conquistadores españoles.*
* *Murió pobre y endeudado tras gastar toda su fortuna en la colonización del Archipiélago.*
* *Una delegación del Ayuntamiento de Zumárraga, su pueblo natal, ha sido recibida por el Presidente Marcos.*
* *Zumárraga y la ciudad de Legazpi, en la isla de Luzón, han firmado ahora un acuerdo cultural y de «hermanamiento».*

LEGAZPI EN FILIPINAS 400 AÑOS DESPUES

De los cuatro grandes guipuzcoanos universales que brillaron con proyección singular en el mundo a lo largo de nuestro siglo XVI—San Ignacio de Loyola, Sebastián Elcano, Fray Andrés de Urdaneta y Miguel López de Legazpi— la biografía de este último guarda, sin duda alguna, un especialísimo interés porque fue, al servicio de Felipe II, cuyo nombre consagró definitivamente como patronímico del Archipiélago filipino para la posteridad, quien cubrió la gran aventura de convertir él mismo en la única nación católica del Extremo Oriente. Su vida no puede ser más sencilla y sorprendente a la vez, porque es la de un hombre preclaro que alcanzó la celebridad en los umbrales de la vejez.

Miguel de Legazpi nació en Zumárraga (Guipúzcoa) entre los años 1503 y 1505 y llegó a ser, por ventura, el último y más humano de los conquistadores españoles. Como tantos otros vascos de su tiempo, y segundón de una ilustre familia, pasa al Nuevo Mundo donde pronto fue secretario y alcalde del Cabildo municipal de México. En 1564 parte del puerto de Navidad, en Nueva España, con una pequeña escuadra de cuatro embarcaciones y cerca de 400 hombres, y siguiendo la andadura de Magallanes, Elcano, el propio Urdaneta —antes destacado navegante y ahora fraile agustino que le acompaña en la expedición— y otros capitanes de renombre, salta de isla en isla, entre las innumerables que configuran el Archipiélago, y funda la ciudad de Manila cuyo nombre indígena tiene el acierto de respetar y conservar para la historia.

Pronto la nueva urbe consta de un palacio, una iglesia, un convento, varios cuarteles militares, 156 casas de vecinos y 16 calles trazadas a cordel y, pronto también, estableciendo la más estrecha convivencia entre tagalos y españoles, promueve las costumbres indígenas; prohíbe la poligamia y da libertad a la mujer filipina; somete a las dos razas a unas mismas leyes y tribunales y emancipa a los esclavos. Cuando muere el 20 de agosto de 1572, después de apadrinar desde su lecho de muerte al reyezuelo Matamba que acaba de convertirse a la religión cristiana, ha incorporado pacífica y libremente a la corona de Castilla, provincias y territorios legendarios como los de Pampanga, Bulacán, Batangas y Laguna y, en suma —que ésta es su gloria y su corona— ha logrado establecer en el lejano Oriente comunidades mixtas de filipinos y españoles, estrechamente unidos y leales a España.

LA MUERTE Y LA GLORIA DEL ADELANTADO

Por el contrario, el Adelantado Miguel de Legazpi, muere pobre y endeudado después de haber financiado la conquista real con su fortuna personal, pero el Archipiélago permanecerá español por más de cuatrocientos años y, dentro de la cultura universal y cristiana, indefinidamente. Su propia hija Elvira —la «novia de Filipinas» le llama el historiador Ignacio Tellechea— encontrará dificultades más tarde para la dote de su matrimonio a la altura de una Legazpi. El padre, en olor de multitud, recibe cristiana sepultura en el convento de San Agustín de Manila, no sin haber rechazado antes de fallecer el título de «conquistador» para aceptar tan sólo los de «prudente» y «pacificador».

El noble pueblo filipino, lo mismo cuando dependió de España como después de la independencia, siempre rindió homenaje a la memoria de Legazpi como lo prueba el monumento levantado en su honor y el de su principal colaborador, Urdaneta, en el Luneta Park de la capital de la República. También existe en la isla de Luzón una hermosa ciudad llamada Legazpi, que es la que ha celebrado con toda solemnidad el acuerdo adoptado de «hermanamiento» con Zumárraga, la villa española que vio nacer al conquistador. Y es que las dos ciudades se consideran mutuamente y en constante relación para el futuro, ciudades hermanas.

Con motivo de estos significativos acuerdos para «fomentar —dice el acta filipina del Consejo municipal de Legazpi— intercambios en relación con las respectivas historias de ambas ciudades, tradiciones y cultura, turismo, literatura y otros asuntos de mutuo interés», una representación del Ayuntamiento de Zumárraga se desplazó recientemente a la isla de Luzón para dar realidad de presencia a lo acordado. Dicha representación estuvo integrada por el alcalde don Cruz-María Uribesalgo, por el teniente alcalde don Víctor Mendía, por el Concejal don Valentín Inaraza y por el vecino don Juan María Puy Elizalde, los cuatro acompañados de sus respectivas señoras.

PRESENCIA ESPAÑOLA EN FILIPINAS

La visita tuvo dos marcos concretos: el de la capital de Manila y el de la ciudad que lleva hoy gloriosamente el nombre del gran Adelantado. Los actos en Manila consistieron, principalmente, además de los celebrados en la Embajada española y en el domicilio del embajador, en la recepción ofrecida por el Ayuntamiento donde el Alcalde de la capital entregó al de Zumárraga la llave de la ciudad; distintos almuerzos y «cócteles» con el Subsecretario de Información y con el Presidente de las Líneas aéreas filipinas y varias excursiones a bordo del yate del señor Elizalde, personalidad allí establecida, por la hermosa bahía como Pasangang. Otros actos religiosos y profanos consistieron en una misa en la capilla del Pilar de la Catedral, visita a la Universidad de Santo Tomás, recepción en el Casino español y el ofrecimiento de flores y oraciones ante la tumba donde reposan los restos del Adelantado y, también, ante el citado monumento de Lunet Park. Añadiremos, como dato curioso, que hallándose en Manila, con motivo de diferentes actos hispánicos, el delegado de Turismo de nuestra Costa del Sol, los actos específicamente religiosos se vieron realzados con una misa flamenca celebrada por

→


MIGUEL LOPEZ LEGAZPI



En la villa de Zumárraga se levanta este monumento en memoria del colonizador Legazpi. Abajo, un momento de la recepción del presidente Marcos y su esposa en el Palacio de Malacañang en honor del alcalde de Zumárraga y de la delegación municipal que le acompañaba.



el sacerdote malagueño don Antonio Rojo, y acompañada por los «cantaores» españoles Canillas, Pepe de la Isla y Niño de Bonela y por los guitarristas maestro Comitre y Cañete.

Fiestas familiares, pero no menos solemnes y emotivas, tuvieron lugar días después en Legazpi, capital de la provincia de Albay, con setenta mil habitantes de población, al fondo de la extensa y magnífica bahía de su nombre. El Consejo municipal de Legazpi, bajo la presidencia del honorable Benito C. Se, celebró con motivo de tan fausto acontecimiento, dos sesiones extraordinarias: una para ratificar los acuerdos de «hermanamiento» a los que ya hemos hecho referencia, y otra, para nombrar hijo adoptivo de la ciudad al alcalde de Zumárraga, don Cruz-María Uribesalgo, quien en todo momento supo hacer los honores y contestar elocuentetemente a los discursos pronunciados tanto ante el Presidente municipal citado como ante monseñor Teótimo Pacis, obispo de la diócesis, presente en el mismo acto. Banderas españolas y filipinas lucieron en tales jornadas por todos los rincones de la ciudad y de manera muy especial, en la gran parada de la Plaza Mayor en la que, entre grandes vítores y aclamaciones, el señor Uribesalgo hizo entrega al vecindario que llenaba el recinto, de un artístico recuerdo del Adelantado y de las clásicas boinas vascas o «txapelas», con el escudo heráldico de Zumárraga bordado en el anverso, que recorrieron las calles de la ciudad Legazpi cubriendo las cabezas de las autoridades de la misma.

LA AUDIENCIA DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Mención especial merece, sin embargo, la audiencia concedida a la delegación española por el Presidente de la República, don Fernando Marcos, y señora, doña Imelda Romuáldez de Marcos, y la cena con que el primer magistrado filipino quiso obsequiar a los expedicionarios guipuzcoanos. «Agobiados por las atenciones de que estamos siendo objeto —dijo en su discurso de agradecimiento el alcalde de Zumárraga— no podemos olvidar en esta solemne ocasión el momento histórico en que Sikatuma, régulo indígena, y Miguel López de Legazpi, nuestro ilustre compatriota, de quien tengo el honor de entregaros un busto como recuerdo de nuestra visita, concertaron el Pacto de sangre que convirtió a españoles y filipinos en hermanos de por vida. A los cuatrocientos años de aquella fecha memorable, las autoridades de la villa española que le vio nacer, estamos aquí para confirmarlo.»

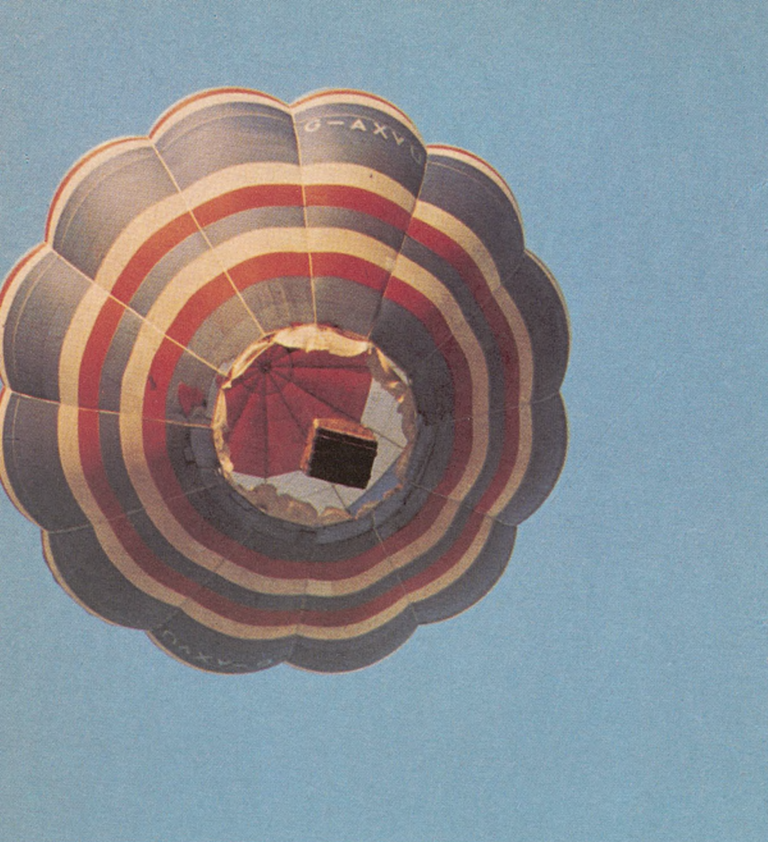
No queremos terminar este informe sin añadir que el clima de cordial amistad logrado en el viaje bajo el señero nombre de Miguel López de Legazpi fue debido, en gran parte, a los buenos oficios de la Embajada de Filipinas en Madrid y a la visita que en 1975 realizó a Zumárraga la señora Violeta Ortega Imperial de Calleja, quien vino a nuestra Universidad para perfeccionar el idioma de Cervantes y enseñarlo después a sus compatriotas en su Patria. El mensaje que entonces trajo a España la ilustre dama fue la causa inmediata de la hermandad y el entendimiento establecidos ahora de manera irreversible entre la ciudad de Legazpi de allí y la de Zumárraga de acá: que el nombre glorioso del Adelantado lo ratifica a perpetuidad.—Julio DE URRUTIA.

LOS GLOBOS PEGASOS



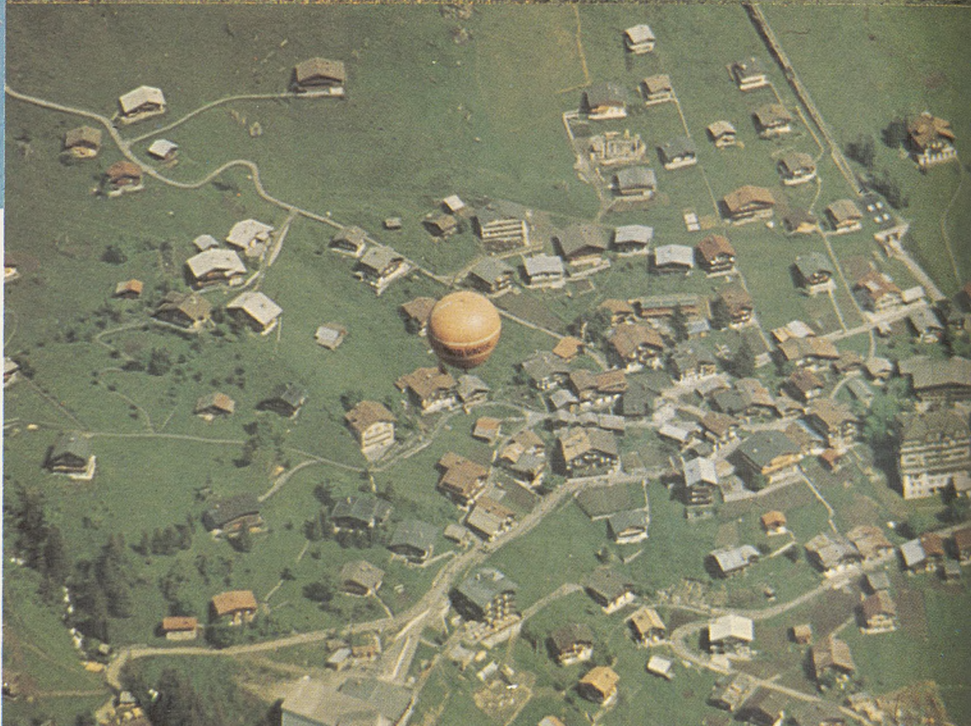
El volar es para los pájaros. Pero es también un sueño de hombres y de dioses. De Icaro al Soyuz-5, sin olvidar a los hermanos Montgolfier, la mitología de la libertad está llena de entusiastas intentos de mantenerse a salvo en un rincón del aire, fuera de las epidemias medievales o de la contaminación del urbanismo de hoy. Y Julio Verne, renace de nuevo en los mil y un Bradbury que se sacan de su loca fantasía un mundo nuevo. Viajar en globo es algo más que un juego de niños. Desde Lamorisse y su «Le ballon rouge» todos sabemos que los globos son un poco la imagen de nuestra vida. Se arrugan, lloran, sobre los tejados de nuestra alma, como el fílmico «globo rojo» se arrastraba sobre los cielos de París. Quizá porque cada día está más cerca nuestro sueño, en las galaxias ... o en los Alpes. Y es que allí por donde Aníbal pasaba sobre los elefantes, los socios del Club «Aerostatique de France» se permiten el privilegio de cabalgar en un puñado de viento, a bordo del hidrógeno y del helio como caballos o pegasos. Acaso sea éste el milagro. Que unos hombres de hoy, con unos miles de francos en el bolsillo adelanten —mientras los extraterrestres llegan o no llegan— el vuelo mismo de los pájaros.







Un vuelo no siempre se hace con alas o plumas. El globo Montgolfier se eleva en el cielo inflado por las botellas de hidrógeno más ligero que el mismo viento. Así se asoma a las ciudades —como en la fotografía espectacular de Rossi-Vandystadt— y se queda en éxtasis suspendido entre tierra y cielo. Pero en realidad, tiene un «deus ex machina», en el experto tripulante que le da cuerda y lo dirige como un hipogrifo sin alas, a su antojo en un «forfait» realmente maravilloso.







murgas y chirigotas

Resplandor y carácter popular del Carnaval de Cádiz

LOS fastos carnavalescos de la milenaria ciudad de Cádiz han vuelto este año por sus fueros populares. Porque la cosa estaba, ¿cómo diríamos?, demasiado hecha sarao oficial, desnaturalizada en feria de casetas y celebraciones caras, vigilada en demasía, mudadas a mayo sus calendas de febrero, las de siempre. Pero el Carnaval de Cádiz —que había perdido hasta su nombre, sustituido arbitrariamente por el de «Fiestas Típicas»— ha vuelto a ponerse en pie, enarbolar su sello popular: otro de los bienes del proceso democratizador, porque el Carnaval gaditano no podía ni debía perderse, ya que es una de las celebraciones más características del país.

Sus orígenes parecen remontarse a los tiempos de la guerra de la Independencia y de María Antonia «La Caramba», una tonadillera de la época. Pero no será hasta la década del ochocientos sesenta cuando se produzcan las primeras noticias documentales, impresas, de la gaditana Fiesta de Momo, con la salida por las calles de «la comparsa melódica La Goleta Terrible», *regadora de virulentas coplas patrióticas y políticas.*



La imagen más pura y genuina del carnaval gaditano ha vuelto —murga y risa— quitándose la careta de «fiesta típica» y poniéndose su máscara de alegría sardónica y jocunda.

Las «coplas»... Autor de sus letras y su música, el pueblo mismo. Alfabetización y arte de componer a un lado, el ingenio y la chispa, la intencionalidad y la gracia, capaces de salvar las mayores tosquedades, tocan todo lo humano y lo divino: la crítica social, las políticas locales, nacionales y foráneas, los temas verduscones, el elogio de la ciudad...

Y la música. Grande, señalada influencia en ella de la música folklórica del área del Caribe —esos barcos yendo y viniendo durante siglos— y de sus instrumentos, como el Güiro *cubano o* chachalaca *colombiana. Antecedentes musicales con dejos flamencos y con ecos de las famosas comparsas de negros gaditanos de los siglos XVII y XVIII. Tango, tanguillo, pasodoble, cuplé, potpurrí: quinteto supremo de la música carnavalesca gaditana. Y el instrumental clásico: bombo, caja o redoblante, pitos de caña y papel de fumar, ralladores de cocina...*

Las agrupaciones van desde el «suntuario» coro, *generalmente en carroza tirada por caballerías y con profusión de instrumentos de cuerda, hasta la solanesca* murga *o* chirigota, *como de dos a ocho individuos de a pie, pasando por la* comparsa, *también peatonal y equidistante en número de intérpretes del coro y de la murga.*

La celebración carnavalesco-gaditana cuenta, a nuestro entender, con tres manifestaciones esenciales: los concursos de coplas, cuyo ensolerado marco habitual es el del Gran Teatro Falla, el desfile de las cabalgatas y, sobre todo, la alegre dispersión por la ciudad de los de a pie, esas inesperadas invasiones en bares y mercados, tabernas y peñas, esquinas y callejas, de la sonora escuadrilla que sin pedir la venia —¡ni puñalera falta que hace!— entra en acción sobre la marcha y nos larga sus coplas.

Si una película no es «contable», cómo va a serlo aquel alegre desmadre de populares alegría y desahogo, acentuado, además, por el carácter urbano, por el medio. El espíritu de un Carnaval no está, a nuestro entender, en los bailes de gala ni en las cenas con reina y reinitas hijas de «pez gordo», no en las muestras carnavalescas de un Estoril o de una Niza, sino, como antaño en Venecia y hoy en Cádiz o en Río, en la auténtica participación del pueblo como protagonista, ya que fue y es su creador.

Cádiz la antañona ha vuelto, al cabo de un dilatado período de Carnavales que propiamente no lo eran, a alzar el pendón parcheado y generoso, estallante y feliz, de sus carnestolendas festeras de febrero.

Y otra vez, en clave de coplilla, a criticar todo lo criticable, a cantar todo lo cantable, a devolverse y devolverle a España una de sus más significativas Fiestas.—Fernando QUIÑONES.

EL CARNAVAL CARIOCA



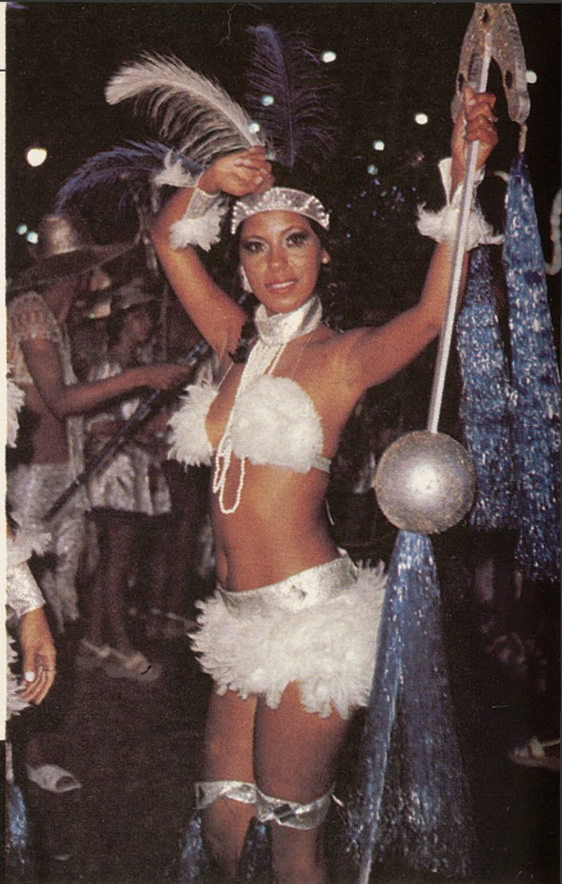
El Carnaval de Río tiene una musa: la bailarina; una música, la samba; un dios, el ritmo.
Conocido en todo el mundo, el filme «Orfeo Negro» al alimón con una sugerente banda sonora, llevó su seducción, su gloria y su dramatismo a todos los rincones del mundo. Miles de comparsas, incontables carrozas, famosas «escolas» de samba, desfiles de disfraces, forman el elemento más a la vista de una fiesta maravillosa.



Al ritmo de la samba baila todo un continente

HACE años un escritor español llegaba a Río de Janeiro. Pensando quizá que en Carnaval o fuera de él podría contemplar la cosa —el éxtasis deslumbrante, la desbordada euforia de las gentes, la alienación por el ritmo— desde la acera. Y en seguida se dio cuenta de que eso no era posible. El río de la vida arrancaba a todo espectador, de su aparente «sofrosine» y lo chapuzaba y lo introducía en el delirio mismo de la amplia geografía de la fiesta.

Y es que el Carnaval de Río es algo que se mueve, tallo que germina, terraplén que desaparece, fronda que se abre, ciudad que se inaugura —para decirlo con sus hermosas palabras— en el que todos los habitantes de la ciudad, —y del Brasil, y aun del mundo— viven el frenesí carioca como una ofrenda de sí mismo a los dioses, cada uno haciendo su propio rito, liberándose de sus tristezas, asumiendo la total libertad por cuatro días consecutivos, ... Sambeando. A las gentes de los barrios urbanos de Río al igual que a las gentes de las «favelas» el ritmo de hojalata y madera, el son de la «macumba» y el vaivén desbordado se les sube a la cabeza como una extraña y enloquecida «chicha» fermentada. Y Río además de ser el espectáculo de los espectáculos, es la má-



Hay en la fiesta «brasileira» por excelencia algo de afro y algo de mulato. En ello se reconoce la ascendencia africana de la samba. El carnaval surgió para conmemorar la abolición de la esclavitud en mayo de 1888 y tuvo que pasar algún tiempo hasta definirse en su actual matiz folklórico, que adquirió en 1927. Las «escolas» de samba aparecieron algo más tarde: en 1937.

Las bailarinas cariocas son las diosas de la fiesta, las reinas del cortejo, donde pululan esclavos y mucamas, indios y bandidos, hechiceros y payasos, en un endiablado «totum revolutum» de la máxima grandiosidad, en un juego de disfraces original y valioso. Durante cuatro días, Río de Janeiro se olvida de la realidad y vive una vida explosiva y vital, rigurosamente frenética.





xima fiesta del folklore del mundo: el carnaval de los carnavales. Tan lejos de la mímica suave de Pierrot y Colombina como de las descarnadas «trotonas» de Goya y de Solana, el baile carioca es un torrente de alegría, de color, de música, que se desborda y toma la avenida del Presidente Vargas o se ordena en la fiesta de disfraces del Teatro Municipal en el que todos los sentidos andan sueltos. Lo que al comienzo fue un festejo por la abolición de la esclavitud, fiesta de libertad e independencia, es ahora la fiesta de la espontaneidad, donde la samba hace bailar a todo un continente.

Desfilan en un paseo interminable las «escuelas» de Mangueira, Imperio Serrano, Portela, Salgueiro, Vila Isabel, Imperio de Tijuca, Unidos de San Carlos, Unidos de Lucas, Imperatriz Leopoldinense; pasan las carrozas como pesadillas del sueño de la Cenicienta, se agitan los diversos grupos de baile y esplende tropical y deslumbrante la coreografía. Sones del Africa negra y perifollos de la Francia de Luis XIV se entrecruzan en esta fiesta del color. Miles y miles de comparsas, vaporosos plumajes y máscaras coloristas son la cara brillante, despreocupada de un pueblo que se libra de sus preocupaciones y de unas gentes a las que resulta imprescindible ser reyes por un día.

Las MALVINAS

La soberanía sobre las 200 Islas del Archipiélago

El segundo hombre del Ministerio británico de Asuntos Exteriores, Edward Rowlands, viajó a mediados de febrero a Buenos Aires, con escala de una hora en Madrid, para presentar al gobierno del Presidente Videla un plan sobre Las Malvinas. Resultó soprendente la decisión británica de dar este paso, porque las señales, hasta los últimos días de enero, eran de que Londres recuperación de la soberanía plena sobre el Archipiélago. Pero es muy posible que si el plan de devolución gradual, que lo ha aplicado Gran Bretaña en tantos sitios de la tierra para ir liberando colonias y enclaves, es aceptado por Argentina, se producirá una gran cooperación de las dos naciones, no ya sobre la explotación de la cuenca petrolera de Las Malvinas, sino también sobre



seguia tan cerrado para Las Malvinas como para Gibraltar. ¿Fue la ocupación por efectivos argentinos de una de las diminutas islas Sandwich, o fueron motivos de orden económico los que movieron la acción inglesa? Nadie lo sabe. El hecho es que se presentó en Buenos Aires el señor Rowlands, llevando por lo menos un plan de negociación. Al día siguiente de la llegada, el gobierno argentino puso a su disposición un avión militar —hecho significativo— para que se trasladase a Las Malvinas y permaneciese allí los tres o cuatro días que necesitaba para explicarle a la población del archipiélago (unas dos mil almas en total) la difícil situación de Gran Bretaña, que le impide acometer por sí sola un plan de desarrollo del área. A su regreso a Buenos Aires, el señor Rowlands inició en firme la negociación del plan. Naturalmente, no ha trascendido (por lo menos hasta el momento en que se redactan estas líneas), el contenido de ese proyecto británico, pero los famosos «rumores de fuentes bien informadas», dicen que contiene ante todo una oferta de devolución gradual de la soberanía. Saben los ingleses que el gobierno argentino fija como un sine qua non *el punto de la toda la zona suratlántica prolongada hasta la Antártida. Gran Bretaña quiere crear compañías multinacionales para la explotación de las riquezas del área, que están ya estudiadas completamente, y de las que se dispone de un informe técnico muy detallado. Hay mucho petróleo, pero hay también enormes cantidades de* krill, *el crustáceo sumamente rico en proteína, que se ha podido multiplicar en forma nunca conocida por la desaparición de la ballena azul y de otros cetáceos que se alimentaban de las crías del* krill. *De modo que sobre la cuenca petrolífera, sobre los fondos de* krill *y sobre la riqueza en algas, hay un margen inmenso para la industrialización y la inversión conjunta de capitales. El plan que lleva el señor Rowlands es, en síntesis, cambiar a un plazo más o menos largo la soberanía sobre las 200 islas del Archipiélago, por una empresa mixta angloargentina para explotar todo el mar que va desde Las Malvinas hasta la Antártida. Es muy probable que la Argentina, que se encuentra organizando a marchas forzadas la explotación del mar, acepte, y coopere con Gran Bretaña en esta inesperada fórmula para resolver el problema creado en 1833.*— ■

EL POETA *DE LOS OJOS ENCENDIDOS Y CON* EL BUHO *AL HOMBRO*

Hoy, Luis, llega ante mí con urgencias de
libro nuevo la luna riente
de tu efigie con un búho filosófico al
hombro, inquietante, rotunda,
significativa efigie.
La mayoría de los ojos de los viandantes
humanos, parece y no
lo parece, pero van mirando ciegamente
hacia afuera, y es lógico,
pero aunque miran y remiran y vuelven la
vista es como si no vieran nada,
y es que no ven, no hay más que verlos
cómo transitan confundidos,
desorientados, pero hay hombres que son
ante todo y sobre todo chispa
de luz —luz verde o azul o a veces un
montón de luces blancas y
negras— que miran hacia fuera, y es
natural, pero desde dentro
y hacia dentro, desde un dentro
profundo y abismal que se hace claridad
hacia fuera, y es que la
luz no la reciben sino que la dan
cegadoramente, y sus claridades
van desde lo más sutil, lo más analítico,
lo más crítico y hermético
a lo más transparente, luminoso, esclarecedor
y coloquial, fabulosamente humano.
Uno de éstos es Rosales; quien haya
visto a Rosales de cerca
y haya dialogado con él no lo olvida
fácilmente, porque esa
chispa que emana de sus ojos la llevará ya
dentro, encima, para
siempre, y a través de ella comenzará a
descubrir un poco, y poco a poco
todo lo que hay dentro de sí mismo y en su
entorno, bajo el gozo imantado y
diáfano de su personalidad
y el resto de su verbo,
serenidad compensadora en el ir
y venir peripatético-poético
de este poeta total.
Y es que un poeta no son sólo
sus versos, no deben ser,
aunque sean versos asombrosos
o perfectos o aterradores,
un poeta es sobre todo su radical,
profunda, mística humanidad,
lirismo total desde
el copo de la coronilla,
hasta el misterio de la raíz, y
en Luis Rosales se dan
y se encuentran juntas las dos
cosas más grandes que
podemos encontrar, la de ser
cabal y entrañadamente
hombre y poeta. Por una parte,
el misterio y la luz
del poeta, en agresiva pugna, que eso
es la poesía, y por la
otra, lo más hermoso
y grande que se puede
encontrar en un hombre, sólo hombre, la libre
inteligencia y la bondad colmada,
la malicia imprescindible y el don generoso
de la comprensión total para todos
los descarríos posibles.
La chispa interiorizante de Rosales la
encontramos en su expresión,
en su vida y hasta en sus silencios, no
digamos en su palabra;
en su dolor y su gozo, en su infantilismo
y en su gravedad,
en su inocencia y en su liviana perversidad,
en su conciencia, en su
estado de luz, hermosamente clarificador,
que no oculta las penumbras
del misterio, de la duda, y diríamos que hasta
de las plumas rotas de la culpa,
porque para entender a Rosales hay que tener
delante lo mismo a San Agustín que a Averroes,
a Confucio, lo mismo que al libro de Job.
Esta es la fórmula de un poeta colosal y
esto es un hombre
—un amigo, un compañero— que eclipsa a
muchos modelos enaltecidos.
Muérete, mirando la luz; ciégate, mirando la
luz que no ves; recréate,
expandiendo la luz que repartes sin saberlo
acaso, fraternalmente y sin
soberbia, con la decencia y la complacencia
humilde de lo que es auténtico,
de lo que es verdad, de lo que es paz para
todos, belleza en prisma
unitario de humanidad rotunda.



Y lo maravilloso, también
de Rosales es que
no limita su diálogo
a las momias de la poesía, a los fantasmas
ilustres de la poesía,
a los maestros fabulosos de la poesía,
porque él, que siempre
habla en pasado, en presente y en futuro,
todo a la vez, gusta
de hablar sobre todo con los
hermanos poetas, tanto si son
grandes como si son medianos o pequeñitos,
porque todo en él es
palabra viva de resucitante poesía que no
murió ni morirá, éste
es Luis Rosales —digan lo que tienen
que decir los críticos
de su poesía, que uno también está en
manos de los críticos—.
Hablo al compañero, al amigo, uno está hablando
del amigo, del hombre-poeta
o del poeta-hombre que es
Rosales. Una naturaleza levantada sobre
el espíritu para conversar
con las mismas palabras y el mismo ritmo
con Dios y los hombres,
sin catalogar, sin clasificar demasiado,
buscando, solamente, el gran
discernimiento de lo que es y
siempre será poesía, pasión, verdad,
inmortalidad. Porque Luis Rosales
es, fue y será poesía, un reino que nadie
puede arrebatarle y lo que
hay que conquistar, para entrar y
salir de su abismo glorioso,
tanto como su poesía, es su acento humano,
que lucha entre lo adolescente
y lo maduro, lo pleno, diríamos
lo «macho», dentro de la inconmovible y
fugaz apariencia de la eterna
y total sabiduría que implica el ser hombre
y poeta o poeta-hombre
y haber recorrido vitalmente,
profundamente, entregadamente un ciclo
completo hasta la cumbre, y es que Rosales
es la medida cabal, el hombre
a la medida de todas las cosas que al
hombre le pueden ser dadas: el amor,
el pecado, la poesía, el dolor,
la ascensión a la cumbre de la palabra,
ese don riquísimo,
superabundante en Rosales, inefable, que
es la ciencia del verbo, el sabor de la palabra, de su
intencionalidad primera y última.
Todo lo que sabemos, todo lo que no sabemos,
todo lo que se puede
«saber» aprehendido simplemente en el dominio
de la palabra,
bajo el latido del pensar y del sentir,
en plenitud de comprensión
y de renuncia, en amalgama de ironía
y de sonrisa, que puede ser
feliz y que, a veces,
lo es y que, a veces también,
es felicidad amarga como el
esplendor efímero de la retama.
Luis Rosales es, además de poeta
y hombre, maestro indiscutible,
que lo de maestro es aparte, y basta oírle hablar
o escuchar sus silencios —ay,
los silencios de Luis Rosales—,
sabiduría agraz y sabrosa, sabiduría simplemente
luisrosaliana, ciencia para soñar despierto
y vivir muriendo, con el búho al hombro...

CASTILLO-PUCHE.

LUIS ROSALES

EL MAGICO DESENCANTO DE LA POESIA

«LUIS Rosales está hecho de una prolongada, densa sucesión de retrasos, discusiones, ternura, teorías, ilusiones, ensayos, delicadeza, ceceos, un corazón como una casa, poemas, amigos, inteligencia inventora, tabaco negro y coñac.» Define bien esta enumeración caótica de Dámaso Alonso al poeta con que hoy tropezamos. Alguien dijo que hablar con Luis Rosales es como sentir un recio chapotón sobre nuestra cara, un chapotón de ideas, de sentimientos y de emociones, un maravilloso chapotón de razones y sinrazones, de sentidos y sinsentidos.

—«Diario de una resurrección» consta de diecinueve poemas largos y su temática es, como suele ser en estos casos (me refiero a mi edad), rememorativa. De todos modos, es lo que pudiéramos llamar una contestación del recuerdo de mi vida amorosa y un intento de edificación, codificación, simbolización, construcción y organización. Es una larga memoria de amor puesta en tiempo de presente.

—*¿Qué diferencias puede haber en la poesía de Luis Rosales, y en él mismo, desde «Abril» hasta hoy, cuarenta y dos años después?*

—Hay un gran número de diferencias que sería difícil ahora reducirlas a un esquema. Yo, de joven, desde el punto de vista psicológico era impulsivo, apasionado e idealista; desde hace mucho tiempo soy un hombre de pasión fría, escéptico, creo en muy pocas cosas, casi ninguna; hoy día no creo más que en las verdades simples, sencillas, cotidianas.

Desde el punto de vista del lenguaje ha variado mi poesía, y desde el punto de vista del tono también ha cambiado por completo. En mis primeros libros yo tenía un acento, como usted recordará, entusiástico, juvenil, después un tono cáustico, desengañado, incluso a veces agrio, como alguno de los poemas finales del libro «Canciones» y como alguno de los poemas del libro «Cómo el corte hace sangre», que en definitiva es un título que ya responde a una manera de entender la poesía, una manera hemorrágica, diría yo.

Lo que sí he hecho, de todos modos, es una cierta continuidad, a partir del encuentro con mi propia personalidad, con mi propio estilo poético en «La casa encendida», manteniéndome estilísticamente fiel a esa misma concepción de la vida y de la poesía, tratando de unir, desde el punto de vista estético, el género narrativo y el género lírico, tratando, de alguna manera, que la poesía no sea solamente canto sino también cuento, que se narren cosas, tenga un argumento cada uno de los poemas.

—*Luis Rosales ¿cree en la poesía?*

—Ser escéptico no es ser descreído; el escepticismo es, en el caso mío, una manera de vivir limitando continuamente el paso posible de la ilusión, del deseo, para que la vida tenga siempre, ¿no?, un realismo muy verdadero.

EL DECLIVE DE LA ILUSION, LA PRESENCIA DEL DESENGAÑO

Me miran insistentemente unos pequeños ojos azules que hacen juego con la chaqueta. Don Luis se ha quedado sorprendido por mi pregunta, seguramente, pero reacciona, él sabe de escepticismos y de ilusiones:

—La vida, de alguna manera es una ilusión, un espejismo, algo creado por el hombre; pero ilusión no es eso, sería un contenido, un potencial volitivo imaginativo que sustituye otro tipo de ambiciones más reales. En ese sentido yo creo que la vida hay que hacerla con ambiciones reales, y con esas alegrías o satisfacciones que la vida nos da constantemente... Hoy he estado con el limpiabotas, sé que tengo una relación humana con él, sé que está esperándome por la mañana y el día que no voy, sé que me echa de menos, pero de una manera profunda... Creo que ese tipo de cosas para mí bastan; lo peligroso de la ilusión es que pone la finalidad sobre ambiciones altas, que terminan por cegar, por atorar el potencial de alegría de estas satisfacciones pequeñísimas.

—*¿Hay un momento en que se pierde la ilusión y Luis Rosales comienza a ser escéptico?*

NO QUIERO QUE LAS ILUSIONES QUE TENGO, QUE ALGUNAS TENGO, SE ME HAGAN DEMASIADO GRANDES.



«Nosotros —declara Luis Rosales— lo que intentamos hacer fue la construcción de un nuevo humanismo. Anteriormente a nosotros había existido una poesía demasiado apoyada sobre fundamentos puramente estéticos. Yo lo que he querido hacer es fundir la exigencia de nivel estético que nos legó la generación del 27 con lo que nos había legado la generación del 98».

—No querer crearse la ilusión no significa no tenerla; están más entrañados de lo que creemos el elemento imaginario y volitivo y el aspecto real, diario, cotidiano. Lo que ocurre es que las ilusiones que tengo, es indudable que algunas tengo, las quiero siempre mantener dentro de estos límites, no quiero que se me hagan demasiado grandes.

En mi poesía, el declive de la ilusión está marcado por «Canciones». Todos mis libros son muy apasionados, muy encendidos, muy ricos, están llenos de material afectivo. En «Rimas» ya hay un tono negativo, de disgusto, de desvaimiento, de desilusión, de desengaño, y en «Canciones» creo que hay alguno de los poemas más agrios que yo he escrito, por ejemplo, el poema final, el del viaje, el que escribí cuando la muerte de mi hermano... Lo mismo ocurre en «Como el corte hace sangre», un libro escrito en el desengaño, un desengaño muy activo, en el que se quiere conseguir con la poesía no solamente un tipo de emoción estética fácil, almibarada, sino un tipo de emoción estética como un chirriar de dientes producido por el espanto. Yo creo que han sido esos dos libros los que lo representan de una manera más clara, tanto como los diferentes tonos de «Canciones», aunque ése es un libro donde hay también cosas antiguas que no están incorporadas a ese tono vital al que usted aludía.

En cualquier caso, sí tengo que decirle que este nuevo libro, ya su nombre lo indica, es un libro en el que vuelvo a un tono de expresión mucho más jubilosa, apasionada, variada..., no tiene nada que ver con el desengaño.

UN MOMENTO DE MAYOR AHINCAMIENTO EN LA VIDA

—*«Diario de una resurrección», ¿puede significar, entonces, una ruptura con toda su poesía anterior, e incluso con la generación del 35?*

—No, este libro continúa la misma experiencia de hacer poesía con argumento. Se parece extraordinariamente, por el tono expresivo, por la misma intencionalidad poética, por el mismo tono narrativo, a «La casa encendida»; además, como aquél, tiene un arranque gozoso. Lo que yo hago es volver ahora a un momento vital de mayor ahincamiento en la vida, de mayor disfrute vital. Que yo no me he explicado nunca en qué medida un hombre que vivía como yo, hacía una poesía desengañada, en qué residía ese secreto desengaño que yo he vivido durante tanto tiempo... es curioso. Pregunta que me he hecho en muchas ocasiones y que no me he atrevido a contestar, porque era iniciar una investigación que no me agradaba.

—*¿Quiere decir que este libro puede iniciar una nueva época en su poesía?*

—Bueno, yo he hecho versos cortos y versos largos, han sido siempre momentos distintos. Este es un libro de versos largos, y en ese sentido se une a «El contenido del corazón» y «La casa encendida». «Diario de una resurrección» es la continuidad de mi poesía con esos dos libros, con los cuales se verá como una unidad diferenciada. El tono vital aquí es más alto y más variado, hay poemas con mucha intensidad, poemas con ironía, con humor, todos ellos inventados, imaginados. Esa ha sido siempre una de las características de mi poesía, una imanación sobre la realidad, de la realidad y desde la realidad.

Luis Rosales pertenece a la generación del 35, como él dice, no a la generación del 36 como se le encuadra generalmente. De la generación de Ridruejo, Vivanco, Panero... y del mismo Rosales, hemos hablado como de un desencanto, cuando van muriendo, uno a uno, los poetas que hacían la revista «Escorial», los poetas que un día tuvieron ilusión:

—Nosotros lo que intentamos hacer fue la construcción de un nuevo humanismo. Anteriormente a nosotros había existido una poesía demasiado apoyada sobre fundamentos puramente estéticos. Se habían conseguido, en la intensificación de estos procedimientos, verdaderas maravillas: el dadaísmo, el surrealismo, el creacionismo, habían conseguido mucho. Yo lo que he querido hacer es fundir la exigencia de nivel estético que nos legó la generación del 27, lo irracional, lo racional, lo musical, el hermetismo de la poesía, valores como el espanto y el terror, unirlo eso a lo que nos había legado la generación del 98, una concepción de la vida, una profundidad del poema. Lo que me interesaba y me sigue interesando es llegar a hacer la estructura del poema como lo consiguió la generación del 98 y en la realización expresiva tener la calidad de la generación del 27.

LA POESIA ESCRITA DESDE UNA LENGUA HABLADA

—*¿En qué ha influido su generación en la poesía actual?*

—Yo creo que la poesía que hoy se hace es una consecuencia de nuestra generación. Se ha vuelto a lo narrativo, y hemos sido nosotros los primeros que empezamos a utilizar el lenguaje oral, a escribir la poesía desde una lengua hablada. Lo que ocurre también es que a nosotros, como a todos, siempre se nos trata de juzgar. Nuestra poesía ha dejado indudablemente una huella, a veces, como le digo, que puede ser impersonal.

Rosales habla de su poesía conociéndola bien, porque es su propia vida. Cuando le he preguntado por la relación entre sus vivencias juveniles y sus viajes con su poesía, ha dicho:

—Yo tengo hecha una poesía de arrastre vital en la que es muy difícil saber cómo han ido formalizándose mis experiencias hasta constituirse a veces en la posibilidad de un verso, de un poema; lo que sí sé es que mi poesía tiene todo ese arrastre y que yo he tratado siempre de establecer una relación entre poesía y vida.

Volvemos otra vez, en la conversación con Rosales, al contexto. Es difícil conocer a un poeta, pero es más difícil aún si lo aislamos. En concreto, la poesía de Luis Rosales es inexplicable si no es conectada a la poesía que hizo su generación, y que él mismo describe:

—Una de las características más importantes de la poesía de esta generación ha sido su carácter ético, yo no diría nunca de carácter moral, porque a la palabra moral le tengo un cierto respeto, y al mismo tiempo una cierta irrespetuosidad también, es decir, tengo tomada con ella un cierto distanciamiento. Yo, entonces, diría que el tono de nuestra generación es un tono ante todo ético, de personas que no han jugado con la vida, que no han jugado con nada, tratando de incorporar su vida a la poesía y su poesía a su conducta y ésta a una continuidad.

—*¿En qué medida la poesía de la generación del 35 puede ser la consecuencia de un error?*

—De un error no, yo creo que toda poesía sale de una frustración, toda poesía verdadera; ya lo decía Machado: se canta lo que se pierde. Qué más frustración, naturalmente, que la relación vida-muerte. Toda la vida es, en cierto modo, la añoranza ante algo perdido, lo que ocurre es que eso se acoge de muchas maneras, por ejemplo de una manera romántica, elegíaca, y, entonces, se asume tratando de elevarla, de espiritualizarla, o bien se asume en su dimensión real, en un tono más desesperanzado, más encolerizado, en que la frustración lleva a sentir un cierto remanente de incomodidad. Esas dos actitudes son válidas y yo creo que hemos tenido las dos, de ahí vienen libros como «El contenido del corazón», que es un intento de investigar dentro de una frustración, de una manera resignada para sacar de ella lo mejor de la vida, algo que pueda seguirnos sirviendo para vivir, pero en mi misma poesía hay otra concepción mucho más dura en que hay elementos de protesta ante esa frustración.

Luis Rosales se ha quedado en silencio, de pronto. Por un momento he creído perder de vista esos ojos azules que le bailan nerviosos entre los párpados.—Manuel PRADOS.

MIGUEL HERNÁNDEZ

MAYOR AL QUE NO CESA

por Félix GRANDE

Dos circunstancias devuelven a la actualidad el nombre de Miguel Hernández, el gran poeta de Orihuela: de un lado la salida de su «Obra poética completa» por primera vez en una edición de Zyx, S. A. preparada, con introducción, estudio y notas, por el poeta y crítico Leopoldo de Luis en colaboración con su hijo Jorge Urrutia; de otro, el treinta y cinco aniversario de la muerte del poeta ocurrida en la mañana del 28 de marzo de 1942, a los treinta y dos años. Pero, claramente, la personalidad de Miguel Hernández, inscrito en la nómina más luminosa de la poesía española de todos los tiempos, apenas necesita recordatorios o pretextos para traerla a nuestra páginas. Viento de pueblo y rayo que no cesa, pastor de la muerte y silbo vulnerado todo a la vez, es evocado en este artículo por Félix Grande, hombre que también se llama barro y es voz fundamental de la más nueva y genuina poesía de hoy.

A. Arnoldo y Abelardo

«Careta» (negrísima de pelo y con manchas blancas en el hocico y la testuz) era mocha y menuda, de cuello fino y ubres alargadas. La «Azul» (de pelo azulado: en mi familia los pastores solíamos ser bautistas prudentes) una mañana enfermó de manera vertiginosa en un ejido cercano a la estación, comenzaron a chorrearle siniestras flores de espuma por su entreabierto hocico mientras desde sus ojos amarillos me restregaba su agonía con horrenda esperanza, y hube de correr al almacén del Tío Malaño, donde trabajaba mi padre: quien ya no pudo hacer otra cosa que degollarla para aprovecharle la carne. La «Leona» era la cabra más lechera de la piara; durante años mantuvo el récord de tres litros de leche diarios en los meses posteriores al parto. En invierno, cuando la busca de yerbajos era una aventura cotidiana y medio desesperada por su mediocre resultado (alguna raíz, cardos, escasas bocanadas de grama en los barbechos, desperdicios en la umbría de los pareazos), mi padre solía poner en cada pesebre un puñado de yeros entre la paja de trigo o de avena, pero a la «Leona» se los daba aproximándoselos con sus manos. Veo a mi padre limpiándose después la baba de la «Leona» en los costados de su mono de faena, satisfecho y afectuoso con el viejo animal. La «Leona» envejecía, pero el amor de la familia por aquella meticulosa productora, cuyas costillas no se cubrían de carnes ni durante los cinco meses de embarazo, postergaba su sacrificio. Al fin, ya vieja y lenta, medio ciega, casi seca y cada vez más dependiente del calor del pastor (cuando me quedaba rezagado en el Camino Real, mientras el resto del ganado continuaba avanzando hacia el pueblo, ella clavaba sus cuatro patas en el polvo o el barro, volvía el cuello mirándome y balaba) los hábitos a la vez inmisericordes y naturales del pastoreo manchego nos obligaron a llevarla a la casa del carnicero, que estaba en nuestra misma calle. Mi padre y yo echamos a andar camino de la carnicería y la «Leona» nos siguió con su terrible mansedumbre, mientras mi madre nos veía alejarnos desde la puerta de nuestra casa de la calle de Asia, limpiándose dos o tres lágrimas de amor. Creo que nos dieron ocho duros por la anciana «Leona», que fueron íntegros a las manos casi siempre vacías de mamá. Posiblemente sirvieron para comprar yeros. Las cabras que la edad o un mal parto convertían en inútiles eran vendidas y degolladas para con su producto seguir alimentando a las lecheras. En la época de partos —el invierno— sólo se conservaban los chotos hembras. Los chotos machos vivían un par de meses antes de convertirse en mercancía de las carnicerías o en eventuales fiestas para agasajo de algún lejano familiar que viniera de visita hasta el pueblo. La degollación duraba unos minutos; poníamos una cazuela de barro bajo el chorro de sangre que brotaba del cuello del choto, y sobre la sangre de la cazuela hacíamos una cruz con dos pajas para que esa sangre no se cortara. Luego, mi padre desollaba al choto, despegando el pellejo



con los nudillos de su puño derecho. Durante algunos años, todos estos animales infantes que tuvieron la desgracia de nacer machos y en una tierra que no consentía criarlos para el engorde porque sólo en parte de la primavera, en verano y en parte del otoño les proporcionaba alimento, fueron nietos de la «Leona»: ella era la madre del macho semental. Era menudo y duro, valiente en las peleas hasta sangrarle la mocha testuz, increíblemente viril en épocas de celo, con un olor a semental que llenaba la cuadra como llena la alacena el olor del membrillo. En épocas de parto, había ocasiones en que mi hermano Julio y yo traíamos dos o tres chotos en un solo día, agarrándolos por las patas delanteras o arropándolos en el zurrón; las madres nos seguían balando, y lamiendo la barriga y el lomo de sus crías.

EL SONIDO DE LA RUMIA EN LA NOCHE

Mientras los años pasan asesinándonos a todos con su mansa codicia, los recuerdos, los recuerdos, como guardianes enigmáticos, desaparecen y vuelven a reaparecer, incapaces de dejarnos desnudos. Cuando me fui del pueblo y comencé a vivir en Madrid de un modo cada vez más estable, fui olvidando hasta los nombres de aquellos animales, fui olvidando el sonido de sierra tierna de la rumia nocturna, el corretear de los chotos, el brote de los primeros verdes de abril en las cunetas y en las estrechas lindes de las hazas, el oleaje de los cebadales en junio, la fiesta verde de las cepas en agosto, las canciones de las vendimiadoras en el mes de septiembre, el horizonte gélido de enero, las súbitas tormentas que descargaban agua y rayos en la desamparada llanura, la bondadosa cara redonda y niña de mi hermano. Pero ahora, después de la lectura de muchos rostros y de muchos libros, después del ajetreo tantas veces inútil de la vida veloz de la brutal y ya cotidiana ciudad, después de haber vivido muchas más cosas de las que entonces hubiera podido soñar, ahora, conforme avanza la forma de mi cara hacia la expresión de la cara de mi padre, llegan de nuevo aquellos cargueros de mi infancia navegando por la memoria, regresa submarinamente como por los veneros de los años aquella época terrenal y profunda que alguna vez supuse transitoria, y comprendo de pronto que de entre mil balidos de mil cabras distintas, hoy, ahora mismo, posiblemente reconocería el balido de la «Leona». Tal vez jamás volveré a ordeñar una cabra, quizá nunca más lleven mis camisas el olor a pesebre, hasta es posible que ya no sepa diferenciar un cebadal de un sembradío de centeno o de avena a más de cincuenta metros de distancia, y puede que el olor del viento ya no me diga la hora aproximada en que va a alcanzarme la lluvia; pero, después de muchos años en que aquellos sucesos permanecieron en esa habitación oscura a la que prematuramente le llamamos olvido, puedo hoy con los ojos cerrados ver las barbas del macho, el pantalón zurcido de mi hermano (que ahora tiene treinta y dos años y dos hijos y por entonces tenía siete años y una naranja y a veces un cantero de pan) y puedo ver el barniz viejo de la puerta de mi casa, una puerta que ya no existe; puedo escuchar el sonido de la rumia en la noche, y puedo ver el cigarrillo que fumaba mi padre en el patio, pausadamente, mientras mi madre hacía sonar la cacerola y las cucharas; todo lento, como en un sueño, como si el tiempo aquél fuera una cabra y yo le estuviera ordeñando su leche sonora entre el silencio misterioso de mi infancia y mi pubertad. Puedo ver las cabras pariendo al caer la tarde, los chotos pugnando por ponerse de pie mientras sus madres les lamían las materias gelatinosas de la placenta; puedo advertir, en fin, que nada sustancial termina excepto con la muerte: cuando en nuestras fotografías el tiempo, como famosamente señalara Miguel Hernández, ya se ha puesto amarillo.

EL MUNDO ES MAS GRANDE QUE LA GEOGRAFIA

«¡Qué tiempo el tiempo!» —escribió Juan Ramón Jiménez con una imprecisión que conlleva una estremedora elocuencia. Cuando mi tiempo era todavía adolescente me llegó el brusco asombro, el pertinaz deslumbramiento de la poesía de mi gran mayoral, Miguel Hernández. Para entonces mi padre había vendido la piara (quince o veinte lecheras, el macho y unas chotas) y con ese dinero habíamos comprado dos vacas. Luego, ascendiendo una empinada cuesta de frugalidad y de ahorro, conseguimos comprar una vaca santanderina, de pelo blanco y negro y fino, a la que bautizamos como se merecía: la «Mariposa». Fue la más productora de todas las vacas que tuvimos (que nunca fueron más de tres) y se acabó una tarde después de varios días de enfermedad y de agonía; veterinarios, curanderos y expertas en el mal de ojo fueron sucesivamente fracasando en su esfuerzo por devolverle la salud. Cuando, ya inexorablemente moribunda, el carnicero vino a degollarla y a pagarnos el peso de su escuálida canal, descubrimos que su enfermedad no habría tenido jamás cura posible: en su estómago apareció una vieja cubierta de bicicleta, que debió de tragarse en el corralón de la casa. Mi madre lloró tres días y veló tres noches, y a partir de ese instante nuestro destino se fue orientando hacia Madrid. Emigró primero mi padre, después yo y luego mis hermanos hasta que conseguimos un piso para reunirnos todos, y reunidos o cercanos seguimos. Pero en la época que aquí me importa referir, todavía vivía la «Mariposa»; habíamos dejado de ser pastores y ya éramos vaqueros: era como haber ascendido de pinche a oficial de segunda.

Por entonces yo gozaba de la amistad diaria de Eladio Cabañero. Otras veces he escrito cuánto debo a la intuición y al corazón de ese poeta entrañable y algún día escribiré con sosiego obstinado sobre aquella fundamental etapa de mi formación de escritor. Aquí sólo señalaré que a Cabañero debo la lectura de los clásicos españoles y de algunos de los más decisivos libros de la poesía moderna. A él debo mi primera lectura del pastor de Orihuela. Eladio era albañil, enjuto, y solarmente alegre en la amistad. Como Miguel Hernández, conocía la autodidaxia, la pobreza, el habla popular, el amor por el Siglo de Oro y el Cancionero anónimo, los campos, el tejido familiar, las responsabilidades tempranas, el hervor de la sangre en una juventud rural y llena de inocencia tempestuosa, las raíces del pensar y del ser. Una mañana de domingo llegó a mi casa, con ojeras de insomnio, sin afeitar y como descompuesto: había estado leyendo, durante toda la noche, el volumen titulado Obra escogida, que la colección «Austral» acababa de publicar. Con sus manos sarmentosas y blanqueadas

por el yeso de la albañilería fue pasando las páginas del libro de un pastor de Orihuela que de pronto nos estaba contando nuestra vida, que nos hablaba de un modo de ser y de amar en versos súbitamente vivos, como resucitados, versos de una virilidad y una delicadeza sorprendentes, compuestos con una belleza y una imaginación terrenas, corporales.

Todo allí era materia y entusiasmo, dolor y comunicación. Todo allí era raíz. Sol y sombras gozados y sufridos en primera instancia y en primera persona, sin los intermediarios de las modas o las vacilaciones. Era como comer la fruta desde el árbol. Todo el domingo lo pasamos leyendo y releyendo aquellos repentinos sonetos, aquella «loca elegía» a Ramón Sijé («loca elegía» le llamó Juan Ramón Jiménez, hombre tan parco en el elogio), aquel chorro de luz verbal y de sangrientas emociones, aquel sabio candor, aquella adolescente hombría, aquella conmovedora severidad de una voz que había sabido conservar lo más primitivo y prelógico del laberinto de las emociones sin renunciar a la elaboración de una furibunda belleza.

Nos aprendimos de memoria algunas páginas de ese joven maestro, del que después supimos que había muerto, muy pronto, en un hospital que fue el mar para un río de sucesivas cárceles. A partir de ese domingo impetuoso y casi cada día Eladio y yo solíamos recitar de memoria los versos de Miguel Hernández. A veces, en noches de verano, cuando se cerraban los bares, nos íbamos al campo con nuestro amigo Pedro Martínez, otro albañil de Tomelloso. El padre de Pedro Martínez estaba por entonces en la cárcel, cumpliendo una condena política, lejos del pueblo aquél. Llegábamos de madrugada hasta las eras y yo tocaba la guitarra mientras Eladio decía versos de nuestros maestros: el Cancionero anónimo, Machado, Quevedo, Bécquer, Rubén, Hernández. En el paso rumiante de la noche y bajo el cielo abierto sonaba la guitarra como si fuera de oro e iban cayendo en nuestro corazón, como palomares verbales, como gotas de miel, de sal y de conocimiento, los poemas, hasta que despuntaba la claridad de la mañana. Al salir el sol regresábamos hasta el pueblo, a iniciar el trabajo. Una de aquellas noches, sobrecogidos en la inmensa campana del espacio y recitando a voces aquel soneto de Miguel que habla del sagrado regreso de laboriosos hortelanos y de un toro solo llorando en la ribera desde su frente trágica y tremenda, el albañil Pedro Martínez, con los ojos brillando bajo la luz de las estrellas, dijo una de las verdades más veloces que yo he escuchado desde que nací. «El mundo [aseguró, con ingenua, y emocionante, certidumbre], el mundo es más grande de lo que dice la geografía.» Quería decir, entre otras muchas cosas, que al universo lo dilata el lenguaje; y que debajo de la tierra visible alienta un cosmos de raíces.

HOMENAJE A LAS FORMAS FUNDAMENTALES

Las palabras Miguel Hernández, la palabra raíz, son como de la misma familia de una materia originaria. Hernández es un poeta, antes que nada, minuciosamente enraizado. No sólo en lo que atañe al núcleo de creencias, actitudes y solvencias vitales, sino también en su relación general con el habla española y en particular con las estructuras que usara para la elaboración de sus poemas. Cuanto hay en él de sorprendente, de original, de inusitado, procede de una fuerza subterránea que comienza en la tradición. Las sucesivas etapas de su obra, además de bellísimas y violentas vaharadas de su sinceridad, su coraje, su abundancia, su desgarramiento, su desconsuelo y su maestría, son sucesivos homenajes a las formas fundamentales en que desde hace siglos se han ido formulando las grandes cimas de la poesía española. Lira, soneto, décima, cuarteta, rima, romance, seguidilla, canción... Buscad los más grandes poemas de los últimos siglos escritos en idioma castellano y encontraréis muy pocos que no se hayan beneficiado de la esforzada libertad y de los rigurosos pentagramas de esas formas ilustres que suelen ser, al mismo tiempo, populares y cultas. La expresión de Miguel Hernández ha sido algunas veces acusada de conceptista y de barroca. Ello supone una implícita desconfianza de las posibilidades expresivas de esos poetas anónimos que inventan y conservan y afinan formas poéticas dentro de la cultura popular, y en cuya sensibilidad cabe a menudo la incomparable astucia de las estructuras verbales y expresivas más elaboradas y exactas. Suponerles maestría expresiva y perfección formal solamente a los cortesanos o a los más obcecados estudiosos es ignorar la lección inolvidable de los trovadores errantes y es ignorar esa especie de milagro a que llamamos ritmo, y a lo cual no renuncian jamás las coplas populares y ni siquiera el refranero. Tengo la sensación de que reprochar a un poeta campesino y primitivo como Miguel Hernández su extraordinaria vocación formal, su gran capacidad como creador de imágenes complejas y de modos conceptuales, es tener sobre la cultura un concepto cualitativamente separatista, profundamente injusto con la oculta complejidad de lo espontáneo.

Es cierto que en su primera etapa, cuando tenía veintidós años y redactaba las octavas reales de su Perito en lunas, *Miguel extravía, o por lo menos compromete y arriesga, su todavía naciente capacidad expresiva en un cierto laberinto de la imaginería, en cierta servidumbre al más sinuoso gongorismo. Sobre ese asunto, Arturo del Hoyo ha llegado a escribir: «Jamás un poeta se ha mentido tanto a sí mismo como Miguel Hernández en* Perito en lunas». *Esa opinión no carece de una zona de exceso. Por de pronto, olvida que ese ejercicio juvenil de Hernández significa no menos que un laborioso acto de amor a ciertos cortocircuitos del lenguaje, a ciertas sorprendentes pirotecnias del habla, y al ritmo que precede y casi siempre alimenta a la vitalidad de la expresión poética. Significa también un acto de homenaje a Góngora y un acto de arrogancia meticulosa del que brotan, como ha escrito Cassou, «prestigiosas constelaciones de imágenes». El mismo Jean Cassou llega mucho más lejos en su apreciación del Hernández más visiblemente complejo, más denodadamente orfebre, al afirmar que «para España, el barroco, el conceptismo, el gongorismo, el preciosismo, etc., no son arte de corte o de salón, sino expresión popular». Entiendo que también en estas palabras hay exageración: en la corte y en el salón, o cerca de ellos, también nacieron páginas memorables (recordemos, sin ir más lejos, a Jorge Manrique, a Garcilaso, al conde de Villamediana). Lo que sucede es que no es una clase en exclusiva la que inventa: quien inventa es el habla. O, con más precisión: quienes inventan son los enamorados del lenguaje. Y ya sabemos que el amor ama a su objeto entero: en lo que tiene de complejo, enigmático e incluso de meramente luminoso e instantáneo, y en lo que tiene de cordial, profundamente espontáneo, clarificante y duradero.*

POESIA DE RAIZ Y OLOROSA ENTRAÑA

Esto es lo que sucede con Hernández: su amor (que, si no me equivoco, es una de las dos más hondas raíces de toda la estructura emocional del ser), su amor por el lenguaje es siempre la plataforma en que apoya su voz hereditaria y al mismo tiempo desbordadamente personal. Estoy casi copiando estas palabras del estudio de Luis Felipe Vivanco sobre el



poeta oriolano: «Miguel Hernández [escribe Luis Felipe] ha recibido mucho de los demás poetas, antiguos y modernos, y se ha impuesto a sí mismo los más rigurosos moldes formales, sin los cuales su voz seguramente no hubiera llegado a dar de sí todo lo que ha dado. Y sin embargo, todo lo desborda su personalidad. Si el lema de Lope como creador puede ser el 'yo me sucedo a mí mismo' de un famoso verso suyo, el de Miguel podría ser: 'yo me desbordo a mí mismo'». Es cierto: Miguel Hernández se desborda siempre, y se desborda desde las raíces. Desde las raíces del habla y de sus formas enraizadas (rima, lira, soneto, romance, canción o seguidilla; ¿dejaremos alguna vez de emocionarnos con esas prodigiosas, desesperadas y serenas «Nanas de la cebolla» escritas en esa forma rítmica, prestigiosa y popular, la seguidilla?) y desde las raíces de una antropología abrumadora de abundancia vital y de delicadeza, de tradición, pobreza, afán, conducta. Todo esto es, creo, lo que concurre en el hecho de que su poesía surja precipitada de raíz y olorosa de entraña. Cuando habitamos en la casa de su poesía advertimos que huele a sangre, a semen, a sudor. Además de deslumbradora, además de repleta de belleza heredada y creada, su poesía es un acontecimiento intestinal, torácico, muscular y nervioso. La obra de este poeta «tan exaltado y radioactivo» (la afortunada expresión es de Vivanco) está socorrida por un tejido de tendones, apoyada en potentes rótulas; es ósea, sarmentosa, venosa, y en ella se inauguran sin cesar extraordinarias tormentas de calcio, linfa, resuellos, protestas y propósitos. Además de un artista meticuloso, Miguel es siempre primitivo y terrícola. La sensualidad, el hijo, el agua, el sol, son los domingos primordiales del calendario de su obra. Todo esto y la pobreza le llevarán a ser un gran amante de esa otra forma del lenguaje humano: el afán de justicia. Si su pasión por la expresión poética procede de lo más hondo de la tradición sucesiva (que no excluye, en su caso, la permanente posibilidad de invención), su pasión por la justicia procede de la experiencia real de la pobreza. En Miguel Hernández, ni el artista ni el combatiente son improvisaciones. Son las inexorables consecuencias de haber sido un amante del idioma y a la vez un hambriento.

Seguro que no faltan, en este vasto caos que llamamos la vida literaria actual, individuos muy exquisitos que podrían reprocharme el que me obstine en hacer bien visible una intrusión tan enojosa como el vocablo hambre dentro de un texto que habla de las creaciones de un poeta. Existe una pudibundez preservativa y aristocratizante que se siente irritada o agredida cuando alguien deposita elementos trágicos y terrenos —vale decir: históricos— en esa especie de ilusoria tierra de nadie que, según ellos lo entienden, es lo espiritual. Pareciera como si tales individuos pronunciaran la palabra poesía con la boca llena de gasas y trocitos de terciopelo. Es obvio que esos seres no pueden acaparar en su elegante cesta toda la turbulenta grandeza de la poesía de Miguel Hernández y es obvio que estas páginas mías no les despertarían ningún otro interés que el que proviene del fastidio o de la irritación. También es obvio que esos refinados a mí no me interesan más que como síntomas de lo más claudicatorio y más inútil del proceso de una cultura; y que no condescendería a mencionarlos aquí si no fuese porque estamos hablando precisamente de todo lo contrario: de la cultura que se articula con raíces, con dolor, con apasionamiento, con gritos, con belleza terrena y material, con talante temporal —que es a la vez misterioso y concreto—: con hambres. Remacho los padecimientos de Miguel y sus gentes porque estoy convencido de que, en general, es el padecimiento la mejor plataforma de creación de las grandes obras de arte y de que, en particular, en lo que atañe a Hernández, sus más sombrías y diligentes musas fueron las formas de dolor corazonal e histórico. Y entre esas formas del dolor, el hambre fue su compañera testaruda y, a partir de un determinado momento, prácticamente inseparable. Debemos la belleza sosegada y a la vez escalofriante de las «Nanas de la cebolla» no sólo a la maestría de un artista en verdad consumado, no sólo a una imaginación viril (es decir, una imaginación que no elude ni sustituye el fuego de la realidad sino que logra exaltarlo abrasándose en él), sino también al hecho, en apariencia nada poético, de que su hijo se alimentaba con cebollas. Miguel parte siempre del mundo sensible que configuran las emociones más humanas y terrenales y a ellas regresa, tras su viaje por la más ejemplar poesía española y por sus propias dotes de creador ejemplar, trayéndonos como recuerdo de ese doble viaje unos versos en un papel, unos versos que miran obstinada y directamente a nuestro corazón. Y entiendo aquí por corazón esa pantalla en donde se proyectan los sobresaltos enigmáticos del ser en el espacio y en el tiempo y la evidencia del tránsito en la historia.

Parte del tiempo de Miguel fue un tiempo de guerra y de posguerra, y el desasosegado cronista del dolor que había en Miguel Hernández no podía rehuir —y no rehuyó— el deber de contarlo, mostrarlo, lamentarlo, sufrirlo y agredirlo. Digo «agredirlo» no sólo porque es cierto que Miguel agredió sin cesar a las causas de los padecimientos que podemos llamar innobles, esto es, aquellos que brotan en el estercolero de las formas de la injusticia, sino también para dejar bien claro que al mencionar al hambre —y a otras maneras de dolor cuya causa es innoble— como a una de las musas de Miguel, no estoy haciendo la defensa del hambre en provecho de la creación poética. A ese precio incivil, por mí la poesía puede desaparecer de la tierra ahora mismo. Pero las hambres no desaparecen y, en venganza, tampoco cesa la poesía. El hambre de Miguel no desaparecía, y la poesía de Miguel tampoco. En su meteórica, y cronológicamente breve, vida de hombre y de poeta, hay un momento a partir del cual la pobreza ya no lo abandonará más. Se arrimará a su cuello, se enroscará en su cuerpo, se arrastrará agarrada a sus alpargatas campesinas, hasta disminuirlo, enfermarlo y matarlo.

«ESTAMOS QUE PEDIMOS Y NO NOS DAN»

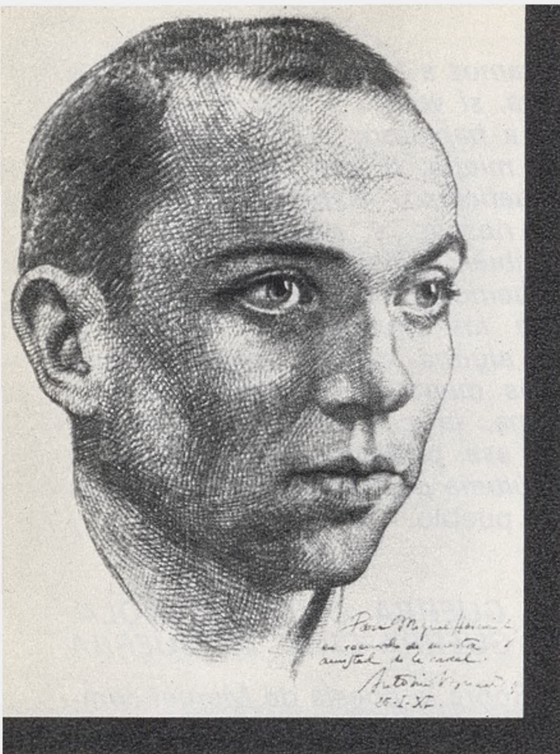
Cuando me dispuse a preparar estas cuartillas, releí casi toda la obra de Hernández y leí o releí algunas biografías. En todos los textos biográficos sobre Miguel, uno de los protagonistas es siempre la pobreza. En tal o cual detalle sus biógrafos difieren o se contradicen, a menudo se comple-

mentan. Pero en lo que se refiere a la pobreza de Miguel Hernández todos están de acuerdo. Nos informan de su patético júbilo cuando logró comprar una destartalada máquina de escribir (la única de que gozó en su vida) que solía usar bajo la sombra prieta y olorosa de las higueras. Todos sus biógrafos nos relatan su pobreza, a menudo desesperada, durante sus dos estancias en Madrid. El número de sus cartas pidiendo ayuda para sí o para Josefina y su hijo es abrumador. En una carta escrita a su mujer desde la cárcel encontramos una línea que puede hacernos palidecer de vergüenza, de cólera, de angustia: «Adiós, pobre. Estamos que pedimos y no nos dan». Incluso allí donde uno de sus biógrafos contradice o completa a otro, el resultado que a nosotros nos llega es el de la presencia de la pobreza, de la postración, del dolor. Por ejemplo, en la impetuosa biografía que le escribió a Miguel Elvio Romero, el poeta paraguayo anota que Miguel redactó su testamento literario («Adiós, hermanos, camaradas, amigos; despedidme del sol y de los trigos») en la pared cercana a su cama del hospital. María de Gracia Ifach prudentemente puntualiza: «En modo alguno pudo escribirlo en la pared, junto a su lecho, poco antes de morir (...). Estaba materialmente hincado en él, adherido a las sábanas, sin un mínimo de fuerza que le permitiese mover los brazos, volver el rostro. Su postración era total. Tenía en el costado una herida abierta y llagas infestadas en la espalda. Tenía destrozados los pulmones. ¿Cómo hubiese podido incorporarse para trazar en el muro una sola letra?». Y de pronto, lo que nos interesa de esa imagen no es sólo que completa la exactitud de una verdad, no es sólo que ratifica la existencia y la paternidad de dos versos solares y elegíacos (solares y elegíacos: como toda su obra), dos endecasílabos que él debió de dictar con voz ya debilitada y llagada por la agonía; sino también, y fundamentalmente, lo que nos turba en esa imagen es que resulta asombrosa y proterva. De pronto, frente a ese cuerpo torturado por el dolor, erosionado por la enfermedad, esquelético y padeciente, se nos ocurre recordar al Miguel de años atrás entre los campos, al Miguel que infatigablemente jugaba al fútbol con los amigos de Orihuela, que amaba a sus viejos hermanos la tierra y el agua y el sol desde su fuerza física, que soñaba con rozar la tela del vestido de Josefina desde su poderosa juventud. Se nos ocurre recordar las varias veces que usó en sonetos autobiográficos a ese animal de inmensa fuerza que es el toro. De pronto quisiéramos ver a un toro mugiente y orgulloso en la cama del hospital. Pero lo único que podemos ver es un cuerpo huesudo que se pudre y se acaba. Y esa llamita de cabo de vela, esos escasos kilos de persona se llaman aún Miguel Hernández. Y ese Miguel Hernández que ya se está apagando, ese Miguel que acaso ya no tenga fuerza ni para recordar a un toro, pronuncia poco antes de morir sus últimas palabras.

Esas palabras parece que nos cruzan la cara, que nos ladran sobre los ojos como un látigo de pena y de bondad. Usó Miguel sus últimas cucharadas de aliento no para hablar de sí, ni de su fama, ni de otra cosa que la compasión. Con una estereofónica amargura, una amargura a cuyas cuevas nosotros desde luego no podemos bajar, Miguel, en su última oportunidad de susurrar palabras, juntó unos años bien sufridos, un futuro bien ciertamente incierto y su amor memorable a su mujer, su compañera, su hembra; resumió todo esto en una frase que es en verdad conmovedora: «Ay, hija, Josefina, qué desgraciada eres!» Así es: un ser profundamente desgraciado y en el momento más colorado y atroz de su desgracia, optó por lamentar la desgracia de otro. Es decir: hasta desde la más extrema miseria física aquel montón de llagas y de huesos nos mostró su virilidad. Pocas veces se puede recordar a un hombre que haya sido tan hombre como Miguel lo fue al pronunciar sus últimas palabras. Viril toda su vida, fue un agonizante viril. Si no temiese que pudiera parecer que estoy haciendo fácil literatura en ocasión que merece tanto respeto, diría que también fue viril como cadáver. Me refiero a un suceso muy conocido: Miguel murió con los ojos abiertos, murió con la boca entreabierta, mostrándonos la dentadura. Nadie logró cerrar sus ojos, ni cerrarle la boca. Y de ese modo bajó a la sepultura. Murió así, el sábado 28 de marzo de 1942, y de ese rostro muerto Luis Giménez Esteve hizo un dibujo espléndido. Es una cabeza afilada por la agonía, con una tela que le circunda desde el ralo cabello hasta el mentón y en donde todo parece demasiado desmesurado: una oreja, los pómulos, la nariz, las pestañas, los dientes. No pudieron cerrar su boca. No pudieron cerrar sus ojos. Lo enterraron así. Parece el muerto más rebelde, más desobediente, más inconforme de la historia de la poesía española. Nos asomamos a ese dibujo de Giménez Esteve y no sabemos si miramos a Miguel o si Miguel nos mira, si vamos a decirle algo o si va a hablarnos él. Ese dibujo nos da miedo. Y ese miedo es quizá beneficioso. Sabemos bien que no nos ve, y, de alguna manera, también sabemos que nos mira. Sabemos bien que no nos habla, que los muertos no hablan, y, de alguna manera, sentimos que esos dientes nos dicen algo. En suma, la cara mortal de Miguel en ese prodigioso dibujo parece la última página de su libro Viento del pueblo.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, LA GUERRA CIVIL, LA GUERRA

Sobre la poesía de Miguel compuesta en la guerra o sobre la guerra se han escrito abundantes textos, muchos de ellos inteligentes; otros, meramente propagandísticos; algunos, desatinados o usureros. En líneas generales, las emociones de Miguel sobre el suceso de la guerra civil parecen consentir que las clasifiquemos en tres etapas más o menos diferenciadas. Una primera etapa o forma de aproximación a ese tema tremendo la ocuparían los poemas más vehementes, más programáticos, más brotados del soldado y del militante que fue. En esa etapa abundan los poemas sobrecogedores y no faltan ingenuidades u opiniones que, por lo menos hoy, a muchos nos parecen precipitadas. Quiero decir que hay una enorme distancia desde la rotundidad y la belleza de, por ejemplo, los poemas titulados «Vientos del pueblo», «El niño yuntero», «Los cobardes», «Aceituneros», «El sudor» y tantos otros, hasta la simple violencia panfletaria de muchas páginas que están sobradas de retórica; de retórica verbal (el que muchas de esas páginas fueran escritas como actos de servicio las justifica como actos pero no siempre las rescata para su final herencia poética) y de retórica ideológica, como cuando encontramos (en mi caso, con apenado asombro) un infantil elogio a Stalin. Claro está que estas líneas no pretenden condenar aquella precipitación de Miguel, un poeta en quien la precipitación pasa a ser tantas veces uno de sus grandes valores. Al fin y al cabo, él escribía ese disparate en medio de la guerra civil y nosotros lo leemos cuarenta años más tarde. No conviene olvidar ni lo uno ni lo otro. Ni que Miguel escribía esa poesía bélica a finales de la década de los treinta y en medio de la guerra, ni que nosotros la leemos en 1977, fecha en que el nombre de Stalin, y su herencia, nos producen espanto o, cuando menos, perseverante prevención.



Otra etapa de la poesía sobre la guerra en la obra de Miguel Hernández agruparía abundantes composiciones más socorridas por la reflexión que por la cólera, más llenas de piedad que de vehemencia. El grito, la admonición, la agresión verbal, van desapareciendo, y dejan paso a la lamentación, a la compasión, al dolor ya menos indignado y tal vez más profundo. En esos momentos, más que hacer la guerra como un soldado incontenible, Miguel Hernández la padece como un hijo y un nieto de los hombres. Aquí desaparece el entusiasmo ante la pólvora y asoma el desconcierto ante la sangre. La cólera contra sus enemigos deja paso a la piedad ante los muertos. Incluso en el estilo, es más visible un sosiego sombrío, una adjetivación más modesta y más rigurosa, un tono más rico de emoción que de escándalo. Es esta etapa, creo, la que prepara a su poética para entrar en ese prodigio de expresividad y sencillez, de profundidad susurrada y subterráneamente eléctrica que es su Cancionero y romancero de ausencias, *libro en el cual hay todavía poemas cuyo tema es la guerra; pero poemas que ya se benefician de una especie de silencio oculto como el de las semillas, y de una maestría artística, un poder expresivo y una economía instrumental que serán ya definitivos. Podríamos concluir nombrando a dichas tres etapas de la poesía de guerra de Miguel Hernández de este modo: en la primera etapa escribe sobre la guerra civil española; en la segunda, más dolorida y lentamente, escribe sobre la guerra civil; en la tercera, abrumado, escribe, solamente, sobre la guerra. No ignoro que este tipo de clasificaciones pueden correr el riesgo, si no se las ayuda con un desarrollo suficiente, de parecer gratuitas, e incluso arbitrarias. Pero su apunte puede no ser desacertado, y quizá alguna vez me anime a dedicarle una extensión mayor y una meditación más detenida. De todos modos, no quiero abandonar esta ocasión sin apuntar una reflexión que puede parecer lateral a este tema pero que, sin embargo, quizá resulte ser complementaria.*

La reflexión es ésta: sea cual sea la clasificación que hagamos de la poesía política de Hernández, hay algo en ella incuestionable: un enorme perfume de coraje. Ya sabemos que Hernández no se economizó jamás. Ni en el amor, ni en la amistad, ni en el trabajo, ni en la admiración. Su entrega siempre fue total. Su entrega a la poesía de guerra será también total. Con variantes, con tonos diferentes, con diversa perspectiva dentro de una fidelidad ideológica inquebrantable, Hernández jamás se economiza. Es seguro que hay un momento a partir del cual sabe que por una página se juega la vida. Pero escribe esa página. Con esto quiero ir a parar a un problema de estilo y advertir la solución que le encontró Miguel Hernández. Ahora, por un instante, olvidémonos de la guerra civil, de cuál fuese el frente en que hubiese combatido cualquiera y cada uno de nosotros, y de las consecuencias en cuanto a la justicia o la injusticia que conllevase nuestra personal elección. Olvidémonos de esto y retengamos únicamente la total entrega de un escritor frente a su corazón y su papel en blanco. Insisto en que quiero ir a parar a un problema de estilo.

LA SINCERIDAD, HERRAMIENTA DEL ARTISTA PROFUNDO

Es un problema antiguo —y tal vez un falso problema—. Se habla de él muchas veces. Le han sido dedicadas muchas páginas. Es un problema, pues, ilustre, y tal vez, repito, un poco fantasmal. Ese problema se resume así: tendemos a pensar a menudo, y a expresar a menudo, que el lenguaje sirve para encubrir la realidad; que las palabras son las máscaras de nuestras emociones; que el habla es una cota de malla que, en vez de desnudarlo, nos acoraza el pecho; que el idioma, en fin, es una especie de carnaval que desorienta a nuestra posibilidad de comunicación. Sabemos que sobre esta cuestión (en ocasiones se pudiera decir esta «creencia») han teorizado incluso escritores que no carecen de talento y pasión. En suma, se dice que el lenguaje es un sistema de resistencias que nos separa de la realidad. Este es un tema extenso, avaricioso, y ahora y aquí no puedo incurrir en sus pormenores. Sólo quiero decir que me parece una falsa definición sobre el lenguaje o, cuando menos, una deducción vertiginosa que procede de la abrumadora variedad expresiva que ofrece el habla de una comunidad, de la plasticidad que consiente la expresión literaria de una cultura. Ignoro quién sería el primer escritor que echó a rodar esa opinión que parece querer conferir cierto maquiavelismo a las palabras y convertir así al idioma en una frontera entre la realidad y el artista; que parece, en fin, sostener que las palabras son nuestros enemigos. Tardíos cronistas o nostálgicos de Babel, quienes sistemáticamente opinan de este modo sobre ese maravilloso noviazgo que forman la palabra y el poeta, olvidan o desdeñan el hecho de que las palabras forman uno de los orbes de signos que más nos ayudan a combatir la soledad del ser. Es cierto que el lenguaje no es un suceso inerte; que su infinita variedad, sus posibilidades ilimitadas pueden desorientar al escritor perezoso y menos lujurioso y combativo. Pero deducir desde esa pereza una especie de fatalidad incomunicatoria, una supuesta enemistad entre el artista y las palabras, es una exageración, e incluso es un error. Sea como sea, todo escritor que empieza a aprehender a la realidad y a enriquecerla con palabras, siente a veces la perezosa tentación de sospechar que el idioma es un enemigo, una máscara, una forma de encubrimiento.

Pues bien: Miguel Hernández nos enseña otra cosa bien distinta: que no son las palabras quienes mienten sino que a veces el escritor miente mediante las palabras. Hernández nos muestra, y sobre todo en su poesía civil, que el desafío que conllevan las palabras no se dirige a nuestro afán de expresar a la realidad sino a nuestra sinceridad y a nuestra valentía (si es que el coraje y la sinceridad no son la misma cosa). Dije antes que en sus poemas de guerra hay un perfume de coraje. Con ello no aludía solamente a su capacidad de entrega como hombre comprometido, sino también a su profundo instinto de escritor, a su astucia expresiva. Tal vez podamos deducir que ese coraje de la entrega, esa disposición a la sinceridad y ese instinto de artista son sucesos indivisibles, son sucesos complementarios: que todos esos elementos, juntos, posibilitan el poema. O dicho de otro modo: lo mentiroso no es el habla: lo mentiroso es la falta de sinceridad, que equivale a decir

la falta de coraje. Un artista que se ha ocupado en no ignorar las incesantes capacidades expresivas de su oficio y que ejerce ese oficio con sinceridad, con coraje, no afrentará jamás a las palabras suponiéndolas embusteras. Esa clase de alto escritor sabe muy bien que lo que miente no es el habla: es el miedo. Es el miedo a morir, e incluso el miedo de vivir. Todo artista profundo sabe muy bien que su herramienta fundamental es la sinceridad. Ya sabemos que a veces cuesta cara: es un carbón que nos puede quemar los pies, una cardencha que nos puede arañar las manos. Pero quienes no corren ese riesgo (y diría más: quienes no aman el peligro de proferir y contagiar sinceridad) dudo que puedan reunir palabras duraderas. Hemos aprendido esta ley en muchos escritores grandes, en muchos poetas grandes. Miguel ha sido uno de ellos. La profunda comunicación que él es capaz de establecer con sus lectores parece estar diciéndonos que el lenguaje no enmascara la vida: la complementa y la enriquece. Que no debemos injuriar al habla, esa novia difícil y hermosísima, llamándola embustera. Pueden mentir el miedo y la insinceridad; las palabras sinceras, temerarias, no mienten. Todo consiste en ser humilde con el océano del habla, en aprender a navegar en él, y en navegar sin miedo y sin mentirse. Para nadar hay que tirarse al agua. Miguel Hernández, temerario y sincero, se arrojó al mar eterno del lenguaje y aún vemos cómo nada, majestuoso, rítmico, incansable. Un nadador de fondo en nuestro maravilloso idioma.

¿Por qué me he demorado en señalar algo tan obvio como el coraje y la sinceridad de este poeta? Es muy sencillo: porque sucede algo que me produce cierto enojo. Tras una época en que la poesía de este artista a la vez riguroso y exaltado, y caudaloso y bíblico (la alusión a la Biblia no es aquí una intrusión: recordemos unas palabras suyas escritas en un texto sobre Residencia en la tierra, *de Neruda: «Me emociona la confusión desordenada y caótica de la Biblia, donde veo espectáculos grandes, cataclismos, desventuras, mundos revueltos, y oigo alaridos y derrumbamientos de sangre»), tras una época, repito, en que su obra ha sido releída con lujuria, como se sorbe lo ejemplar, hoy no es inusual el espectáculo, para mí más trivial que doloroso, que ofrecen algunas ocasionales críticas (aunque suelen ser críticas no escritas, sino por lo general, nacidas y desmayadas en tertulias) que, procedentes de una concepción de la poesía a la que llamaríamos brutalmente exquisita, tienden a relegar a Hernández a un desván de rechazo e incluso de desprecio. Aquí y allá, aunque no sin cierta significativa cautela, se le acusa de excesivamente vehemente, de panfletario, de desbocado, e incluso de pueril. Su olor a semen, a sudor, a sangre, sus fuerzas primitivas, sus sonoros valores, no están de moda entre algunos asépticos y delicados escribientes. Por supuesto, ello es lógico: el fuego quema y el tifón arrastra, y no es justo exigir serenidad ante los tiburones a quienes aproximan un pie al mar para averiguar si el agua no está fría. Pero desde tal actitud, menospreciar a aquel gran nadador de la vida y la muerte, a aquel atleta y náufrago del mar, resulta pintoresco. Lo menos que podemos decir ante esa asepsia y ese cuidadoso desdén es que, en tanto que muchos escritores refinados buscan con un afán más o menos secreto una razón para vivir, a Miguel le sobraban causas para vivir, y ni siquiera careció de razones para morir.*

Y hay una etapa de su vida, que cubre justamente los años finales de su estancia en la tierra, en que la vida y la muerte se le funden en un bloque de altísima expresión poética. Su Cancionero y romancero de ausencias *testifica esa etapa. En ese libro, en ocasiones prodigioso, lleno de páginas exactas, de misteriosas evidencias, de una economía estilística conmovedora y asombrosa, la vida y la muerte no son ya norte y sur de una poética: son un estrecho abrazo dentro del cual su voz más esencial, más íntima, va recitando romances y canciones desde donde nos llegan el amarillo perfume de la ausencia y el lagrimón de la nostalgia y del vacío. Son páginas llenas de sombras y sin embargo clamorosamente entrañables. En ellas hay una angustia tan humana que parece —y que es— misericordia. En esos versos ya es de noche: y nos hacen amar el sol. Delgados y vivos como venas, enigmáticos y elocuentes, esos romances y canciones van caminando por la memoria de la vida hacia el enigma de la muerte como una procesión de besos enlutados, como un rebaño de sedientas canas que, todavía, poseen el don de rejuvenecer a nuestra sed. Con veintinueve, treinta años, Miguel Hernández ya había vivido desaforadamente y empezaba a morir. En todos, la muerte es el fin de un destino. En él fue, además, la erección de su estatua. No de mármol (¡y ni siquiera todavía!), sino de fuego y pena y gratitud en nuestro corazón.*

COMPAÑERO DEL ALMA, PASTOR, MAYORAL

Debo acabar. Quiero acabar con un recuerdo. En el principio de este texto hablé de un tiempo en que fui niño, cabrero, adolescente, campesino. No imaginéis que pretendo vanagloriarme de parecerme a Hernández. Más allá de esa coincidencia que supone el haber sido ambos cabreros, las diferencias entre Hernández y yo son insalvables, bárbaras. El fue un maestro. Yo no; lo sé muy bien; y me parece bien, así está bien. Pero es cierto que fui cabrero. Luego los años fueron tejiendo para mi otro destino. Pasaron quince años, dieciséis, dieciocho. Hace algún tiempo, mi padre me pidió que le acompañase a ver la casa de la calle de Asia, en Tomelloso, donde habíamos vivido. La pobre casa, vieja y durante años deshabitada, era ya una ruina. Los suelos levantados, los tabiques desmoronados, los tejados con agujeros. Lo único fuerte y vivo era el árbol del patio. Antaño fue un arbolito delgado (un arbolito que ha sido, creo, el eje de mi vida, pero de eso no hablaré aquí) y ahora era un enorme tronco, una copa frondosa que empujaba y erosionaba a un muro, unas gruesas raíces que removían el suelo del patio. Avancé hacia lo que había sido la cuadra. «Careta», «Azul», «Leona»... Donde hubiera el sonido bondadoso de la rumia, ahora había un penoso señorío de escombros, un montón de carrizos, cascotes, cachos de teja, piedras y yeso viejo que ocupaban con su vencida geología la atarjea y vagos restos de pesebres. Mirando aquella cuadra derribada por el tiempo y la soledad recordé la piara, las lecheras consentidas, los chotos, nuestro macho cabrío, mi infancia, la bicicleta del reparto, los cántaros, el cigarrillo nocturno de mi padre. «¡Mi padre, aún joven!» Miré a mi padre, casi anciano ahora. Recordé que nació en el año 1910, el mismo año en que naciera Hernández. El uno me enseñó, entre otras muchas cosas, a ordeñar las ubres de las vacas. El otro me enseñó a ordeñar las ubres del lenguaje. Habían pasado muchos años. Mudos mi padre y yo, encendimos un cigarrillo cada uno, mirando esa cuadra en ruinas. Mirándonos. Hoy recuerdo ese instante y pienso que si Hernández no hubiera muerto tan temprano, compañero del alma, tan temprano, posiblemente hubiera vuelto a ser pastor y quizá, quién lo sabe, habría podido ser mi mayoral. Me consuelo pensando que, de algún modo, nunca dejó de serlo.—FELIX GRANDE.

JORGE AMADO

Jorge Amado, consagrado desde muy joven, es el escritor abierto a una realidad cruda y lírica que en el Brasil discurre por entre el misticismo y la superstición de parte de este país.

Abierto a la realidad brasileña

Por Maria PESTANA

EN diversas ocasiones se ha especulado con el nombre de Jorge Amado entre los posibles candidatos al premio de la Academia Sueca, ya que hasta ahora no ha sido concedido el Nobel de Literatura a un escritor de lengua portuguesa. Jorge Amado es el novelista abierto a una realidad brasileña, con toda su crudeza e ímpetu lírico. Hay una ligereza en su pluma, casi un automatismo, porque su discurso poético consiste en una alternativa de hechos concretos suscitados por sus vivencias en el inframundo de la región del cacao. En Ilhéus, Estado de Bahía, nació el 10 de agosto de 1912.

El valor de Jorge Amado, reflejado en la universalización de su labor literaria, se manifestó muy tempranamente: a los 30 años ya era un novelista consagrado, muy leído por el gran público. Su narrativa prende-en-el-lector con el poder de transmitir emociones, coloreando sus personajes y ambientes, cargados de elementos lúdicos. Hace una constante alusión a las supersticiones brasileñas, en una honda visión de un misticismo agregado a la vida de sus personajes: criaturas pobres, en general mestizos. No hay un protagonista delimitado, hay una colectividad de oprimidos y una búsqueda de justicia social. Este intento de fijar una idea, de ser testimonio, constituye para algunos un declive que le impide una plena literariedad. Además todo está en su mente, y, en un impulso como en una técnica surrealista los recuerdos de su vida afluyen del inconsciente para su pena ocasionando una composición descuidada pero expresiva e impetuosa que se enseñorea del autor. Nunca hizo verso, pero sí poesía.

«O PAIS DO CARNAVAL», EL PRIMER GRAN EXITO

Jorge Amado es hijo de pequeños propietarios —a los 16 años de edad fue a vivir en una pensión—, y prematuramente se introduce en la vida periodística, trabajando en el «Diario de Bahía» como repórter de sucesos, primer puesto de todos los que ingresan en esta profesión. Deja de inmediato el periódico, al empezar a cultivar amistades en los ambientes literarios. En 1931, en su primer curso de Derecho en Río de Janeiro, lanza «O País do Carnaval», novela de gran repercusión. Regresa a Ilhéus, a convivir en la hacienda del cacao de sus padres y más tarde vuelve a Río con el plan ya delineado de su libro «Cacao» (1933), relato de un mundo de esclavitud. Se informa sobre las novelas revolucionarias americanas: Michael Gold «Os Judeus sem dinheiro» que le encamina a un nuevo rumbo, ya nítido en «Suor» (1934). Es un recuerdo de sus vivencias en la pensión y sus alrededores con los viejos caseríos y la famosa «Ladeira do Pelourinho». De sus novelas, es la más estimada por Jorge Amado. Pero la crítica juzgó a «Terras do Sem Fim» (1942) como su obra maestra por el vigor descriptivo de una amarga realidad humana, en la zona rural (1).

En 1935 se realiza en París un Congreso de Escritores. Jorge Amado se entera por los periódicos. Es una toma de conciencia para el escritor que siente necesario perfeccionar la técnica de la novela. En esta mutación surge «Jubiabá» (1935), en la cual consigue el equilibrio: un realismo aliado a una gran fuerza poética, lo mismo ocurre en «Mar Morto» (1936), sobre la árida vida de los «saveiros» y el mar como evasión poética del autor. En 1937 su creación es «Capitaes de Areia», ahora también en versión española.

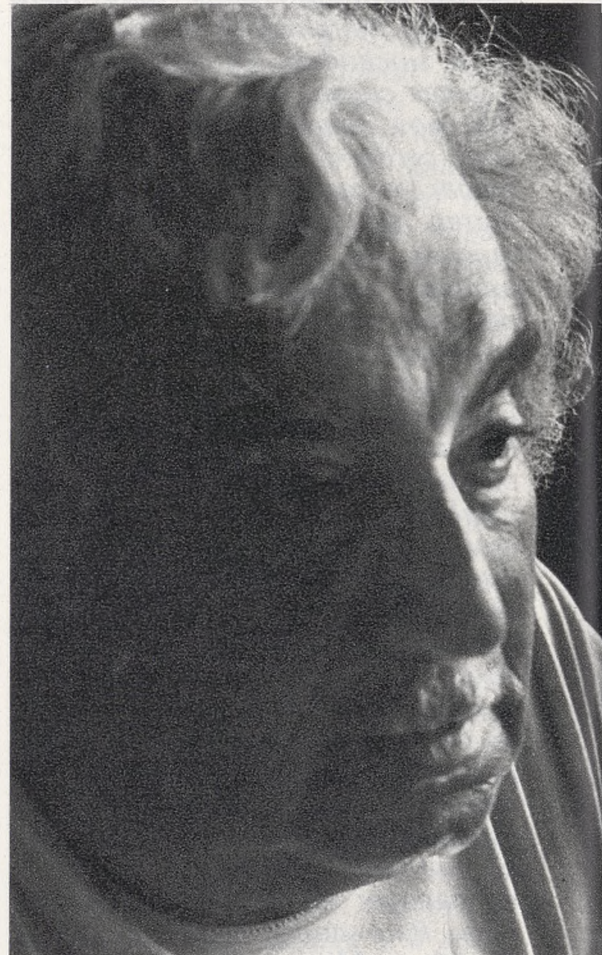
Como militante de izquierda participó en el movimiento de frente popular de la Alianza Nacional Libertadora. En 1936 y 1937 fue detenido. Vivió en Buenos Aires de 1941 a 1943, donde publicó la biografía de Prestes, «el Caballero de la Esperanza». En 1945 fue elegido diputado federal de Sao Paulo. En 1947 residió en Francia, la Unión Soviética y en las Democracias Populares. Sus obras son traducidas a más de treinta idiomas. Recibe el premio Stalin de Literatura y en 1959 fue elegido para la Academia Brasileira de Letras (2).

En «Seara Vermelha» (1946) abandona la tan inspiradora zona del cacao para enfocar la problemática de los «retirantes» del sertao nordestino huyendo de la sequía de sus tierras. Edita en tres volúmenes «Os Subterraneos da Liberdade» (1952): «Os asperos tempos», «A agonia da noite» y «A luz do tunel», narraciones de las agitaciones políticas de los años treinta.

«GABRIELA, CRAVO E CANELA», PERSONAJE DE GRAN SENSUALISMO

El mayor éxito editorial brasileño y de gran repercusión en el extranjero es alcanzado con «Gabriela, Cravo e Canela» (1958), dotada de una composición segura y dando a su personaje femenino un gran sensualismo amoroso. Es el Ilhéus de 1925, ya en desarrollo urbanístico, consecuencia de la riqueza traída por el cacao. Pero las costumbres no evolucionaron, proyectando un escenario de violencia, en una «Ley de los más fuertes», también en edición española. Lejos de su primera espontaneidad imprime un estilo más depurado a «Os vellos marinheiros» (1961). A continuación escribe «Os pastores da noite» (1964), «Dona Flor e Seus Dois maridos», «Tenda dos milagres» y finalmente «Tereza Batista cansada de guerra» (1972): «Peste, fome e guerra, morte e amor», «A vida de Tereza Batista é una historia de cordel». En otros géneros escribe «ABC de Castro Alves» (biografía lírica), 1941; «Bahía de todos os Santos» (guía de la ciudad); «O amor de Castro Alves» o «O amor do soldado» (teatro); «O mundo da paz» (libro de viajes); y «O Rui Barbosa número 2», nunca publicado, pues se trata de relatos de las agitaciones de su vida colegial.

São Paulo se estructura en el desarrollo industrial. Pero el Nordeste del país es otro Brasil, y, de ahí surgieron los grandes novelistas para con su arte expresar el llanto de su tierra, a veces con una triste nota lírica. Las bases de este planteamiento están sedimentadas según Werneck Sodré en una problemática económica que va a crear estas oposiciones. En São Paulo hay la Cultura del



café, un plantío siempre renovado en una constante búsqueda de mejores tierras. Es una cultura de movimiento que no forma una sociedad. Al revés, la cultura de la caña de azúcar del Nordeste es sedentaria, entraña un pasado y una tradición que le garantiza una jerarquía social, con posibilidades de ser una civilización con una mentalidad definida. Esta vertical visión del mundo es revelada por grandes novelistas —José Américo de Almeida, José Lins de Rego, Jorge Amado, Graciliano Ramos—, en general codifican la temática de la tragedia de la sequía en creaciones literarias que están hoy sintetizadas en versiones teatrales o cinematográficas, muy subrayadas en el cinema nuevo brasileño. Podemos citar «Capitaes da areia», novela de Jorge Amado, que fue adaptada y filmada en 1971 por Hall Bartlelet, de Los Angeles, y, premiado en en este año en el festival de Moscú.— ■

---

(1) Es un gran admirador de los ritos brasileños de origen africano. Posee un alto título en el candomblé baiano: «oba de Xangô», concedido por sus amigos de los candomblés, debido a su participación en la lucha por la libertad religiosa para las sectas afro-brasileñas. Desde su adolescencia estuvo ligado a los candomblés, elemento importante en la vida popular baiana. Ahí en Salvador, Bahía, vive Jorge Amado.

(2) Con referencia a esta militancia política el escritor declaró, en una entrevista concedida al periodista M. Pujalte, del diario «Pueblo»: «La militancia política impedía, por completo, mi trabajo de escritor. Durante diez años no escribí. En cierto momento comprendí que escribiendo novelas ayudaba más a la causa de la felicidad del hombre que siendo diputado».

MARTIN LUIS GUZMAN

El sentimiento trágico de la vida

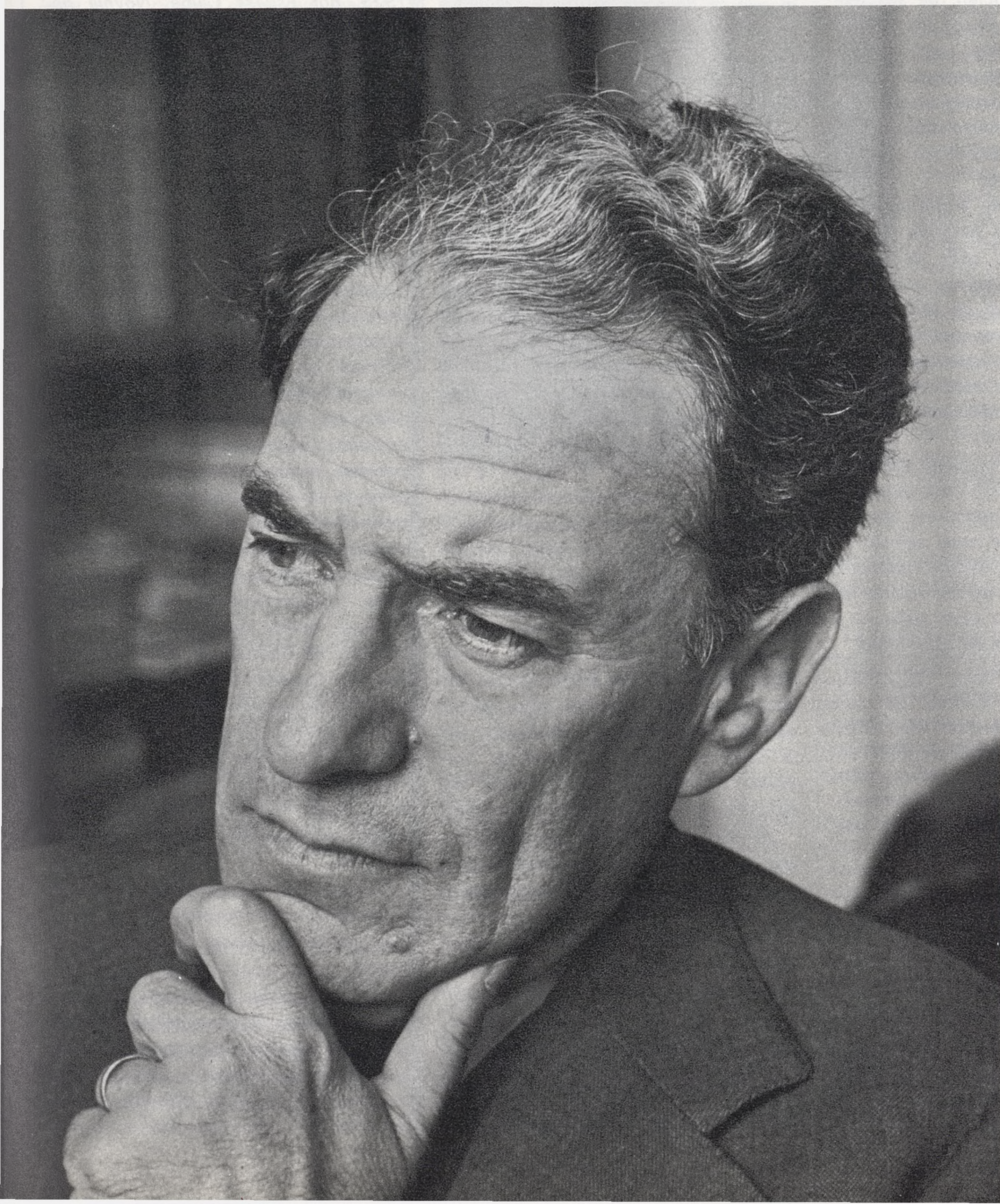
Por Marta PORTAL

HA muerto a sólo unos meses de cumplir los noventa años. Fue un espectador excepcional de la vida y de la historia. Es, posiblemente, uno de los mejores prosistas en lengua castellana del presente siglo. Asistió, hasta el último minuto de su vida (22 de diciembre de 1976), a su quehacer periodístico, a su tarea de intelectual, desde el despacho de la revista «Tiempo», en la capital mexicana, donde le sorprendió la muerte, sin duda, como él quería, «en una actitud digna, en una posición aventajada: a caballo, por ejemplo», me dijo en 1971, en ese mismo despacho en que lo hiriera, hace pocas semanas, ese rayo implacable y definitivo.

Lejos estaba yo de suponer que, repitiéndome Martín Luis Guzmán una de sus conversaciones con Valle-Inclán sobre el tema de la muerte personal, estuviéramos pisando el escenario en que unos años más tarde iba a tener lugar el propio desenlace existencial de aquel hombre, mayor, pero de vigorosa contextura, de ademanes rápidos, de mirada inquieta e interesada, de diálogo vivo y apasionado..., rasgos que hacían olvidar su partida de nacimiento.

Vivió en Madrid de 1925 a 1936. Fue la época más fecunda y acaso la más decisiva de su obra literaria.

—Fíjese usted —me dijo—, en aquellos tiempos, antes del 36, Madrid era ▶



Martín Luis Guzmán estuvo en la Revolución mexicana; vivió la Revolución, «arriesgó su posición social, intervino en las decisiones importantes de los personajes-clave, pero no comprometió su ser íntimo en la contienda», «El águila y la serpiente» y «La sombra del caudillo», sus dos importantes novelas fueron publicadas en Madrid, donde el escritor vivió, de 1925 a 1936.

la ciudad en la que yo había vivido más tiempo seguido.

Ese tiempo «seguido» fue un tiempo de inapreciable valor para la experiencia humana y literaria del gran escritor. Vivió, como amigo y colaborador íntimo de Azaña, los ambientes políticos, intelectuales, sociales y populares del Madrid de entonces, a la vez que sabía encontrar tiempo para enfrascarse en lecturas de clásicos españoles en las bibliotecas Nacional, de la Institución Libre de Enseñanza, del Ateneo, del Escorial... Sin embargo, el escritor, en mi entrevista con él, en el 71, no quiso hablarme de su etapa española. «Sólo podría hacerlo de un modo fragmentario.» A lo más que llegó fue a contarme —con precisión de crónica periodística, con una dicción clarísima y pautada, con la naturalidad de quien memoriza para relatar— anécdotas de su amistad con Valle-Inclán, de sus tertulias en el «Regina», de sus discusiones («¡No, nunca literarias, casi siempre políticas: éramos ferozmente políticos!»), de la preocupación común por los temas eternos, de los rasgos geniales que Valle deparaba a sus contertulios abundantemente.

El tema de la muerte, a que me referí al principio, lo iban tratando Martín Luis y don Ramón, calle de Alcalá abajo, hacia los respectivos domicilios (en Velázquez, 27, el de M.L.G.); se detuvieron a comprar un periódico, Martín Luis Guzmán dijo aquello de que a él le gustaría recibir la muerte desde una postura aventajada, Valle se detuvo y discrepó:

—No, no, yo no. Yo quiero ver venir la muerte de lejos; verla venir despacio hacia mí, verla acercárseme e ir haciéndome yo a ella. Que nada estorbe el encuentro. Por eso, tengo ordenado que en el momento de mi muerte no dejen acercarse ni a cura zafio ni a fraile intonso ni a jesuita sabihondo.

Como buen estratega y hábil diplomático derivó la conversación hacia la Revolución Mexicana, «que es el tema que a usted le ha traído a México», y platicamos largamente de su obra narrativa revolucionaria, alguno de cuyos síntomas quería yo contrastar con el autor.

EL PUEBLO MEXICANO EN «EL AGUILA Y LA SERPIENTE»

El águila y la serpiente, *publicada en Madrid, en 1928, por Aguilar, es una novela autobiográfica, situada en plena lucha revolucionaria, en que el escepticismo y la dura crítica parecen invalidar los ideales primeros de la Revolución Mexicana. El, en la novela, se inicia en la vida revolucionaria con actitud entre ingenua y expectante, poco seria. Actitud que se vuelve dudosa, recelosa, desencantada, a lo largo del relato.*

En la posición de Guzmán hay un doble distanciamiento: primero, el que en toda obra narrativa asocia y opone a la estructura objetiva la estructura subjetiva. Y el segundo, el del tiempo presente del sujeto agonista en relación con el tiempo presente del sujeto narrador. El segundo distanciamiento es perfectamente legal, ortodoxo, es el distanciamiento de la recreación, el tiempo «deformado» de la partícula «re», que vuelve a memorizar su encuentro con el pasado en absoluta libertad cronológica.

El primero de los distanciamientos, el que se da entre estructura objetiva y estructura subjetiva, es el miope, el, para mí, sintomático. Este distanciamiento es el del hombre que no se embarca, del que «ha oído» la canción, pero no la conoce ni entiende su letra, del que estuvo en la Revolución, pero —como diríamos aquí— «no hizo la guerra». Martín Luis Guzmán estuvo allí, arriesgó su posición social, intervino en las decisiones importantes de los personajes-clave, pero no comprometió su ser íntimo en la contienda; su ser íntimo quedó a la expectativa, reticente, enjuiciando el acontecer desde una posición física, relativamente cómoda, en los Estados Mayores.

Este distanciamiento fue casi total respecto al pueblo. El águila y la serpiente *se ha motejado irónicamente:* Los de arriba *(en contraposición a la obra de Azuela,* Los de abajo*), porque en ella no está el pueblo mexicano, sino las facciones dirigentes de la Revolución. La omisión puede suponer una mutilación de la realidad y una parcial interpretación de los hechos: se interpretan «desde arriba». ¿Qué visión nos da de este pueblo mexicano? En la obra nos dice que duda de que pueda llegar a un nuevo término de conciencia nacional el alma del pueblo.*

Al reparar yo en esta omisión y en esta desesperanza, Martín Luis Guzmán, a los cuarenta y tantos años de publicada la novela, reconsidera:

—Justamente el pueblo era el que impulsaba la Revolución. Luego, los licenciados hicieron el ordenamiento jurídico de aquel impulso general activo. La Revolución no hubiera podido hacerla una asociación de padres de familia. La hicieron hombres rudos, valientes, iletrados, sanguinarios a veces, con los que convivían hombres de fina textura espiritual y que procuraban contener aquel impulso desordenado hasta que fuera utilizado como apoyo de la idea creadora de la Revolución. Esos hombres, los intelectuales liberales, y los caudillos de fina sensibilidad democrática (como Buelna, Felipe Angeles...), vigilaban para que la Revolución no viniera a convertirse en instrumento de una nueva oligarquía o de un nuevo caudillismo.

EL TEMA POSREVOLUCIONARIO EN «LA SOMBRA DEL CAUDILLO»

Precisamente, la segunda novela de Martín Luis Guzmán planteará el tema posrevolucionario de las luchas políticas por el poder. La sombra del caudillo *fue también publicada en Madrid, en 1929, por Espasa Calpe. Novela de tesis, se la ha llamado, «roman à clef», novela de suspenso, magnífica novela policíaca..., y, en efecto, todo eso podría ser, si no fuese sobre todo —por tener una anécdota cierta—, y a la vez, drama histórico.*

Desde la primera página, la atención del autor es para ponernos en contacto con el protagonista: Ignacio Aguirre, ministro de la Guerra. El es —y no el Caudillo— quien guía la acción. Pudiera parecer que se ve arrastrado a actuar como lo hace, pero, en último término, es su opción la que desencadena la intriga. La frialdad del Caudillo, las presiones del partido, la enemistad manifiesta del contrincante, podrían concretar el «fatum» que lo arroja a la lucha, pero, como héroe desmitificado que es, hubiera también podido elegir la retirada, y elige libremente su destino incierto, se compromete íntegramente en la aventura. Ignacio Aguirre es (antes que El extranjero, *de Camus) un héroe existencial. El Caudillo innominado es una* sombra. *Su presencia física y su voz ocupan escasamente dos páginas de las doscientas cincuenta y siete del relato. Pero es una sombra que gravita en todo el contexto y que ha «despistado» en alguna localización histórica de personajes.*

He aquí las claves de la estructura novelística y de la localización histórica que me proporcionó de viva voz el autor:

—Sumé en ella dos etapas, condensadas literaria y anecdóticamente en una sola. Hay dos momentos políticos que sirven de fondo: el de 1923-24 y el de 1927-28. El Caudillo físicamente es Obregón —lo describo—; si nos

atenemos a la estricta cronología podría ser Calles. Todo el período del 20 al 28, la personalidad política dominante es Obregón.

COMO UNA OBRA CLASICA GRIEGA

Si bien las circunstancias desencadenantes de la acción del protagonista no se deben a una conspiración de los dioses, su destino se cumple trágicamente, como en una obra clásica griega. Ignacio Aguirre es acusado de sedición y perseguido por las tropas gobiernistas que lo apresan en Toluca con un grupo de hombres. Se acerca el final. El mexicano tiene un sentimiento trágico de la vida que se expresa cabalmente en una actitud de expectativa ante la muerte, como de cita con la muerte. Hay un lema en la novela: «Hay que madrugarle al enemigo». La vida política (en la obra) es un adelantarse en el tiempo a la cita con la muerte; matar antes de que nos maten. El pecado original lo asimila San Ireneo a la impaciencia. El mexicano tiene un pecado original propio, la impaciencia ante la muerte, expone su vida o da la muerte en «madrugada» fatal.

Así muere Ignacio Aguirre:

«Convencidos de que se les iba a matar, la vida les importaba menos que el propósito de no dar espectáculo de flaqueza.»

«Aguirre no había esbozado el movimiento más leve; había esperado la bala con absoluta quietud. Y tuvo de ello conciencia tan clara, que en aquella fracción de instante se admiró a sí mismo y se sintió lavado de sus flaquezas. Cayó, porque así lo quiso, con la dignidad con que otros se levantan.»

(La sombra del Caudillo, *p. 247*)

Concisión, propiedad y mesura, no exentos de una fría emoción, en esa supuesta significación póstuma de la muerte, en esa admiración trascendente, que, del gesto ejemplar al recibirla, y de las palabras escuetas del texto breve, parece apelar a la imaginación del lector.

* * *

Como en la novela la bala, el infarto de miocardio sólo ha herido la biología de Axkaná González, trasunto autobiográfico del autor; su espíritu queda reactualizándose por mucho tiempo, desde su obra literaria, comunicándose en esa recreación sucesiva que ha de ser cada lectura.—M. P.

MARIANO AZUELA

El novelista de la Revolución Mexicana

Por Milagros SANCHEZ ARNOSI



Mariano Azuela inició con la novela «Los de abajo» el genero de la narrativa directa y vivida —la Revolución mexicana al fondo— y señaló las consecuencias de las transformaciones sociales.

NACIO Mariano Azuela en Lagos de Moreno en 1873. Cursó estudios de medicina, profesión que alternó con la actividad literaria. Conocido en 1909 como autor de cuatro libros, figuró entre aquellos que se opusieron a la reelección del general Porfirio Díaz. Al triunfar Madero, Azuela es jefe político de Lagos. Caído aquél lo persiguen los huertistas y se incorpora como médico a las fuerzas de Julián Medina. Emigrado tras la derrota en el Paso (Texas), escribe en 1915 «Los de abajo», consiguiendo en 1949 el Premio Nacional de Literatura. Su producción literaria es muy amplia: artículos periodísticos, cuentos, novelas, conferencias, teatro, etc. «Los fracasados», «Mala yerba», «Sin amor», «El libro de las horas amargas», «La luciérnaga», «El camarada Pan-toja». Títulos siempre presentes. Nos vamos a detener en una obra, considerada por la crítica nacional y extranjera como uno de los hitos más importantes de la literatura hispanoamericana. Nos referimos a la novela «Los de abajo». Con esta obra el doctor Azuela fue tildado de novelista de la revolución, no sólo porque inició el género, sino porque señaló las consecuencias de las transformaciones sociales. Creemos que Azuela seguirá siendo fundamentalmente el autor de «Los de abajo», por lo que hemos dicho anteriormente y porque dio una visión directa y personal de los sucesos por él vividos. El germen de esta novela lo encontramos en «Los caciques», pero su estructura esquemática y el predominio de la psicología de los personajes ahogan el contenido ideológico de la misma.

UN SER PRIMARIO GUIADO POR UN AFAN DE JUSTICIA

La novela tiene una estructura épica desde su comienzo, en una sucesión cronológica lineal (dos años): «La mujer de Demetrio Macías, loca de alegría, salió a encontrarlo por la vereda de la sierra, llevando de la mano al niño. *¡Casi dos años de ausencia!*»

Sucesión temporal-espacial que abarca el desplazamiento de Demetrio y su tropa hasta el retorno al cañón de Juchipila, el punto de partida. La novela comienza con la huida del héroe, desde su pueblo, Limón, y finaliza con el regreso al mismo lugar. ¿Qué sucede en esta estructura cerrada, circular? La concreción de un hecho: la revolución, que motiva toda la novela, situaciones, psicología, y modos de ser de unos protagonistas que tienen razón de ser en función de unos antagonistas: los federales y todo lo que ellos denotan.

A medida que avanzamos en la lec-

tura, se nos confirma la unidad de los episodios, y el gradual crecimiento de los protagonistas y sobre todo del héroe épico: Demetrio. El procedimiento narrativo será lineal, pero con alternancia de una técnica retrospectiva con proyección a un presente inmediato.

Azuela no describirá al héroe tradicional, lleno de tópicos, sino a un ser esencialmente humano, lleno de virtudes y flaquezas. Un ser primario guiado por valentía y afán de justicia. No es codicioso, pero tolera que sus soldados roben. Demetrio fracasa, pero no por incapacidad de actuar, puesto que es dinámico, sino por falta de conciencia de la realidad. Esta inconsciencia del futuro y la carencia de capacidad analítica le llevarán a la destrucción: «y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías con los ojos fijos para siempre sigue apuntando con el cañón de su fusil» (1).

Hay una justificación de la revolución y una explicación de por qué se hace: «Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir con el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos para derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales» (2).

Hay una contraposición en cuanto a los motivos de la lucha. La de aquéllos que la consideran como algo material, propia para conseguir ascensos y poder, como manifiesta el jefe de los federales, y la de los que la consideran como un esfuerzo para acabar con la injusticia y la ley del más fuerte, como piensan Demetrio y sus soldados. Ahora bien, este ímpetu revolucionario va decantándose hasta que la conciencia de una realidad idealizada convierte el deseo inicial en amargura derramada en el alma. Esta idea aparece expuesta e intensificada en Solís, personaje que está convencido en el determinismo de una raza, la suya, irredenta.

EL CONFLICTO DEL HOMBRE CON EL HOMBRE

Existe una conciencia teórica del narrador y un lenguaje que se da a los personajes para discernir lo verdadero de lo falso de la Revolución. Se contraponen dos visualizaciones de la revolución: la auténtica y la inauténtica. Estos polos aparecen por sí mismos, son reales. Se muestran y se sugieren los males de la revolución (desconocimiento e inconsciencia del mecanismo revolucionario), así como lo positivo de la misma. La novela es una afirmación de la revolución como movimiento histórico-social.

Hay un narrador omnisciente que define y maneja el mundo narrado, pero no es absorbente. Los protagonistas tienen consistencia existencial, en un espacio que está definido y tratado geográficamente, a la vez que se nos cuentan detalles de la vida de los revolucionarios. Es, en definitiva, la novela «Los de abajo» un conflicto del hombre con el nombre dentro de un espacio, como afirma Loveluck.

LOS NIVELES LINGUISTICOS

El mundo que Mariano Azuela nos presenta es tal como el narrador dice que es, con un hablar fundamentalmente afirmativo, un lenguaje claro, nítido y transparente. Nada se interpone entre el lector y el mundo narrado. La frase es representación lingüística de lo individual y así los diversos órdenes del lenguaje se articulan sobre la base lingüística de la composición narrativa. El lenguaje expresa la interioridad del hablante, por eso hay imitación, transcripción fónica de lo que se oye, hay una fidelidad lingüística, fusionada con la idea del mundo de que es imagen.

Por eso podemos señalar niveles lingüísticos en la obra de Azuela que tienen una funcionalidad expresiva y descriptiva, pues hay que decir que en la novela objeto de nuestro análisis, la existencia de desigualdades lingüísticas sirve de pauta al lector para penetrar en el mundo presentado por el narrador. Podemos señalar tres niveles verbales fundamentales:

—El del novelista.

—El de Demetrio Macías y el de todos los que se expresan como él.

—El de las capas inferiores: soldados revolucionarios y gentes del bajo pueblo.

Todo lo dicho nos conduce a afirmar que la obra del doctor Azuela supone una evolución de enfoque narrativo dentro de las formas del regionalismo hispanoamericano en cuanto que es una novela perdurable en el tiempo desde un punto de vista formal y conceptual. Las novelas del realismo regionalista como dice Zunilga Gertel: «fallan como creaciones estéticas y carecen de transcendencia universal porque no hay plena autenticidad en la visión del mundo, dado convencionalmente, ni el conflicto humano».

En «Los de abajo», la originalidad comienza en el rompimiento de los moldes épicos, lingüísticos y conceptuales. Hay un afán de crear caracteres a la vez que se da una visión subjetivo-objetiva de la actualidad vivida por el autor.—M. S. A.

(1) Mariano Azuela: Obras completas, Vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, Pág. 418.
(2) Mariano Azuela: op. cit. pág. 348.

KEN KESEY

«Best-seller» en España

Por Leopoldo MATEO

La novela de Ken Kesey «Alguien voló sobre el nido del cuco» es un análisis espectacular del clima de esquizofrenia que dominó a la sociedad americana en la década de los 60. Es, por lo tanto, un texto de la contracultura norteamericana.

ALGUIEN voló sobre el Nido del Cuco, *la ejemplar novela del autor norteamericano Ken Kesey, ha sido el libro más vendido en España durante muchos meses, según una encuesta llevada a cabo por el Instituto Nacional del Libro.*

Publicada en los Estados Unidos en 1962, ha sido necesario esperar a su adaptación cinematográfica por Milos Forman y al prestigio de los cinco Oscars conseguidos en Hollywood por la película, para que los lectores españoles pudieran conocer una de las novelas que mejor supo captar el clima de esquizofrenia que dominó a la sociedad americana en la década de los 60. Alguien Voló sobre el Nido del Cuco *(traducción literal del inglés:* One Flew Over the Cuckoo's Nest)*, llegó a ser uno de los textos fundamentales de la contra-cultura norteamericana en los últimos años, por lo que no podemos por menos de aplaudir su llegada a España, aunque haya sido con 14 años de retraso.*

El nido del cuco del título es un hospital psiquiátrico sometido al control implacable y omnipresente de una mujer, la Big Nurse*, cuya función a lo largo del libro es conseguir la total sumisión y adaptación de sus pacientes mediante el empleo continuo y sistemático del terror y la represión. Para conservar el orden en esa microestructura social que es el hospital, la* Big Norse *o Enfermera Jefe cuenta con todos los medios represivos empleados por las sociedades totalitarias. En primer lugar posee una guardia personal compuesta por tres enfermeros negros, empeñados en humillar sistemáticamente a los pacientes hasta convertirlos en seres sin dignidad. Estas fuerzas represivas humanas serán complementadas con métodos más eficientes de disuasión como son los* electro-shocks *y en casos excepcionales la* lobotomía*, que consigue convertir a las personas en meros organismos neurovegetativos. Todo ello, bien entendido, con una pretendida finalidad filantrópica: reparar mecanismos averiados y ayudarles a adaptarse como piezas útiles y eficientes en la gran maquinaria de la sociedad. Kesey nos ofrece, sin duda, en este nido del cuco, un modelo perfecto de organización totalitaria cuyos síntomas externos son: orden, miedo, represión, tiranía, ejercicio indiscriminado de la autoridad...*

A este patético mundo sin libertad, poblado de seres indefensos que han perdido su capacidad de reaccionar, llegará a parar la exuberante personalidad de MacMurphy, un delincuente que para escapar a los trabajos de la prisión ha fingido poseer una dosis suficiente de esquizofrenia. MacMurphy es el héroe mítico e «inocente» de la literatura americana, un «hombre sin mujer» como le llamaría Hemingway, cuya función en la novela será dar su vida para salvar la libertad y dignidad de sus semejantes. Kesey emplea deliberadamente una estructura mítica y religiosa para referirse a este «redentor» laico, que llegará a romper en lucha titánica, a costa de su vida, la estructura de poder del nido del cuco. «MacMurphy was a giant come out of the sky to save us from the Combine», comenta el Gran Jefe Indio al verle llegar con su independencia e individualidad.

MacMurphy terminará sometido a la terrible operación de lobotomía, y finalmente morirá a manos del Jefe Indio, el narrador del relato, quien decide matarle antes de verle convertido en un organismo neurovegetativo, como un triunfo de la implacable Big Nurse. Pero con su muerte MacMurphy habrá logrado dar vida y libertad a sus semejantes. Conseguirá sobre todo salvar y recuperar a Chief Brondem, el indio que nos narra la pesadilla que es la novela, quien terminará huyendo del infierno del sanatorio en busca de la libertad perdida por su raza a causa de la rapiña y agresividad del hombre blanco. Brondem es el último ejemplar de los «vanishing Americans» como es llamado en la novela, víctima inocente de una sociedad discriminadora que se niega a aceptar su humanidad. La única defensa del Gran Jefe Indio frente a una sociedad empeñada en negar su identidad, es asumir personalmente su «invisibilidad», su total incomunicación, simulando ser un sordomudo incapaz de establecer, por lo tanto, conexión con la realidad.

La novela nos ofrece una alegoría política y religiosa de un esquematismo deliberadamente buscado por el autor. El crítico británico Tonny Tanner, en el mejor libro aparecido sobre la narrativa norteamericana contemporánea, ha escrito: «MacMurphy is like a cliché hero in a cartoon-strip, a Captain Marvel of Superman; while Bir Nurse is a cartoon horror-like Spider Lady, who drew her victims into an electrified web...» (1).

Kesey nos presenta, en efecto, unos personajes que pertenecen al mundo unidimensional de los comics, protagonizando una pesadilla absurda, víctimas y verdugos en una ceremonia alucinante de crueldad y destrucción.

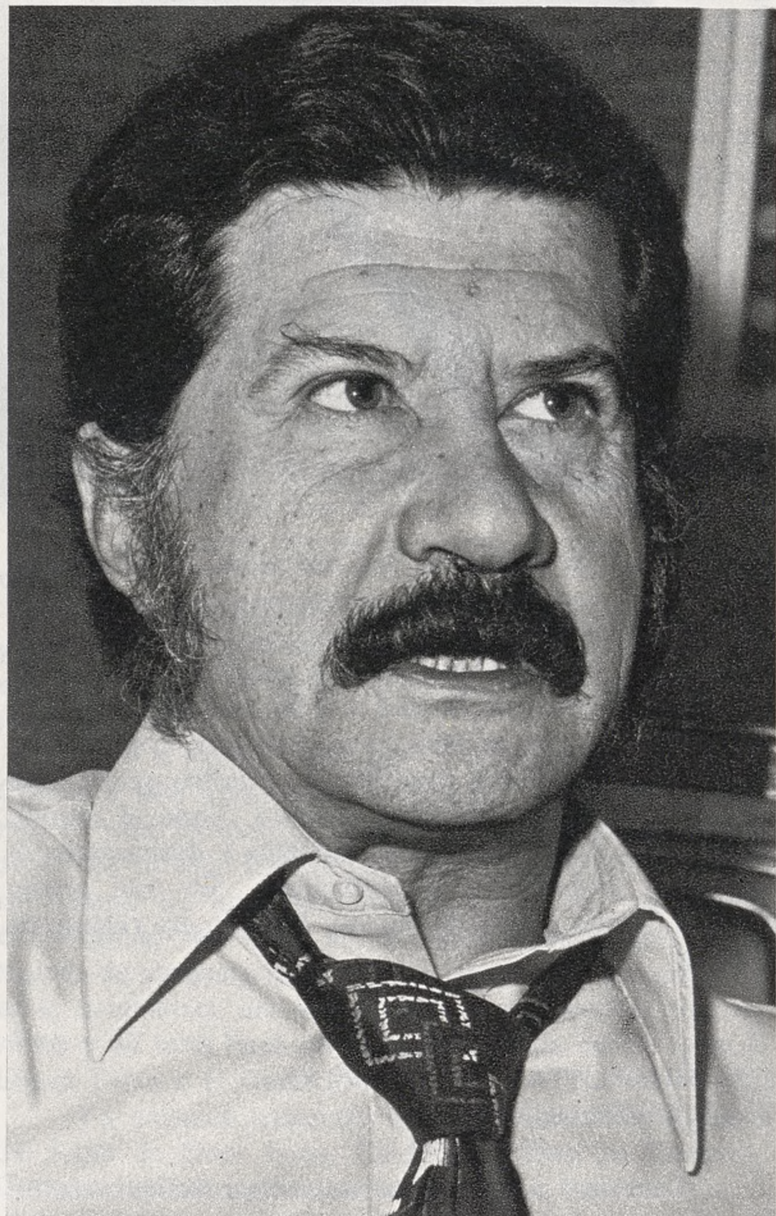
La realidad americana aparece en la novela deformada como en un esperpento valle-inclanesco, no por ello menos reconocible que los retratos verosímiles de Dreiser o Sinclair Lewis. MacMurphy no es sólo el héroe arquetípico y romántico en lucha perenne contra el mundo y la injusticia; a otro nivel vendrá a simbolizar los deseos ocultos y reprimidos de unos enfermos hundidos que conservan, pese a su total sumisión, una reserva subconsciente de rebeldía y dignidad. Sólo afirmando y potenciando esta reserva oculta de humanidad lograrán alcanzar los enfermos su propia libertad.—L. M.



(1) Tonny Tanner: City of Words*, Harper and Row, New York, 1971, p. 374.*

IGNACIO LOPEZ TARSO

Por Francisco PORTES



Sólo un actor de la categoría humana e interpretativa de Ignacio López Tarso puede subirse a un escenario español e incorporar «Tirano Banderas», con el acento de aquellas tierras americanas, aunque con perfecta adecuación al personaje. Lejos de resultar un obstáculo su acento, el público español se «deja prender» por la cadencia gutural del mexicano, sobrio, preciso y ante todo contenido, es un esfuerzo notable para dar la «justa medida» a su emoción.

EL ACTOR Y EL ACENTO

De la miel de «Tirano Banderas» al látigo de «Galileo, Galilei»

IGNACIO López Tarso es uno de los mejores actores de habla española. Es un actor visceral, desde lo más hondo le sale la intención, la gran bocanada de humanidad. Un salir a escena con un atractivo seco, terminante; un gesto preciso, sin agobio de aspavientos, con esa rara economía que deja al espectador la facultad de terminar ese gesto; un pisar inconfundible de primer actor hacen que yo pueda decir: Ignacio López Tarso o la Presencia. Pero..., ¿cómo es ahora, aquí, sentado frente a mí, sin público ni maquillaje, en este apartamento y en esta tarde madrileña? No es fácil entrar en este hombre. Tiene la seriedad enigmática de algunas figuras aztecas.

—Ignacio, parece que paralelo al «boom» de los escritores hispanoamericanos salta ahora el «boom» de los actores: Marilina Ross, Ignacio López Tarso, Alfredo Alcón, Gentile..., ¿no lo cree así?

—Los otros actores que ha mencionado son argentinos. Podría ser que en Buenos Aires y en México, que son las dos ciudades de la América Latina o de Hispanoamérica que más actividad teatral tienen, la preparación del actor sea un poco más concienzuda. Una labor más profunda de nuestras academias. Puede ser eso... Yo soy producto de la Academia de Teatro de Bellas Artes. Nosotros, en México, tenemos tres buenas academias. Preparan a los jóvenes cada vez mejor. A tal grado que en mi tierra horita salen unos cuarenta o cincuenta jóvenes bien preparados. Anualmente, digo.

—¿Recuerda los nombres de las academias?

—Sí. Una de ellas es de nuestro sindicato. Nuestro sindicato, la Asociación Nacional de Actores, o sea, la ANDA, tiene una academia que funciona desde hace veinticinco o treinta años. La más antigua es la de Bellas Artes. Y hay otra que funciona en la Universidad Nacional de México, dentro de la Facultad de Filosofía y Letras. Estas tres academias son las que básicamente preparan a los jóvenes actores. Pero también hay dos o tres privadas...

—Dentro de una asociación sindical de actores tienen ustedes una academia de teatro...

—Sí.

—¿Y en la Universidad tienen una cátedra de interpretación?

—Sí. Es toda una academia de teatro. No sólo es una cátedra de interpretación. Se les enseña historia del teatro, dicción, esgrima, danza...

—¿Qué diferencias ha observado entre el Sindicato Español del Espectáculo y el mexicano?

—No estoy enterado realmente del funcionamiento del Sindicato del Espectáculo en España...

(Pensamiento arriba noto un rubor comprensible...: la ANDA tiene una academia de teatro que funciona desde hace muchos años.)

—*¿Y en México?*

—En México, sí. Yo soy Secretario de Cultura y Deportes del Comité Ejecutivo de nuestro sindicato. La academia de teatro depende, precisamente, de mi secretaría. Vuelvo a decir que no estoy enterado de cómo funciona en España el sindicato. En las veces que he venido he sacado una conclusión: mi admiración por el actor español. Por muchas razones... Sobre todo porque creo que es un actor al que no se le da la importancia debida. Creo que el actor español es un actor mal tratado. No sé si esto depende de su condición sindical. Uno de los fundamentos del sindicato es para que la empresa tenga mayor respeto por el actor..., en todos los sentidos. El actor en España no tiene la importancia y el respeto que debe tener. Yo creo que lo más importante que sucede en el teatro, lo más importante de la función teatral, es el actor.

—*En México, ¿existe ese respeto?*

—Sí.

—*¿Qué diferencias encuentra entre el teatro mexicano y el español?*

—El teatro mexicano es muy joven. Nuestros antecedentes son muy pobres. Yo puedo hablar del teatro mexicano de muy pocos años atrás.

—*¿Cuántos teatros funcionan actualmente?*

—Treinta y cinco o cuarenta.

—*¿Sólo en la capital?*

—Sí.

—*¿Autores?*

—Hay autores jóvenes como Vicente Leñero, Emilio Caballido... Tal vez el teatro mexicano no deja de ser todavía localista.

—*¿Por su juventud?*

—Sí. Pero de ahí se parte.

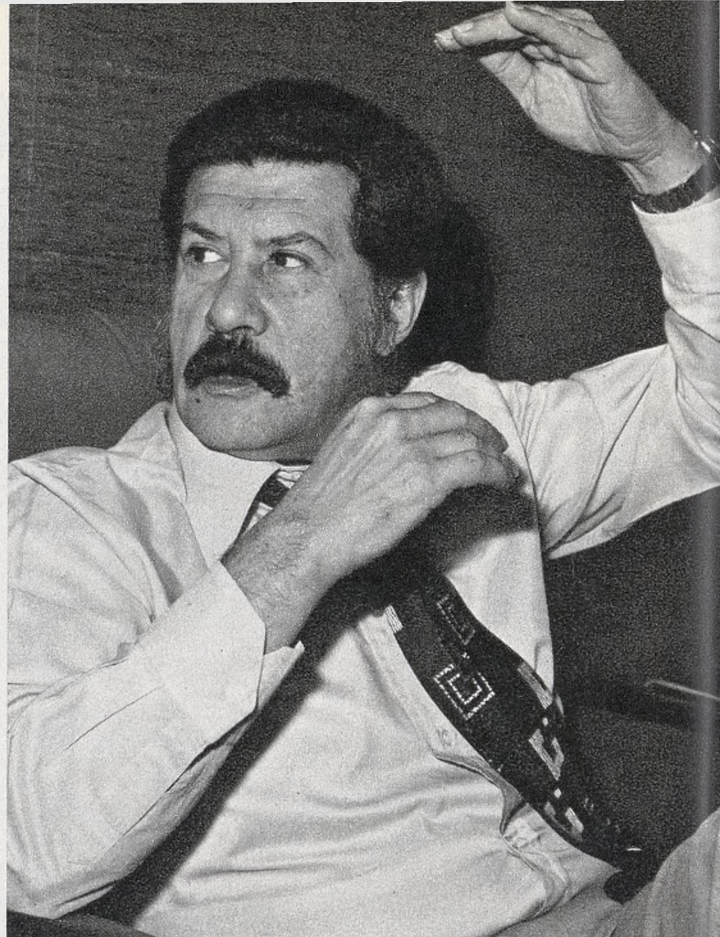
TEATRO POPULAR

Le pregunto sobre la dirección escénica de su país y me contesta con cierta ambigüedad. Dice que sí, que tal vez, que se mejora, que hay buenos directores... Pero yo entre tanto inciso y paréntesis me pierdo. Entramos en otra selva: la censura.

—Pues yo le digo, Paco, que no tan rígida como en España. Ha habido obras con problemas. Yo mismo he tenido alguno... Aunque, en general, esto se soluciona. Yo no tuve que cortar nada después de una serie de explicaciones y de discusiones con las gentes que estaban encargadas de la censura... Acababa de suceder aquel episodio trágico en Tlatelolco, en el 68... La muerte de muchos estudiantes y de mucha gente... Yo estaba preparando «Biedermann y los incendiarios» de Max Frisch. La obra es de tipo político. El título ya es lo suficientemente inquietante. Yo tenía alquilado un teatro dentro de esa unidad de Tlatelolco y quise presentar «Los incendiarios». Entonces el delegado político puso reparos y no me dejaron estrenar. Se suspendió la temporada. Pero se volvió a hablar con este señor, explicándole que no era una coincidencia buscada, etc. Y se decidió, poco después, que la obra podía presentarse.

—*Usted empezó su carrera haciendo teatro popular. Pero, ¿popular de verdad?*

—Sí. Con un grupo estudiantil que se llamaba TEA. Teatro Estudiantil Autónomo. Hacíamos teatro en los



Tal vez el teatro mexicano —dice López Tarso— no deja todavía de ser localista. Hay autores jóvenes, importantes, como Vicente Leñero, Carlos Caballido...

pueblos, en las plazas, en los mercados. Precisamente acudíamos a lugares donde pensábamos que la gente no había visto nunca teatro. En pueblos apartados... Nosotros llegábamos, montábamos nuestro pequeño escenario...

—*Eso me recuerda un poco a La Barraca, de Lorca...*

—Sí. Por lo que he leído de «La Barraca», creo que era un teatro más o menos parecido. En nuestro grupo todo el mundo hacía la mecánica escénica. Todo el mundo ponía luces, hacía decorados, montaba y desmontaba el escenario, organizaba la publicidad... En este grupo aprendí mucho y disfruté mucho. Aquello era realmente popular.

LOS MURALISTAS, EL CORRIDO Y LA REVOLUCION

—*¿Considera usted que la maravillosa fuerza plástica, tan vitalmente expresionista, de la pintura mexicana, sobre todo la de los muralistas —Rivera, Orozco, Siqueiros—, ha influido en la escenografía?*

—Sí. El mismo Diego Rivera colaboró algunas veces. Diego participó como escenógrafo en el teatro. Para una obra de Revueltas, que acaba de morir. La escenografía mexicana tiene influencia de los muralistas. Y la pintura posterior, también. A pesar de que los pintores de caballete, que se han hecho millonarios a base de vender cuadros a los Estados Unidos (Tarso, en este momento, pierde su natural aplomo. Se le precipita la voz, se le encienden los ojos con un fulgor urgente y duro. ¿Por qué?), a pesar de que un Tamayo o esta gente desprecia el muralismo, tienen gran influencia de los tres grandes genios. Tamayo es un pintor importante pero, desde luego, ha nacido de esa gran pintura mural mexicana.

—*Usted estrenó en el Teatro Español los «Corridos de la Revolución». Los presupuestos éticos de ese espectáculo nos incumben a todos, sin perder por ello su mexicanidad.*

—Yo admiro el Corrido desde hace mucho, como una expresión muy auténtica. Sobre todo desde la Revolución para acá. Y de la época de la Reforma de Juárez, en la mitad del siglo pasado. Pero desde luego el Corrido

es muy anterior. Nace en la Colonia, en tiempos del Virreinato, con la influencia del romance, de la copla española, de la jácara. No creo que antes hubiera algo parecido. Los poetas prehistóricos no tuvieron proyección popular. En realidad, el Corrido cuando adquiere una expresión auténtica es en la época de la Revolución.

—¿Qué diferencias encuentra entre el actor español y el mexicano?

—Fundamentalmente, ninguna.

—¿Y entre los de habla inglesa y española?

—Yo pienso que el actor mejor preparado es el inglés. Porque todo coincide para que así sea, porque hay toda una mística de teatro en el espectador, porque hay una gran tradición, porque poseen una gran literatura teatral, porque tienen grandes academias... Yo admiro el teatro inglés. Creo que es el mejor público, el mejor teatro y los mejores actores.

EL ACTOR Y EL HOMBRE

—¿Cuál es la misión del actor?

—Cumplir una tarea importante dentro de la sociedad en que vive. No solamente pensando en el arte como algo abstracto sino en el arte como comunicación.

—El actor como conciencia estética y como conciencia crítica...

—Sí. Un participante muy directo de lo que le rodea y de las inquietudes de la gente que le rodea, ¿no? Por eso pienso que el teatro de simple diversión no es el ideal del actor.

Vuelve a repetir otro ¿no? y se queda en silencio. Conocí a este hombre en el Español. Juntos interpretamos «Tirano Banderas». Lo primero que entonces admiré de él fue su voz. Una voz de ancho y profundo caudal, sin asomo de engolamiento; una voz de rara virtud convocativa, recortada en la tremolación trágica, contagiosa de simpatía en lo cómico, legítima y sin latiguillo en lo dramático; una voz emitida con maestría, justa de ritmo y de tono hace que también pueda decir: Ignacio López Tarso o El Decir.

—Yo empecé haciendo el gran repertorio español del Siglo de Oro: Lope, Calderón, Vélez de Guevara, Guillén de Castro, Fernando de Rojas...

—¿Cuál es su nombre verdadero?

—Ignacio López López.

—¿Y el Tarso?

—El Tarso me lo inventé.

Entre risas le digo que el Tarso es muy bonito.

—Tal vez, allá, muy joven, la influencia de una lectura en el seminario donde yo estudié. Estuve seis o siete años en el Seminario Conciliar de México. Era el lector durante las comidas. Leí la vida de Saulo de Tarso, San Pablo, y el recuerdo de esto y el buscar cierto sonido..., que López López no me gustaba nada. Mi madre se disgustó mucho porque me quité el segundo López que le correspondía a ella.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Tres. Una niña de veintidós, otra de diecisiete y un joven de catorce.

—A los actores españoles no les gusta, en general, que sus hijos también lo sean. Es una profesión dura.

—A mí sí me gustaría. Y a ellos también. Han visto teatro desde muy chiquitos.

Le hablo de su nieto, Antonio. El único que tiene. Yo lo conocí en Madrid. Ignacio lanza una risa grande, como un torrente de piedras. Su seriedad y su cautela se desvanecen. La ternura le hace levantar en exceso la voz.

—¡El Toño, sí! Es una gente simpatiquísima el Toño. Tiene grandes facultades y grandes inquietudes teatrales. Se disfraza... Le gusta mucho.

—A su mujer, ¿la conoció en el teatro?

—No. Estaba yo estudiando en la Escuela de Bellas. Trabajaba en el PRI, el Partido Revolucionario Institucional, que es el partido político más fuerte de México. Hay otros partidos, pero éste, el PRI, es el que domina el panorama político. Un tío mío, José López Bermúdez, poeta e ingeniero, era el Secretario General del PRI. Yo trabajaba con él como ayudante. Allí conocí a Clara. Somos primos en tercer grado. Ella llegaba por allá a visitar al tío común. A pesar de que éramos parientes nunca habíamos coincidido. De modo que de ahí nació una familia...

—Era su época de teatro popular.

—Sí. Las giras con el Teatro Estudiantil Autónomo. A veces, curiosamente, la gente nos pagaba en los pueblos con gallinas y huevos. O nos invitaba a comer a sus casas.

EL MONTAJE DE UNA OBRA, INVESTIGACION COLECTIVA

—¿Cree en las formas o fórmulas de los teóricos de la interpretación: Constantin Stanislavski, Brecht, Meyerhold, Jerzy Grotowski...?

—Todo depende de qué personaje, qué obra, qué autor, qué estilo de teatro, ¿verdad? Hay una serie de fórmulas que todos conocemos y que están al alcance de cualquier actor que pueda comprar un libro. Creo que es bueno conocer este cúmulo de fórmulas, pero creo que el actor tiene la suya propia. El actor debe hacer las cosas a su manera, de ahí su personalidad de intérprete. En todas las artes pasa lo mismo. En la pintura, etc. Primero se aprende la técnica, después se olvida.

—El director actual coarta, muy frecuentemente, esa libertad última del actor para acomodarlo a «su» espectáculo.

—Pues el chiste es que no le coarte. En mi sistema de trabajo no cabe un director así. En realidad la obra se monta, toma forma, en el trabajo no del propio escenario (tú sales por aquí, tú por allá...) sino en el trabajo de investigación. El director y los actores sentados a una mesa, con el texto delante, indagando en cada una de las palabras y de las intenciones. Así es como se puede llegar a un entendimiento verdadero entre los intérpretes y el director.

—¿Actor completo o complejo? ¿Actor hondo pero limitado? ¿Actor amplio: aquel que toca lo dramático, lo cómico, lo intelectual y lo popular a la vez?

—El actor que se ciñe a un solo tipo de teatro se limita mucho. El actor debe acudir a toda esa gama de diferentes temas, de diferentes estilos de expresar una idea, de toda la dramaturgia mundial. Desde el teatro clásico griego, que exige incluso unas determinadas cualidades físicas. ¡Pensar que los griegos utilizaban la máscara y el coturno y la bocina y todo aquel ropaje por encima de los hombros, como jugadores de rugby (es un fogonazo su extraña comparación. No quiero interrumpirle), para representar a dioses y semidioses y grandes héroes! Al actor esto le exige cierto estilo de interpretación muy especial. Es una gran escuela todo el teatro clásico.

—Tres personajes de los que haya interpretado.

—En el teatro yo he tenido mucha suerte. He interpretado muy bellos personajes. Nunca hago teatro si no es algo que me gusta hacer. He cometido, claro, errores. Dos o tres cosas de las que me he arrepentido. He hecho



En la fotografía, el actor mexicano López Tarso y su esposa, Clara, en un momento de la entrevista de nuestro colaborador. La llegada a España de Ignacio López Tarso fue un aliciente para el aficionado español.

el teatro clásico español, el griego, Shakespeare, los clásicos modernos: Ionesco, Miller, Beckett, Osborne... Podríamos llamarlos clásicos modernos, ¿verdad? Me gustó mucho el Tomás Moro de «Un hombre para la eternidad», de Robert Bolt. Este autor tiene también «El tigre y el caballo» que es una belleza de obra, y otra cosa que hacía la familia Redgrave, en Londres... Del teatro mexicano recuerdo una obra que me gustó mucho hacer, sentía muy cerca de mí el personaje. Una obra titulada «Juan Pérez Jolote». Es la vida de un indígena chamula, en el sureste del país, que es una región muy árida, donde vive un grupo indígena muy numeroso, como millón y medio, todavía con vida muy primitiva. Es la historia de un indio chamula en la época de la Revolución.

El «Juan Pérez Jolote... Un indio chamula» le sale casi con la misma efusión que «El Toño, sí. Es una gente simpatiquísima el Toño». Admiro el fervor teatral de este hombre. Cuando Luis Jiménez Martos me propuso una lectura de versos míos en el Ateneo, en mayo del 75, yo le pedí a López Tarso que me ayudara, que leyésemos entre los dos. Ignacio aceptó. Aquella tarde en el Ateneo madrileño, en el salón de actos, totalmente abarrotado, escuché cómo Ignacio me descubría nuevas dimensiones de mis propios versos. Tiene el olfato de los grandes buceadores artísticos. Su recitación de «Gran Vía» resultó memorable. Recuerdo esto al hilo de ese fervor que siente por el teatro, en todas sus manifestaciones, este hombre serio y silencioso.

EN «GALILEO GALILEI» NO SE HA JUZGADO MI LABOR COMO ACTOR SINO MI ACENTO MEXICANO

—*¿Es necesario un intercambio teatral entre México y España? ¿Cómo podría conseguirse?*

—Yo pensaba que sería mucho más fácil. Ahora pienso que hay cierto tipo de dificultad. Por ejemplo, a mí me ha extrañado muchísimo el que se me haya criticado el acento mexicano. Es muy lógico que tenga otro acento, aunque hable el mismo idioma, porque vivo a siete mil kilómetros de España. En España también tienen sus acentos peculiares los catalanes o los vascos. Diferentes tonitos, ¿verdad? Empleo el acento lo más suave posible. Las dos obras que he interpretado aquí las he hecho con la C y la Z. A veces digo yo que cometo faltas de ortografía.

(Se ríe de su propio chiste, pero rápidamente vuelve al tono duro, casi agresivo. Se levanta y pasea mientras habla. Algo le escuece muy dentro.)

—Nosotros estamos acostumbrados a oír a los actores peruanos, chilenos, argentinos y a todos los españoles que trabajan en México, sin ninguna molestia. Allí a nadie se le ocurre decir: «Qué acento tan español tiene este actor español.» De mi labor en «Galileo» se me ha criticado el acento, se ha mencionado expresamente eso, sin criticar mi trabajo como actor. No se ha juzgado el trabajo, bueno o malo, de un intérprete sino su acento.

—*Es raro. Galileo es un personaje universal. Representa un problema que nos incumbe a todos. Hay que hacer abstracción del acento.*

—Sí. Me ha desconcertado. Me ha lesionado el que se mencione mi acento como algo tan importante. Esto me hace pensar que de no ser un personaje mexicano como el de «Tirano Banderas» estoy imposibilitado para hacer cualquier otro personaje en España (bebe un poco de cerveza y empieza a calmarse. Se sienta, entorna los ojos y dice): Creo en la necesidad absoluta de conocernos mejor.

—*¿Le gusta hacer cine?*

—Me gusta mucho. En realidad mi actividad...

—*¿De qué películas ha quedado más satisfecho?*

—Recuerdo, por razones especiales, porque fue en realidad mi primera película importante, «Nazarín», de Buñuel. Fue muy al principio de mi carrera. Buñuel tenía ya un gran prestigio. Me gustó trabajar con él, aunque entiendo que es un director muy difícil para los actores. Utiliza al actor como un elemento más dentro de una película. Como un decorado más. No dirige realmente a los actores... Recuerdo también la película «Macario»...

—Y, *«La vida inútil de Pito Pérez»?*

—¡Ah, sí! Otro personaje popular, del centro de la República.

Me explica que su trabajo en México consiste en una o dos películas al año, una comedia y algo de televisión. Vuelve al tema del acento y de la crítica. Yo le recuerdo que en «Tirano Banderas» la crítica se volcó en elogios. Realmente en esta segunda venida a España, para representar «Galileo Galilei», este hombre no ha tenido suerte. Me sonríe abiertamente y exclama: «Bueno, ha sido raro pero nada más. Tampoco tiene tanta importancia.» El gran actor se recupera. Así debe ser en esta profesión de empinadas cuestas, en esta honrosa y difícil profesión de miel y látigo. Creo que es necesaria una comunicación total entre todos los pueblos de habla española. Un entendimiento equitativo y hondo. No unos pueblos desperdigados, unidos casi tan sólo por un habla común, sino una sola patria diseminada sobre la Tierra. Nos despedimos, con la promesa de tomar unas copas juntos antes de que ellos se marchen a México. En la puerta del apartamento Ignacio me tiende la mano. Realmente nos hemos tomado simpatía. Quedan un momento entrelazadas las manos mexicana y española. Me dirijo hacia el ascensor, con cierta prisa. Se ha hecho tarde. Son casi las diez.

—Recuerdos a Marisa... —es la voz última de Clara.— F. P.

LUCES DE NUEVA YORK



La Liga de Estudiantes de Arte
celebra el centenario de su creación con una gran exposición
en el Museo de la ciudad.

«En el Viejo Laffayette» (Show time) se titula este cuadro
que nos trae viejas evocaciones del París finisecular, en una transposición estética
un tanto primitivista. Romare Time ha pintado en 1974
toda una leyenda que pasa por el celuloide y por el «panamá» de
Chevalier, con picardía y sentimiento.



Nueva York en su dimensión «manhattánica» tiene mil caras. No hay una sola ciudad, sino mil y una noches de luces, mil y un día de colores, una tumultuosa metrópolis que se apaga en sombras y resplandece en claridades. Seis pintores de la Liga de Estudiantes de Arte —cifra simbólica de más de cuarenta y seis artistas— la descomponen ahora a través de sus pinceles, como a través de un diedro de luz, en otras tantas imágenes concretas.
Y no hay duda de que Nueva York —la más populosa urbe de los Estados Unidos ofrendada al dios del estrépito, al moloch del tumulto— se serena sobre el caballete o el bastidor de estos pintores y nos ofrece algo siempre evidente: el tamaño de su soledad o de su compañía, la sinopsis de su angustia, el ritmo trepidante de su alegría.
A trazos, a pinceladas, se configura en estos cuadros de Xavier González, de Romare Bearden, de Louis Bosa, de Milton Avery, de Will Barnet, de Childe Hasam, en una teoría que podría completarse con otras cuarenta obras de figuras tan conocidas como Thomas Eakins, Daniel Chester French, Auguste Saint-Gaudens, Gutzon Burglum, George Bellows, John Sloan, Reginald Marsh, George Grosz, Thomas Hart Benson, George O'Keefe, Louise Nevelson, Alexander Calder, Jackson Pollock, David Smith, Robert Rauschenberg y Roy Lichtenstein. La liga de Estudiantes de Arte realizó una pequeña, aunque impresionante exposición en el Museo de la ciudad de Nueva York.
No hay otro tema ni otro asunto que el pasado y el presente. En torno a este eje, giran estas pinturas de 1880 a 1975, con variedad de estilo y de tendencias.
Cuando se fundó la Liga de Estudiantes de Arte de la ciudad neoyorkina, ya Filadelfia y Boston eran las adelantadas en la pintura americana. Pero la Liga rescató para Nueva York este papel de avanzada del arte, convirtiéndola en uno de los centros artísticos del mundo. La Liga se autofinancia y sostiene su propia tarea docente, aunque en años recientes ha recibido de la Fundación Ford sustanciales fondos. Y es que más de cinco mil estudiantes y maestros han pasado por sus aulas, siempre en completa libertad para impartir sus clases y para recibirlas. Los estudiantes eligen a sus propios maestros. Y los maestros responden siempre a la categoría de haber sido elegidos.
Cien años es una fecha notoria, pero también el dato que confirma su éxito.



De los viejos algodonales de Alabama viene esta «troupe»
de negros que ha aprendido el encanto de la civilización a golpe de trompeta.
A la sombra de Louis Amstrong y con una teoría
de «music-hall» delante, estos músicos de Louis Bosa estilizan
para el arte de hoy toda la densidad
de los «negro espiritual» de principios de siglo.
Nueva York vive y revive a golpes de nostalgia cuando una trompeta
cumple como una voz de balada.





La vida a flor de piel —al discreto sol de Coney Island— renace en el amplio espectro de los pintores de la Liga de Estudiantes. El alma de las ciudades y de sus habitantes no es sólo el chafarrinón grotesco o impresionista, sino la radiografía de sus costumbres, hábitos y modas. Sobre estas líneas, el «Retrato de R. R. N.» de Will Barnet. A la izquierda, un finísimo paisaje urbano, insólito hoy en la ciudad múltiple y complicada, aunque transido de belleza: «Atardecer, Nueva York, Invierno, 1900», pintado por Childe Hassam. Abajo, los «Bañistas de Coney Island» de Milton Avery. 1944. Un clima surreal y onírico envuelve las figuras aún dentro de su diseño nítido y concreto.

«El jardín de las delicias»
de Hieronymus Bosch. (Parte central del Tríptico) MUSEO DEL PRADO. Madrid.



AHORA el prestigio y la economía de España e Iberoamérica comentadas para un mercado de 360 millones de personas en un mismo idioma y cultura.

MH

La violencia en marcha

Por Luis ALBERTO SANCHEZ

DIGASE lo que se quiera, el mundo se encamina a la violencia. Las condiciones políticas y sociales del día así lo prometen. Mientras haya dictaduras totalitarias, como quiera que se autocalifiquen, habrá violencia. Si el poder es retenido por un grupo de gentes armadas, contra quienes no valen de nada las razones ni los fracasos, la única vía de liberación final será la violencia y el único medio de reprimir esta violencia, será otra violencia. Así, hasta que al fin se restablezca el equilibrio y desaparezcan, por algún tiempo, los organismos de violencia que ahora se multiplican y fermentan.

Es cierto que la discordia anárquica de los últimos tiempos, provocada en esencia por la falta de una tabla de valores morales, parecería inevitable. Mas, también es inevitable la respuesta. El hombre no tolera mucho tiempo ser manejado a garrotazos, trancazos y promesas demagógicas. El estómago no se satisface con discursos, ni la sed se calma con sermones. Alimento al hambriento, bebida al sediento, o rebeldía a corto o mediano plazo. Todo lo demás está bien para que lo reciten los sacristanes del materialismo dialéctico y de la revolución ajena. Los hechos tienen otra escala y suelen ser imperativos.



—Hoy aunque parezca mentira —dice en este artículo Luis Alberto Sánchez— la lucha no es sólo por tener justicia social sino por comer como ser humano y ser tan libre como un hombre de hace cien años. En la imagen, una patética estampa de subdesarrollo, que quiere atención y remedio.

El fenómeno es inquietante. Para sofocar conatos de anarquía o de invasiones y apropiaciones ilícitas, surgieron gobiernos castrenses. Su teoría deshuesando las palabras, ha sido simple y llanamente usar las armas de que disponen y la disciplina basada en la ciega obediencia de sus componentes, para imponerse en el gobierno alegando su exclusiva capacidad para someter a los rebeldes o insumisos. Con ello no han cumplido sino un programa preventivo y represivo, pero no positivo. Para ser positivo precisaban no sólo obras de infraestructura, sino fundamentalmente exaltar los valores más altos del hombre. No lo han hecho.

Durante casi medio siglo la abusiva demagogia de la promesa irrealizable originó y derivó en situaciones de un extremismo insostenible; en respuesta se ha iniciado la demagogia también abusiva de un paraíso de un orden inalcanzable, salvo que se devuelva al pueblo a un estado de esclavitud inadmisible. Hoy, aunque parezca mentira, la lucha no es sólo por tener justicia social, sino por comer como ser humano y ser tan libre como un hombre de hace cien años. Hemos retrogradado esencialmente. Y de eso son culpables los demagogos, materialistas, los ordenadores fascistas y los ordeñadores (con ñ) disciplinaristas, sean castrenses o no.

Hay que revisar el cuadro completo. Borrando del pizarrón unos cuantos nombres y dejando sólo unos cuantos lemas básicos: nutrición, dignidad, educación, libertad y justicia.—(ALA).

DARIO Y AMADO NERVO

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

En 1966, al cumplirse el primer centenario del nacimiento de Rubén Darío, publiqué en la revista «La Torre», de la Universidad de Puerto Rico, un largo artículo refutando categóricamente, a mi juicio, el generalmente supuesto afrancesamiento del genial lírico. Creo que logré aportar pruebas eficaces de que tal «sambenito galo» le sentaba a Rubén como el par de pistolas al Santo Cristo de marras. Fue lógico que el indohispano, de sensibilidad exquisita, de exuberante imaginación, nacido y criado en tierras calientes y volcánicas, subdesarrolladas y patéticas, quedase deslumbrado contemplando moroso los encantos de la más bella y culta capital europea.

Antes que a él, había deslumbrado igualmente al cien por cien de los viajeros llegados de cualquier geografía del orbe. «¡París bien vale una misa!», exclamó el pantagruélico y escéptico Enrique de Navarra. ¡Y mil misas vale París!, apostillo seguro de quedarme corto en el número de misas. ¿Cómo no iban a causar a Rubén mozo, crepitante admiración frenética los grandes bulevares y avenidas, los bosques y jardines, Montmartre y Montparnasse, los monumentos sensacionales bélicos y religiosos, las bibliotecas y los museos; los rincones de la bohemia latina aun con la letra de Murger y ya con música de Puccini, las picantes canciones callejeras acordeonadas, la fascinante vida nocturna inmortalizada por los pinceles y carboncillos del impresionismo, las tertulias literarias de los viejos cafés galantes; los nombres prodigiosos de Verlaine, Baudelaire, Richepin, Moreas, Lautremont, Rimbaud...?

¡El gran París bazar de los ensueños del mundo! Como un delirante mozo perdido por un paraíso de subyugadas tentaciones, Rubén vivió en París. Y, cierto: se le contagió imitar a los más famosos beodos alucinados por el ajenjo, amancebados con la diosa Poesía, atrapados por la odiosa Necesidad. Sí, aprendió pronto a emborracharse con bebidas de colores de piedras preciosas. A la voraz ilusión lírica de Rubén la dejó transida y enervada el París romántico y parnasiano, simbolista y decadente. Precisamente los caminos líricos que Rubén soñaba. Sino que...

Sino que... ¡primer síntoma de su falta de afrancesamiento, de su oposición rotunda al afrancesamiento!: sus inmediatos deseos y alardes de «conformar al castellano» los efectos más esenciales de aquellos movimientos literarios. De conformarlos y darles vigencia de originalidad española. Ya, años antes de esta primera visita de Rubén a París, la radical determinación de éste «de no dejar de ser americano español en la poesía y en idioma», la había advertido don Juan Valera —desde Madrid—, al escribir su «Carta americana» (de 22 de octubre de 1888), dedicada a comentar el libro de Rubén «Azul», en la que afirma rotundo: «Usted no es romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbolista, ni parnasiano...» Exacto: Rubén sintió extrañas influencias, pero supo cristalizarlas en su sí mismo indohispano que soñaba, rimaba y escribía en español.

Su pasión, desde siempre y para siempre, por lo hispano de su estirpe y de su genio. ¿Dónde acrisoló esta pasión irrefrenable y fecunda? En España. Y dentro de España, en Madrid. Recordemos que Rubén Darío, antes de ir a París y luego de regresar de París, no dejaba de visitar Madrid; y que en Madrid encontró el mejor clima para su cátedra lírica y sus mejores amigos y sus más incondicionales admiradores. París ya adoraba a su «pauvre Lelian» y no estaba dispuesto a que su adoración por éste la compartiera un advenedizo indohispano.

DESCUBRIR ESPAÑA

Sería necio pensar que Rubén dejó de advertir, implacable, las enormes diferencias existentes entre el París y el Madrid de fines del siglo XIX, todas ellas a favor de aquél. Sin embargo, ¿qué hechizo íntimo tenía para él aquel Madrid pobretón y derrotado, capital de una España arruinada y desangrada por años de locas aventuras precisamente en tierras de Hispanoamérica, que le inyectaba el optimismo, el orgullo de raza a la espera de tiempos mejores, el lenguaje invencible e insuperable, el más hondo amor? Algo tan misterioso como entrañable. Cual si quisiera limpiarse y purgarse de su contagio galo «de circunstancias». Regresar siempre «a sus orígenes» es el deseo más puro y la misión más honrosa de los espíritus de excepción. ¿Cuáles mejores pruebas de cuanto he afirmado que leer los poemas y las prosas de Rubén? Jamás en ninguno de ellos su admiración por Francia sobrepasó a la sentida por Hispanoamérica.

Correspondiente a tales vivir y proceder de Rubén, la fuerza indómita con que este genial poeta desvió el hasta entonces inevitable turismo de los escritores de la América española: de sus respectivos países a París; y de París a sus respectivos países. ¿Y España? ¿Y Madrid? ¡Bah! A ninguno de ellos parecía interesarles lo mínimo, ¡Pobre España despellejada y pobre Madrid mendigo! Y fue Rubén, «nuestro Rubén» español de América, quien, dómine inapelable por su alta jerarquía poética ilimitada, señaló el nuevo rumbo: tenían ellos, los españoles de América, que descubrir España en la Universidad de Madrid. Como si Rubén el coloso, el nuevo Colón azteca, impusiera el rumbo: «¡A París, pero por Madrid! ¡Y de París a Hispanoamérica, pero por Madrid!

Indispensables baños de hispanidad para cuantos hubieran quedado alelados o enloquecidos por el papanatismo galo. Pues que ya era llegada la hora clave para que cuantos hablasen y escribiesen la lengua fabulosamente rica del hombre y del poeta Rubén, reconocieran con sus actos y sus obras, que fue aquél uno de los más seguros salvaguardias de la Hispanidad y, por ello, la figura más significativa y ejemplar de una unidad racial pletórica (él, uno de los mayores contribuyentes) de moderna estética, de moderno lenguaje, de moderna seguridad en sí mismo.

Cuando a Madrid, a España, se les fue «nuestro Rubén», para desvivirse unamunianamente en su patria nativa, como legado el más precioso que pudiera dejarles, dejó de par en par abiertas las puertas de uno y otra, y soberano el mandato para que por ellas fuera inexcusable la entrada curiosa y la salida gozosa de todos los americanos españoles que se decidieran a viajar por Europa. Madrid, sí, la primera obligada estación de ruta y la última del regreso, para que en ella se reafirmaran —a la ida— en el americanismo hispano y —a la vuelta— el hispano americanismo. ¡Grandioso legado el de



Rubén, insuperable legado... para y por los siglos de los siglos! Por ello, cuando en Madrid se le erigió, en la glorieta que lleva su nombre, el inadecuado —por modesto, por insignificante— monumento: pequeño busto en bronce sobre austero monolito, si entonces se le hubiese consultado a Madrid, como era de rigor, pues que Madrid tiene alma y lengua, Madrid hubiese ordenado esculpir en la cara del monolito, en caracteres áureos, la gloriosa —para España— última estrofa del poema rubeniano «Al Rey Oscar»:

«Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
mientras la onda cordial aliente un sueño,
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
un buscado imposible, una imposible hazaña,
una América oculta que hallar, vivirá España!»

EL CISNE NEGRO

Al írsenos «nuestro Rubén», el blanco cisne olímpico aleteador de todas las rutilantes bellezas, nos quedó en Madrid «nuestro Amado Nervo», otro español de América, el cisne negro de todas nuestras más nobles melancolías. Amado Nervo, que se enorgullecería siempre de su españolismo y que acabaría por hacer de Madrid su residencia más apetecida y de sus segundo y tercer apellidos —Maldonado y Orgaz— muy enraizados en los más hidalgos conquistadores y en los más austeros caballeros enlutados del Greco —un muy honrado blasón de hispanidad neta. El gran poeta que siempre estuvo receloso de que la «Llama Viva» de su alma se extinguiera en la «Selva Negra» de sus escepticismos; y siempre seguro de que su «modernismo castellano» nacía de su musicalidad interior y... de Rubén Darío. Amado Nervo fue, según aquél, un ser «que tenía ciertamente una cara israelita y un aire nazareno... ¿Os he dicho ya que se parece a Jesucristo?»

Si Rubén conoció Madrid antes que París, Nervo vivió muchas veces en la capital de Francia —antes de conocer la de España— realmente fascinado por aquélla. Pero, pese a tal fascinación, Nervo, según él mismo confesó, regresó a su México más mexicano que nunca. Y es que, los americanos con sello español de vigencia universal, sólo en Madrid encontraron el mágico que podía acuñarles el oro espiritual de la máxima aquilatación. ¿Quién encaminó decisivamente hacia Madrid a Nervo? Su gran amigo Rubén, con quien convivió varias veces en la «dorada y seductora Lutecia». Los apasionados y vivísimos recuerdos que Rubén guardaba de España, de Madrid, sus panegíricos juicios del país, de sus habitantes y costumbres, artes y letras, lograron remover el alma exquisita del que había de ser el mejor poeta de México.

Acuciado por los consejos de Rubén, Nervo aceptó el cargo de segundo secretario de la Embajada de su patria en Madrid. Y en Madrid ya estaba muy a principios del año 1906; y tanto gusto le tomó, pronto, a la Villa y Corte, que desde entonces —salvo breves estancias en París, Viena y Roma— no se movió de ella hasta 1918. Se notaba en Madrid como en su propio país. Sus amigos y admiradores eran tantos como escritores y artistas vivían en la capital de España. Y tanto se le admiró como literato, que una novela breve suya, titulada «Un sueño» apareció el 26 de abril de 1907 en el número 17 de la archifamosa revista semanal ilustrada «El Cuento Semanal», en la que por entonces sólo colaboraban los grandes maestros de la narrativa española. Otras novelas cortas suyas honraron varias revistas similares madrileñas; y en la más popular de ellas, «La Novela Corta», las tituladas: «El diablo desinteresado» —1916—, «Una mentira» —1917—, «El diamante de la inquietud» —1917— y «Amnesia» —1918.

LAGRIMAS Y FLORES

Y en Madrid se le murió, el 7 de enero de 1912, su más grande amor: Ana, «la amada inmóvil», conocida en París el 31 de agosto de 1901. Y en una de las viejas Sacramentales madrileñas, a la orilla derecha del Manzanares, inmediata a la ermita de San Isidro, sigue enterrada... con una lápida que ya es... un olvido, de tan borrosa como está su leyenda. ¿Cabe un suceso cordial más significativo para un tan gran poeta como Amado? Desde aquel 12 de enero de 1912, Nervo visitó con frecuencia la tumba de su amadísima, dejándola poetizada cada vez con lágrimas y flores.

Puede fácilmente entenderse el amor que tuvo Nervo a Madrid, sabiendo que vivió recogidamente en la calle de Bailén, en el piso tercero de un inmueble burgués, con balcones adelantados hacia el Real Palacio, las Reales

DARIO y AMADO NERVO

Caballerizas, el hermoso Campo del Moro, las lejanías boscosas de la Real Casa de Campo, el enorme anfiteatro de la Sierra Carpetana (cuyas luces inviolables y únicas por sus bellezas nos descubrió Velázquez y nos consagró Goya). En este piso escribió Nervo acaso sus más bellos libros: «Serenidad» —1912—, «La amada inmóvil» —1915—, «Elevación» —1917—. Y en Madrid, entre los años 1920 y 1925 apareció —en XXIX volúmenes de lujo, ilustrados con primor— la primera edición de sus Obras Completas, editadas por «Biblioteca Nueva», editorial la más prestigiosa de Madrid, entonces. Y también en Madrid, en dos nutridísimos volúmenes de casi cuatro mil páginas a dos columnas, la edición definitiva de sus obras, en 1958, encuadernadas en piel, con ilustraciones. ¿Cabe más enternecida dedicación de Madrid a su muy Amado Nervo?

Personalmente conocí al gran poeta en un día primaveral de 1917. Agrupadamente los componentes —quince, de quienes sólo yo aún vivo y coleo— de una muy juvenil tertulia literaria madrileña, le visitamos, enfervorecidos y con el vehemente deseo de conocerle de visu y de estrechar su mano creadora, larga, pálida y fina como la de un poeta renacentista florentino. Nos recibió en su estudio, amplio y con dos volados balcones hacia el mejor horizonte madrileño. En aquella tarde primaveral, ya se estaba pintando la magia de uno de los más seductores juegos de luces crepusculares.

El gran poeta se cubría con un largo batín de seda granate con pálidas rosas. Aparecía depilado de barba y bigote. Era amplia la calva amarfilada, finos sus labios, ganchuda su nariz, blanquecina su tez, huesudas sus manos. Sólo en sus pupilas oscuras resplandecía un extraño fulgor. Sus palabras sonaban quedas y espaciadas. Su enjutez corporal era extrema, ascética. Y nos miraba como sin vernos, pasando constantemente su interés visual por las luces irresistibles de aquel crepúsculo, uno más de la serie especialmente fabricada para Madrid. Crepúsculo que nosotros contemplábamos, no en directo, sino reflejado en un gran espejo cornucopia colgado en el muro de fondo del estudio.

A cada uno de nosotros, adolescentes, nos preguntó algo de nuestras vocaciones universitarias y literarias, con una vaga y efímera simpatía.

Nuestras contestaciones eran cortadas, balbucidas, sumisas. Y en sus manos, ascéticamente hidalgas pusimos una carpetilla que tenía quince poemas, uno por cada visitante, todos a él dedicados. El mío era una paráfrasis de su exquisito poema a Tomás Kempis, y del que no recuerdo sino la primera estrofa:

> «¡Oh, Nervo, Nervo, triste poeta,
> con tus poemas, qué mal me hiciste!
> ¡Tenía mi alma serena y quieta,
> y ahora la tengo inquieta y triste...!»

Las restantes estrofas olvidadas eran tan malas como la precedente. Ojeó nuestra ofrenda... Nos prometió agradecérnosla por escrito y aun dedicarnos un poema. ¿Se le olvidó su doble promesa? No mucho tiempo después salió de Madrid como de puntillas. Los pocos escritores que le despidieron en la estación del Norte aseguraban que marchaba macilento, casi angustiado por su melancolía.

Como «nuestro Rubén», «nuestro Nervo» dejaba Madrid para irse desviviendo rápidamente hacia un lugar de Hispanoamérica que no era su México, sino Montevideo, el 24 de mayo de 1919. El amor —compenetración por el entendimiento— de Nervo por Madrid quedó bien patente en uno de sus libros en prosa más líricamente seductores: «Los balcones». Sí, aquellos balcones de su piso en la calle de Bailén y desde los que se contemplaban los paisajes y los crepúsculos más avivadores de la inquietud y de la gracia espiritual. Libro dividido en tres partes: I. «Mirando a la tierra». II. «Mirando al cielo». III. «Entre el cielo y la tierra». Siendo la tierra austera carpetana; y el cielo velazqueño, combo de seda y de interiores luces; y habiendo entre éste y aquélla una atmósfera preparada, como una escenografía poética, para la fabricación de todos los ensueños.

AGUILAS Y LEONES

Desde sus balcones, Nervo contempló cien veces el relevo sonoro de la Guardia del Real Palacio; las salidas y entradas de las carrozas reales para llevar y traer a los embajadores entre marchas trompeteras y aireados gallardetes sobre corceles gualdrapados y lustrosos; los pintorescos y alborotadores regresos dominicales, desde los merenderos alapados a las orillas del Manzanares, de muchos miles de menestrales de ambos sexos; los desagradables traqueteos sobre el empedrado de las últimas carrozas de bueyes y los estampidos petardos de los primeros autos; el abrirse y cerrarse de los suntuosos balcones palaciegos; el gran suceso y no menor alboroto del paso relámpago del cometa Halley; el deslizarse, patinando en el helado lago del cielo, de estrellas y luceros, diamantes de la inquietud; las melancólicas noches de luna amarfilando la mole del Real Palacio y cairelando las frondas altas del Campo del Moro; las pisadas y las inconcretas palabras de los noctámbulos; el manso ruido del agua regada sobre la tierra de los tiestos de los balcones vecinos; los gozosos revuelos de golondrinas y vencejos al amanecer ya calentito; los diálogos de viejos y jóvenes, de balcón a balcón, en las casas vecinas...

¡Nobilísimo y encantador legado el de Amado Nervo a Madrid, ombligo y corazón motor de la Hispanidad! Madrid ha dedicado a «nuestro Amado Nervo» una bonita y moderna calle en un barrio burgués y una modestísima lápida en la fachada de la casa de la calle de Bailén donde vivió tantos años. Si el Concejo de la Villa y Corte hubiese consultado, como era su deber, a Madrid, Madrid hubiera ordenado que en una lápida mayor y mejor, más abajo del nombre glorioso y de los precisos adjetivos panegíricos, se esculpiera, en áureos caracteres mayúsculos, el sensacional y españolísimo poema de Nervo, titulado «Aguila y leones», que yo ahora reproduzco por imperioso deseo de mi Madrid, a quien le cumple recordar cuanto de enaltecedor se dedica a España. El poema dice así:

> «¡Oh España que nos diste tu altivo león rugiente:
> gracias! Seremos dignos de su pujanza heroica,
> y en premio del regalo y a cambio del presente,
> ofrendamos el águila potente,
> en el combate, brava, y en el dolor, estoica
> Los numerosos pueblos hermanos que en ti fijos
> tienen los grandes ojos, negros y soñadores,
> y que, como nosotros, se ufanan de ser hijos
> de cepa tan gloriosa, te ofrecen sus cóndores,
> te brindan sus estrellas, sus manos enlazadas,
> sus vivos gorros frigios, sus cerros humeantes,
> y todos erigimos nuestras cimas nevadas
> como torres gigantes,
> para que a ellas asciendan las águilas osadas
> o rujan en sus crestas los leones rampantes.
> ¡Oh Madre, Madre augusta de las veintiún naciones;
> rimemos los latidos de nuestros corazones;
> y, unidos para siempre nuestros veintiún pendones,
> marchemos por caminos de paz y bienandanza!
> ¡Somos de raza de águilas y raza de leones!
> Tengamos esperanza.—F. C. S. R.





El Presidente del Instituto de Cultura Hispanica inaugura el XXIII curso de la Sociedad de de Estudios Internacionales

CON motivo de la inauguración del XXIII Curso de la Sociedad de Estudios Internacionales, en la Sala de Conferencias del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el presidente del Instituto de Cultura Hispánica S. A. R. don Alfonso de Borbón, duque de Cádiz, pronunció la conferencia inaugural sobre el tema «España e Iberoamérica, ayer, hoy y quizás mañana». Entre otras cosas dijo: «Existe hoy al otro lado del mar un movimiento creciente de integración en las naciones de habla española y portuguesa, y la creación de organismos como la ALALC, el Acuerdo de Cartagena, la Organización de la Cuenca del Río de la Plata, y la Organización de Estados Centroamericanos, son buena prueba de ello».

El Duque de Cádiz hizo un amplio análisis sobre las realidades tangibles que se despliegan en el ámbito de la historia entre España e Iberoamérica, señalando: «No existe duda, tomando el pulso de América, acerca de la futura existencia de una comunidad iberoamericana. El interrogante se plantea acerca de cuál será el cauce que adoptará y sobre todo acerca de la participación de España en esa comunidad en la que debe participar por derecho propio. A fuer de sincero he de declarar que la incógnita no nos la van a despejar allí, sino que corresponde a los españoles la entera responsabilidad de decidir si vamos a actuar como parte fundamental del actual proceso iberoamericano. Si no caminamos a ritmo necesario, otros países con inferiores o nulos títulos ocuparán nuestro lugar. Lo están haciendo. Ello exige el replanteamiento de nuestra acción en Hispanoamérica adecuándola a las circunstancias presentes.»

«El hablar de un replanteamiento de la acción española —prosiguió el Duque de Cádiz— presupone que ya existe una política nacional en este sentido, lo cual es importante. Efectivamente, después de concluir nuestra contienda civil, el Estado español —después de los ciento cincuenta años perdidos de que habla el Presidente colombiano —por vez primera tomó la iniciativa. La muestra más palpable y la herramienta de su designio es el Instituto de Cultura Hispánica, creado en 1945 como organismo autónomo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Con amplitud de miras ha pretendido servir no sólo al estrechamiento de las relaciones entre España y América, sino que ha abierto nuevos caminos en las líneas de integración hispanoamericana».

«Las naciones americanas —continuó diciendo más adelante el Presidente del Instituto de Cultura Hispánica— tienen planteadas ante sí el triple reto de encontrar soluciones válidas a sus estrangulamientos sociales, económicos y políticos. No pueden extrañar sus convulsiones ni la prisa por encontrar soluciones adecuadas. Pero, ¿en qué forma nuestro país podrá contribuir eficazmente al papel que le corresponde y que de él esperan en América? En primer lugar, siendo fiel a sí mismo y fortaleciendo su ser nacional. Cuanto más se potencie España, más eficaz será su proyección en Hispanoamérica. En segundo lugar, mediante una armónica política de cooperación material en la triple dirección de fomento de los intercambios comerciales, de flujos capitales merced a la creación de empresas mixtas y la intensificación de la asistencia técnica. El tercer aspecto, y el orden de su enumeración no significa infravalorarlo, sino al contrario, se refiere al área cultural. Cuando en Europa se habla trabajosamente de los sucesivos pasos para la formación de un ancho Mercado Común superado el económico, podemos afirmar que existe de modo natural entre Iberoamérica y España un auténtico mercado común cultural. Lo integran trescientos millones de seres. Se asienta sobre bases tan sólidas como el idioma y lo flanquean hábitos, creencias y valores de duración permanente.»

«Para proyectarse debidamente faltan las apoyaturas necesarias. Y éstas, consisten por un lado en establecer un sistema de coordinación eficaz entre los organismos competentes de nuestros países, y, por otro en tomar conciencia en cada uno de ellos de la trascendencia del problema. Hace falta disponer de los presupuestos económicos suficientes para competir dignamente en el ámbito internacional. Sin medios materiales no es posible realizar nada serio. Tal inversión resultará además ren- →

table a no largo plazo, incluso desde el punto de vista económico. Las sumas que en acción cultural hacia América gastan otros países europeos no admiten comparaciones ni siquiera relativamente con las nuestras. En esta tarea está empeñado con ilusión el Instituto de Cultura Hispánica. A él le corresponde trabajar por estos objetivos y despertar la conciencia de nuestros compatriotas. El momento actual es decisivo, por la favorable disposición iberoamericana y por la nueva etapa que nuestro país inicia bajo la égida de la Monarquía.»

En la última parte de su conferencia, el Duque de Cádiz señaló las posibilidades potenciales y de futuro de la economía de los países iberoamericanos y España. Hizo una detallada exposición acerca de las características propias de la estructura económica de los países del continente sudamericano y la aportación que España puede ofrecer en orden a un intercambio comercial con el área iberoamericana. En este aspecto el Presidente del Instituto de Cultura Hispánica señaló entre otras cosas: «Se observa una notable recuperación de la posición comercial de los países desarrollados originada principalmente en el intercambio con los países exportadores del petróleo. Esta recuperación se logra de manera importante a expensas de los países en desarrollo.»

«Es indudable —continuó el Duque de Cádiz— que las relaciones económicas de España-Iberoamérica pueden representar en un futuro próximo un importante relanzamiento. Para que ello sea realidad se impone una decidida acción, tanto a nivel comercial, como de aportación tecnológica y de capital. En el aspecto del conocimiento técnico, España puede proveer a Iberoamérica de una tecnología más de acuerdo con su proceso de desarrollo que los precedentes de los países industrializados, los cuales suponen una asistencia mayor y más prolongada que acentúa la ya notable dependencia exterior de Iberoamérica.»—■

LA O.E.I. CELEBRA SU 44.ª REUNION

El uso de la radio en la alfabetización de adultos

EL pasado día 24 de diciembre, bajo la presidencia de don Aurelio Menéndez Menéndez, Ministro de Educación y Ciencia de España y Presidente del Consejo Directivo de la Oficina de Educación Iberoamericana y contando como representante principal con la presencia de S.A.R. don Alfonso de Borbón y Dampierre, presidente del Instituto de Cultura Hispánica, se celebró la 44.ª Reunión del Consejo Directivo de la O.E.I. Asistieron a ella los representantes de los siguientes Estados miembros: Bolivia, Colombia, Chile, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, España, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay y Perú. Asimismo, estuvo presente el embajador de Filipinas.

Durante el acto, celebrado en la sala «Andrés Bello» del edificio de la O.E.I., se presentó a los medios informativos españoles y extranjeros el primer tomo de la colección «Alfabetización para el Desarrollo», serie de monografías para educadores, titulado «El uso de la radio en la alfabetización de adultos», del que es autor Richard C. Burke y cuyas pretensiones son: hacer conocer al profesor medio de alfabetización de adultos las posibilidades del empleo de la radio en programas de este tipo, ayudarle a comprender el papel que él repre-



senta en la red de colaboración necesaria para el desarrollo de un sistema de instrucción efectivo, y aportarle sugerencias prácticas que le permitan poner esas ideas en práctica con miras a una mejor instrucción en sus programas de alfabetización de adultos. Dicha colección se publica conjuntamente en castellano por la O.E.I., el Instituto Internacional de Métodos para la Alfabetización de Adultos de Teherán y la editorial «Magisterio Español, S. A.», de Madrid, y tiene por finalidad tratar las necesidades que tienen los educadores de nivel intermedio en los países en vías de desarrollo.

A continuación, el Secretario General de la O.E.I., don Rodolfo Barón Castro, dio cuenta de las actividades llevadas a cabo desde el 30 de junio del año pasado, fecha de la 43.ª Reunión, y sometió a los Estados miembros la aprobación del Programa y Presupuesto para 1977. No sin antes recalcar en un momento la valiosa colaboración del Instituto de Cultura Hispánica, dirigiéndose a la persona de su presidente S.A.R. don Alfonso de Borbón y Dampierre, al que dedicó unas palabras de elogio.

Por último, el señor Barón Castro presentó la candidatura del Secretario de Asuntos Exteriores de Filipinas, general Carlos P. Rómulo, para que le fuera concedida la Medalla de Oro de la O.E.I., correspondiente a 1977, tomando en cuenta su decisivo papel en la colaboración oficial que desde 1966 —fecha en la que desempeñaba la cartera de Educación— viene desarrollando su Gobierno con la O.E.I., acreditando ante la misma un Representante Personal permanente de ese Departamento y por su deseo de estrechar su colaboración con el Organismo intergubernamental, principalmente en cuanto se refiere al programa sobre el mantenimiento y difusión de la lengua española en Filipinas. Por otro lado, se tomó en cuenta el máximo interés puesto por el general Rómulo para el restablecimiento de la cooficialidad del español en las Islas, iniciativa que fue luego promulgada por el Presidente de la República, don Ferdinand A. Marcos, mediante el decreto n.° 155 del 15 de marzo de 1973.

La propuesta del Secretario General de la O.E.I., don Rodolfo Barón Castro, fue aprobada por unanimidad.—P. E.



El Instituto Español Sanmartiniano, celebró su primer Congreso Internacional, en un acto académico donde se expuso la necesidad de que en España se comprenda la nueva visión de la historia hispanoamericana.

El Primer Congreso Internacional Sanmartiniano se realizará en España en 1978

«UN Instituto dedicado a que los españoles comprendamos bien el valor de una nueva visión de la historia hispanoamericana, a través de la cual compartamos a héroes que deben sernos comunes.» Con estas palabras definió don Carlos Robles Piquer, siendo ministro, al Instituto Español Sanmartiniano, con ocasión del homenaje al historiador don Ciriaco Pérez Bustamante y de la Vega, al cumplirse el primer aniversario de la muerte del ex presidente de la institución.

En la sede que el Instituto tiene en el Colegio Mayor Argentino «Nuestra Señora de Luján», trabajan afanosamente su secretaria y «alma mater» (única mujer de la Comisión directiva), doña Josefina Loriente de Moreno, el escultor Agustín de la Herrán Matorras y don Manuel Castellanos Gorriti: ultiman los detalles para el primer viaje sanmartiniano a la República Argentina.

—Nuestro primer viaje sanmartiniano lo haremos a la Argentina, como homenaje al Gran Capitán, para recorrer palmo a palmo, con la valiosa colaboración de las autoridades argentinas, la ruta sanmartiniana, especialmente la zona andina a través del Plumerillo, en Mendoza; la cordillera de los Andes hasta Puente del Inca; el Yapeyú natal y los campos de Chacabuco y Cancha Rayada, para rendir homenaje a ambos ejércitos, dice don Manuel Castellanos.

En este viaje se tratarán de coordinar los contactos con el resto de los Institutos Sanmartinianos que existen en Sudamérica —cuyos representantes se estima viajarán a Buenos Aires— para preparar el Primer Congreso Internacional Sanmartiniano a realizarse en España en 1978, coincidiendo con el bicentenario del nacimiento del general San Martín.

Un viaje —el inminente, que comprenderá del 26 de marzo al 13 de abril del corriente año— que reunirá a miembros del Instituto Español Sanmartiniano, a estudiantes y profesores de las diversas Facultades españolas, y a cuantos se interesen por conocer Argentina —ya que la ruta incluye, además, hermosos puntos turísticos como Mar del Plata—, dentro de la significación especial de la Cultura, la Historia, el Arte y la Belleza en sus más amplias manifestaciones.

Don Agustín de la Herrán Matorras, sobrino biznieto del general San Martín, nos habla de la emotiva inauguración de un bajorrelieve con la anécdota de la batalla de Bailén, realizada con la asistencia del embajador argentino en España, don Leandro Enrique Anaya, en aquella ciudad, el 19 de julio del año pasado.

En breve, el Instituto procederá a la formal toma de posesión de dos fincas de excepcional valor histórico, adquiridas en Palencia en nombre del Instituto y donadas por uno de sus miembros directivos, señor Fontaneda y señora. Se trata del solar de los San Martín en Cervatos de la Cueza, y del de los Matorras, en Paredes de Nava, convenientemente restaurados de acuerdo a la época, con la colaboración de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural.—Celia ZARAGOZA.

Treinta y dos periodistas iberoamericanos en el XXVI Curso de Documentación Española

UN año más se ha celebrado en el I.C.H. el XXVI Curso de Información y Documentación Española para Periodistas Iberoamericanos y Filipinos, actividad de carácter formativo y de perfeccionamiento profesional, que es la más antigua de cuantas el Instituto de Cultura Hispánica realiza, ya que se inició en 1952, siendo Director del Instituto don Alfredo Sánchez Bella; Secretario General don Manuel Fraga Iribarne; Jefe del Departamento de Información y Director del Curso, don Carlos Robles Piquer; y Subdirector del Curso don Manuel Calvo Hernando.

En los años transcurridos se han sucedido veintiséis ediciones del Curso de carácter general, en las que han participado un millar de periodistas, algunos de los cuales desempeñaban cargos de dirección en distintos órganos de prensa, propaganda, información, radio y televisión de Iberoamérica.

A lo largo del curso hemos contado con las intervenciones de los profesores Luis Apóstua, Andrés Romero, Jaime Ferrán, Ignacio Sanuy, Angel Benito, Adolfo García Ibán, Salvador de Broca, Aníbal González Pérez, Santiago Amón, Manuel Andújar, Enrique Meneses, Norberto Calamera, Andrés Cillero, Juan Francisco Toro de Juanas, José Luis Rubio, y de la profesora Consuelo de la Gándara.

Entre los participantes del Curso, que representaban a la prensa de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay, se encontraban tres directores de periódicos, entre ellos uno de los más jóvenes de toda Iberoamérica, el periodista mexicano José Concepción Pereyra Lizárraga, así como redactores, jefes de suplementos y de sección de importantes órganos de prensa iberoamericanos.—■



30 AÑOS DE VIDA HISPANOAMERICANA EN COMUN

La historia del Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe contada por sus protagonistas

«TREINTA años es tiempo más que suficiente para realizar, en la vida de las personas y de las Instituciones, un balance de logros conseguidos y es también una invitación necesaria para un examen de conciencia sobre los errores.» Con estas palabras inició don Alfonso de Borbón, presidente del Instituto de Cultura Hispánica, su breve y significativo discurso en el acto de conmemoración del XXX aniversario de la Fundación del Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe».

Cierto. Treinta años transcurridos son suficientes para mirar, sopesar y percibir todo cuanto de positivo o negativo, e incluso de esperanzador, pueda haber tanto en los seres humanos como en sus obras. Y en este caso se trata, como queda dicho, de un Colegio Mayor: «el Guadalupe», como popularmente se le llama.

¿Cuál ha sido su clima, su función desde aquel lejano día de su fundación en el año 1947? ¿Se han cumplido los fines para los que fue creado? Nadie mejor que los hombres más directamente vinculados al Colegio, antes y ahora, para contestar a estas preguntas. Nadie mejor que ellos para hacernos llegar su historia en su doble vertiente social y cultural. Pero antes convendría saber *qué es* un colegio mayor hispanoamericano, cuál el papel que está llamado a desempeñar y mantener por encima de cualquier evolución política, y al margen de las naturales exigencias y acomodos que el paso del tiempo trae consigo.

«El Colegio —se señala en el Reglamento del Guadalupe— estará especialmente dedicado a los estudiantes e investigadores de los países iberoamericanos, Filipinas y Portugal, que acudan a ampliar sus estudios o a realizar investigaciones en España, y a aquellos estudiantes españoles que sientan vocación por los problemas hispánicos.» Bien, está claro. Y está claro también que su finalidad, como institución primordialmente formativa es, o debería ser, proporcionar mediante la vida comunitaria el pleno desarrollo de la personalidad, la conciliación de la libertad, la iniciativa y la responsabilidad individuales, al tiempo de sentar las bases de una convivencia más amplia entre un considerable sector de las minorías de los países que se dan cita bajo su techo. Pero ¿se ha logrado llevar a la práctica estos principios? ¿Cómo es el Guadalupe en la actualidad, cómo era en su época fundacional, cuál es su porvenir?

Fundado y dotado por el Instituto de Cultura Hispánica, el Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe» nace en el año 1947, exactamente un 17 de enero. Entre sus principales promotores se encuentra Joaquín Ruiz Giménez, primer director del Instituto y más tarde ministro de Educación Nacional. Pero es Alfredo Sánchez Bella quien ocupa, en el momento de la inauguración del Colegio, la Dirección del Instituto de Cultura Hispánica. Presidentes del Patronato Rector, en su condición de directores o Presidente del Instituto de Cultura Hispánica son: Joaquín Ruiz-Giménez (1947-48); Alfredo Sánchez Bella (1948-1956); Blas Piñar López (1956-1962); Gregorio Marañón Moya (1962-1973); S.A.R. Alfonso de Borbón (1973).

Los directores del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe han sido Angel Alvarez de Miranda (1947-1949); Antonio Lago Carballo (1949-1952); José María Alvarez Romero (1952-1956); José Luis López Henares (1956-1958); Ramón Reñé Bach (1958-1959); Pedro Ridruejo Alonso (1959-1962); Antonio Amado Moreno (1962-1968); Emiliano Moreno Franco (1968).

Alfredo Sánchez Bella: «Centro motor de la acción hispanoamericana en España»

Realmente el centro motor de la acción hispanoamericana en España residió en el Colegio Mayor «Jiménez de Cisneros».

Desde 1940 a 1945, aquel colegio fue, acaso, el mejor centro de formación cultural que existió en España. Los frutos que posteriormente se han recogido de aquella convivencia a la vista están: políticos como Torcuato Fernández Miranda, hoy presidente de las Cortes y yo mismo, que entonces era director del Colegio; diplomáticos como Antonio Poch, Ramón Sedó, Juan Ignacio Tena, etc., escritores e intelectuales como Antonio Lago Carballo, Rodrigo Fernández Carvajal, Juan L. Camblor y tantos otros profesionales de las más diversas procedencias forjaron un ideal de acción iberoamericana en torno al magisterio de un argentino realmente excepcional: Juan Carlos Goyeneche. El fue el verdadero creador de un modo diferente de entendimiento con América, que era a la vez fruto elaborado de un grupo de intelectuales argentinos, chilenos, mexicanos, peruanos, etc., cuyas obras conocía y divulgaba.

Al mismo tiempo, Joaquín Ruiz-Giménez, como presidente internacional de Pax Romana y yo mismo, como secretario general, convocamos el año 1944 un Congreso en Salamanca y El Escorial. Para conseguir la máxima presencia hispanoamericana hice mi primer viaje a América, visitando Venezuela, Brasil, Argentina, Chile, Bolivia y Perú y conseguí reclutar a casi dos centenares de universitarios de primera categoría que fueran, durante el Congreso, el grupo más coherente, más original y, a la vez, el que entre los jóvenes universitarios españoles despertó una mayor curiosidad y un más alto entusiasmo.

Para dar permanencia y continuidad a esos contactos que se ofrecían con tan favorables auspicios, Alberto Martín Artajo, ministro entonces de Asuntos Exteriores, creó el Instituto de Cultura Hispánica, colocando a Joaquín Ruiz-Giménez como primer director y a mí como secretario.. Ruiz-Giménez permaneció poco tiempo en la Institución, porque poco más de un año después fue nombrado embajador en la Santa Sede, pasando yo a ocupar la Dirección del Instituto, que ejercería durante casi diez años.

Estas imágenes son el testimonio vivo de treinta años de fructífera actividad académica que tuvo su coronación en el acto celebrado en la sede del Colegio, en la universitaria calle de Séneca, con ocasión de conmemorar los treinta años de existencia.
De arriba a abajo, en el sentido de las agujas del reloj, la mesa presidencial durante dicha celebración; el presidente del Instituto de Cultura Hispánica, S.A.R. don Alfonso de Borbón, impone la beca de honor al ministro español de Información y Turismo, don Andrés Reguera Guajardo, y a don Aurelio Menéndez Menéndez, ministro de Educación y Ciencia, ambos colegiales, en su día, de este centro.







Si el grupo fundador del Instituto venía del Colegio Mayor Cisneros, y su política fundamental era la formación de universitarios con arreglo a ese nuevo espíritu supranacional hispánico, era natural que en seguida se sintiera la necesidad de crear Colegios Mayores capaces de albergar a las primeras hornadas que ya iban viniendo y esa fue la razón de instar a los Ministerios de Asuntos Exteriores y Educación Nacional para que colaboraran en la Fundación de un Colegio Mayor Hispanoamericano bajo la advocación de «Nuestra Señora de Guadalupe».

La inauguración tuvo lugar hace ahora 30 años y fue su primer director Angel Alvarez de Miranda, ya fallecido, al que siguió Antonio Lago Carballo que era, de entre todos mis colaboradores, aquel que había vivido más tiempo en el Guadalupe y el que conocía mejor el sentido y la orientación que debía tener un colegio universitario, en donde el responsable del orden y la disciplina debía ser, más que jefe, hermano mayor.

El Colegio tuvo desde el primer momento un gran éxito y hoy centenares de «guadalupanos» se hallan repartidos por toda Hispanoamérica y Filipinas, constituyendo ya una clase dirigente de primera categoría, puesto que entre sus miembros se encuentran diplomáticos, ministros, gestores de grandes sociedades, directores de periódicos y profesionales de todo tipo. Celosos guardianes del espíritu del Colegio fueron en aquellos años fundacionales, a más de Lago Carballo, Joaquín Campillo, Antonio Amado, José María Alvarez Romero y celoso guardia permanente de su administración, Luis Hergueta.

La convivencia de españoles con universitarios de casi todas las nacionalidades del Mundo Hispánico, han permitido que paulatinamente se fuera estableciendo una corriente de inquietudes e ilusiones compartidas, una nueva dimensión del espíritu nacional, una conciencia de que todos, al mismo tiempo que argentinos, mexicanos, peruanos o españoles eran miembros de una más grande patria común, que a todos los comprendía y a todos hermanaba: a los españoles les ofrecía una patria con nueva dimensión, a los hispanoamericanos una conciencia de su origen en mayor profundidad.

Blas Piñar: «Frutos óptimos para la política de acercamiento»

Hubo cambios en la Dirección del mismo, pero no en su marcha que fue siempre normal. La vida académica del Colegio y la convivencia en el mismo nunca tuvo dificultades mayores. Un ambiente de recíproca simpatía y de compañerismo cordial fueron, y creo que siguen siendo, las constantes del Guadalupe.

→

En el Colegio se forjaron amistades estrechas. Estudiantes y graduados de todos los pueblos hispánicos allí se han conocido y allí han llegado a conocer a fondo los países hermanos. De esa amistad, nacida en los años de convivencia guadalupana, se han conseguido frutos óptimos para la gran política de acercamiento y colaboración entre las naciones de nuestra comunidad.

El Colegio no me creó grandes problemas: sólo los que lleva consigo la responsabilidad, aunque fuera indirecta, de una institución básica para la obra que el Instituto persigue. Satisfacciones, en cambio, me dio muchas; pero sobre todo la que proporciona la continuidad y consolidación de una tarea que habían iniciado quienes me precedieron en la dirección de dicho Instituto.

Creo, por otra parte, que los Colegios Mayores corren el peligro de degenerar, convirtiéndose, contra su propio fin y contra la voluntad de quienes los fundaron, en residencias, hoteles o pensiones confortables. Quizá por su propia idiosincrasia, por la procedencia de los colegiales y por el método de selección de los mismos, el Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe» está más inmunizado que cualquier otro ante esa posibilidad de degeneración.

Gregorio Marañón Moya: «Piedra angular de la política cultural hispanoamericana»

El Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe es como todos sabemos el hogar español de los universitarios americanos en Madrid. Es, además, una auténtica escuela de formación americanista para los universitarios españoles. En los casi doce años en los que dirigí las actividades del Instituto, tuve un contacto permanente con ese Colegio ejemplar, y creo que, dentro de las posibilidades posibles, mi dedicación contribuyó a mejorar las estructuras de la Casa y sus actividades universitarias. Tuve para ello la suerte de tener conmigo un equipo de colaboradores excepcionales por su disciplina, su entusiasmo y su talento.

Nuestro entrañable Colegio es piedra angular de la gran política cultural iberoamericana. He viajado mucho por toda América y en todas partes me he encontrado con ex-becarios que residieron en nuestro Guadalupe. Conservan con emoción el recuerdo de los meses o los años en que vivieron en el Colegio y, desde él, aprendieron la vida española, y nos enseñaron la suya. Y eso está ahí, en el Guadalupe, llama viva y permanente de convivencia, y la convivencia es comprensión, es comprensión y amor.

Antonio Lago Carballo: «Creación de una minoría compartida»

Hay un verso en el poema de Fernán González, que me viene a la memoria al evocar lo que era el Colegio Guadalupe hace 30 años: «entonces era Castilla un pequeño rincón.» En efecto, aquella comunidad de algunas decenas de colegiales hispanoamericanos y españoles que comenzamos a vivir una experiencia común, en Donoso Cortés 65, era un pequeño rincón humano y ambiental. Existía entonces curiosidad e interés por conocer a los universitarios llegados del otro lado del mar, deseosos de vivir la realidad difícil de una España que, desde la perspectiva actual, puede calificarse con exactitud como de la postguerra o postguerras, puesto que a la del 36-39 había que sumar la segunda guerra mundial, vivida desde la lejanía y la neutralidad por los pueblos iberoamericanos. Aquella comunidad incipiente tenía el entusiasmo y la decisión que agrupa a todo grupo pionero. Nos dirigió inicialmente y esa fue una de las claves de todo posible éxito ulterior, un hombre de cabeza tan clara y de corazón tan generoso como Angel Alvarez de Miranda.

Algo nos pareció importante desde el primer momento: crear una base sólida y sincera de camaradería y amistad entre todos los colegiales. De ahí que nos preocupase la activa preocupación de todos en la vida del Colegio, la representatividad de los decanos, la aceptación de cuantas iniciativas viniesen a enriquecer la vida académica y las posibilidades formativas del Colegio. Queríamos que el Guadalupe fuese ante todo un hogar donde hubiese receptividad hacia el recién llegado, respeto para cada uno de los que en él residían y asimismo conciencia de que se estaba contribuyendo no sólo a la edificación de vidas personales, sino también a la creación de una minoría, con una conciencia compartida respecto a los deberes futuros que cada uno había de contraer en sus países respectivos.

Por otra parte, es necesario insistir que si alguna meta se señaló al Colegio durante los primeros años, no fue precisamente la de que los que en él viviesen aprendieran sólo a conocer España, sino que lo que se pretendió fue que los residentes nacidos en los distintos países de habla castellana llegasen a un más completo conocimiento de sus problemas generales y específicos en la seguridad de que, a través de este conocimiento, crecería firme la adhesión y el amor a América.

Todo ello hizo posible, sin duda alguna, que el Colegio diese una dimensión de hogar que se prolongaba más allá de los muros del propio edificio.

J. M. Alvarez Romero: «Respeto a cada uno y un gran sentido de amistad»

Durante mi época se produjo un acontecimiento que conmovió a los colegiales: El Colegio trasladó la sede de Donoso Cortés provisional y precaria, a la actual definitiva de la Ciudad Universitaria. El traslado se efectuó como la arribada a la Tierra Prometida después de años de espera. Viví las dos experiencias. Traté de verter en el nuevo molde el espíritu fundacional de la época de Angel Alvarez de Miranda y Antonio Lago Carballo, mi antecesor. También procuré abrir horizontes a la andadura que iniciábamos.

La mayoría de los residentes eran graduados, ya hechos. Había pocos de pocos años y no eran demasiados los españoles. La diversidad de procedencias y condiciones, extraordinaria. De distintos países, desde México y el Caribe a Chile y la Argentina; de opuestas ideologías y creencias; conservadores y revolucionarios; religiosos y agnósticos; de variada extracción social, gustos y costumbres. Con tales ingredientes no parecía fácil gobernar. La realidad fue muy otra. En la vida cotidiana del Guadalupe —con las naturales tensiones y acontecimientos disparatados— brotó un respeto a cada individualidad, contrapesada por un sentido de amistad casi fraterno. Los nombres propios se agolpan. Cito algunos por puro azar. El portorriqueño Fredy Borrás, Decano Mayor, entonces estudiante de medicina y capitán del equipo de baloncesto del Real Madrid, ganó la Copa Latina para España en un partido memorable el año 1953. Eduardo Portela, brasileño de finos modales, aguda inteligencia y amistad sin riberas, hoy es una de las grandes figuras literarias de su país; el colombiano Alfonso Caicedo, poeta en aquellos tiempos, ha creado la Sofrología. Alfonso Carro es el actual Presidente del Congreso de Costa Rica. El mejicano Daniel Moreno, profesor y tratadista de Derecho Político. Fernando Pareja, Presidente del Banco de Cooperativas del Ecuador. Rodrigo Fierro, investigador y humanista. Guillermo Bedregal, político y ex presidente de la Corporación Minera Boliviana. Gonzalo Saenz de Buruaga, economista, autor del documental «Nodito» y del mural «El palo», etc.

J. L. López Henares: «Afortunada decisión de la política hispanoamericana»

En realidad fueron cinco años los que yo estuve en el Guadalupe pues, ya graduado, fui colegial y posteriormente subdirector y director, lo que me proporciona un amplio y profundo conocimiento de la Institución.

Creo que en la política cultural de Hispanoamérica, la creación del Colegio ha sido una afortunada decisión ya que dentro del impulso restaurador de la tradición de los colegios mayores ha permitido la convivencia de estudiantes y graduados de todos los países de Iberoamérica y de España.

Puedo decir, sin exageración alguna, que cuando después de haber permanecido en el Colegio he visitado numerosos países de Iberoamérica, he tenido la honda impresión de que ya había estado en ellos y que gozaba de un conocimiento de su realidad política, sociológica e histórica, más allá de la mera información erudita.

Labor muy positiva durante mi estancia en el Colegio fue la creación de los Seminarios de Política Hispanoamericana, de Economía Hispanoamericana y de Historia e Indigenismo que todavía perduran y en los que se tratan problemas de estas distintas áreas del conocimiento.

Desde el punto de vista objetivo, no quiero dejar de reseñar el permanente recuerdo de personalidades muy destacadas, prometedoras entonces y hoy una plena realidad en sus diversos países. Creo que para el futuro el Colegio debe intensificar estas características institucionales de su fundación, contribuyendo a perfilar auténticos universitarios imbuidos de un noble propósito de autenticidad basada en las raíces de un humanismo cristiano y tolerante.

Ramón Reñé: «Mi experiencia en dos anécdotas»

Mi experiencia de director del Guadalupe la resumiría en dos anécdotas, que reflejan la cordialidad de la convivencia guadalupana que yo conocí y supongo que no se diferencia de la actual.

Los colegiales decían que en el Guadalupe el portero se llamaba don José y el director Ramón, sin que por ello tuviera que lamentar ningún desacato a mi autoridad, necesaria en el ejercicio del cargo. Esto es debido a la gran lección que me enseñaron mis hermanos de Hispanoamérica y Filipinas: que en una comunidad de convivencia, como el Guadalupe, la autoridad se acepta y ejerce si se funda más en la amistad que en el Reglamento.

Así lo refleja esta otra anécdota: «un colegial de allende el Atlántico, cuyo nombre y país me callo, llegó una noche al Colegio con bastantes copas de más y, lo más grave, organizando un notorio escándalo que percibí desde mis habitaciones y que me fue confirmado al día siguiente por el parte del portero de noche. Llamé al referido colegial diciéndole que lamentaba el poco aprecio que había manifestado por nuestra amistad al quebrar con su ruidosa entrada en el Colegio la normal convivencia que él estaba obligado a mantener y por la que debía velar en bien de todos. Su respuesta fue cordialmente generosa: dejaría el Colegio, para que a fuer de amigos no sufriera menoscabo mi autoridad. Le dije que ni el Reglamento exigía tanto. Prometió, fundado más en nuestra amistad que en el Reglamento, que procuraría no cometer un nuevo desaguisado. Pasado cierto tiempo me dijeron que un colegial se iba, y resultó ser mi amigo, a quien llamé y me confesó que aunque en menor grado, había reiterado su inamistoso comportamiento, y como apreciaba mi amistad, para mantenerla prefería irse y no plantearme más problemas. En vista de su generosa actitud le di una nueva oportunidad y continuó en el Colegio sin más problemas. Esta es una anécdota entre otras muchas de colaboración efectiva cuya relación sería inacabable.

Antonio Amado: «Planta piloto de la Comunidad Hispánica»

A los treinta años de su creación, el Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe es un cuadrángulo habitable, edificado en la Ciudad Universitaria madrileña, que viene cumpliendo simultáneamente las funciones de planta piloto, unidad de trasplante y correa de transmisión de las ideas y los modelos de convivencia vigentes en el orden universitario de la comunidad hispánica de naciones.

Planta piloto porque aunque desciende de y se enlaza con la tradición de los seculares colegios de Salamanca y Alcalá de Santo Domingo, México y Perú, su objetivo ha sido precisamente reanudar esa tradición en la modernidad y reavivar en el campus de la Universidad Complutense la adormilada vocación hispánica.

Unidad de trasplante en razón de que mediante la convivencia de universitarios americanos, filipinos y españoles se ha logrado en buena medida elevar a categoría comprensiva la particularidad de usos, costumbres, expresiones, etc., que circulan en la vida cotidiana. Los varios millares de universitarios que han pasado bajo su techo, si bien siguen hablando la misma lengua se entienden mejor y comprenden más profundamente la razón de ser y hablar de la América de las patrias y de la patria lejana, entrañable e insular de Filipinas.

Correa de transmisión en cuanto que tradición y convivencia sufren en el interior de ese rectángulo habitable la aceleración y el impulso de las ideas, los saberes y demás manifestaciones del oficio intelectual que vivifican y dan sentido plenamente humano a cuanto se ha elaborado y proyectado desde ese recinto hacia las sociedades que en él han integrado sus élites, que, a su vez, necesitan luz y orientación para cumplir su destino común.

Emiliano Moreno Franco: «Ha llenado un vacío en el conocimiento de la realidad común»

Los últimos diez años de la vida del Guadalupe han sido, desde mi punto de vista, difíciles al igual que la de otras instituciones similares, por diversos motivos, entre los cuales destacan:

—Crisis de crecimiento con la consecuente masificación de la Universidad en que está inserto; cambio de la propia idea de la institución de colegio mayor que, recreada en otra época, no responde exactamente a las necesidades del tiempo que vivimos; dificultades inherentes a deterioros del inmueble que lo alberga, e insuficiente ayuda económica.

No obstante, puede decirse con orgullo que el Guadalupe que me ha tocado dirigir durante estos años ha cumplido brillantemente la misión para la que fue creado en 1947, habiendo encontrado en él los hispanoamericanos que han venido a Madrid para realizar carreras universitarias y cursos de especialización, no sólo un hogar, sino también un abanico de posibilidades encaminadas a una mejor formación cultural y humanística, que la propia universidad no podía darles; un conocimiento profundo de la realidad española, nacida del trato cotidiano con sus propios compañeros de dicha nacionalidad; y, sobre todo, un mejor conocimiento de su propia personalidad histórica, en la convivencia con gentes venidas de todos los pueblos de Hispanoamérica y el reforzamiento de la idea de que por encima de divisiones fronterizas, pertenecen a una misma comunidad de pueblos.

Dado que la hora presente de nuestra América en su etapa contemporánea no ha tenido, desgraciadamente, el tratamiento adecuado en nuestros planes de enseñanza en sus distintos niveles, el Guadalupe ha venido a llenar también este vacío, dando a los universitarios españoles que en él hemos vivido, un conocimiento más pleno y cabal de la entrañable realidad de Hispanoamérica, encontrando aquí lo que a muchos de nosotros, sin saberlo, nos faltaba: la evidencia de que lo español no puede entenderse sin la prolongación de nuestra propia personalidad al otro lado del mar.

Aurelio Menéndez (Ministro de Educación y Ciencia): «Un alto nivel cultural y universitario»

Era entonces, como deseamos que lo sea hoy, uno de los colegios con más alto nivel cultural y universitario. Recuerdo siempre lo que para todos nosotros representó la presencia y el diálogo con tantas y tantas personas egregias de la cultura y la política de nuestros países, que nos visitaban. Pero al lado de aquella vida cultural, tan activa, recuerdo sobre todo lo que representaba y nos enriquecía a todos la convivencia diaria, la comunicación de ideas, el contraste de opiniones en las más variadas áreas del saber, el arte y la cultura.

Nunca se insistirá bastante en el valor de la vida colegial en sí misma como escuela de convivencia universitaria. Ahora, cuando la Universidad padece una aguda crisis de transición semejante a la que sufrió en otros momentos de su historia para acomodarse a las nuevas exigencias de una sociedad en cambio, ese espíritu universitario de la vida colegial es, me parece, uno de los cauces por los que puede discurrir la continuidad de cuanto hay de permanente en la Universidad.

Andrés Reguera (Ministro de Información y Turismo): «Su recuerdo me es grato y así me gusta mantenerlo»

Pasé en el Colegio dos cursos en mi etapa de graduado. Pienso que fueron dos años importantes y que, indudablemente, dejaron una impresión que se ha mantenido posteriormente en mi vida. El Colegio por aquellas fechas era uno de los más confortables alojamientos que podía encontrar un universitario en Madrid, pues siempre se cuidó el esmerado servicio en todas las dependencias. Sin embargo, no puede decirse que en su consideración de centro académico tuviera la misma altura.

En primer lugar, porque el ambiente no era propicio para el trabajo intensivo; siempre había oportunidades para divertirse y exigía un mayor esfuerzo de voluntad encerrarse en la habitación para estudiar. Pero esto, con ser un pequeño inconveniente, hubiera resultado admisible en el supuesto de que en el Colegio se hubiera cumplido la finalidad esencial para la que fue creado, que era la de una comunicación y el conocimiento a fondo entre españoles e hispanoamericanos, que hicieran nacer lazos que posteriormente habían de mantenerse. Este aspecto, pienso con todos los respetos que tampoco se cuidó fundamentalmente, porque eran frecuentes los grupos por nacionalidades que daban sensación de aislamiento y producían el efecto contrario al que el Colegio pretendía.

Creo que hoy, con un ambiente de mayor libertad en todos los órdenes, los aspectos culturales, religiosos y de opinión en un Colegio Mayor son completamente distintos a los de la época en que yo fui colegial de aquel Mayor. Por lo tanto, la mía es una simple valoración histórica que quizás hoy carezca de vigencia porque realmente yo no conozco el ambiente del Colegio en estos momentos.

En todo caso, insisto, la estancia en el Guadalupe fue una importante etapa de mi vida; su recuerdo me es grato y así desearía mantenerlo.

Juan Ignacio Tena Ybarra (Director del I.C.H.): «Encuentro con una América y unos americanos reales»

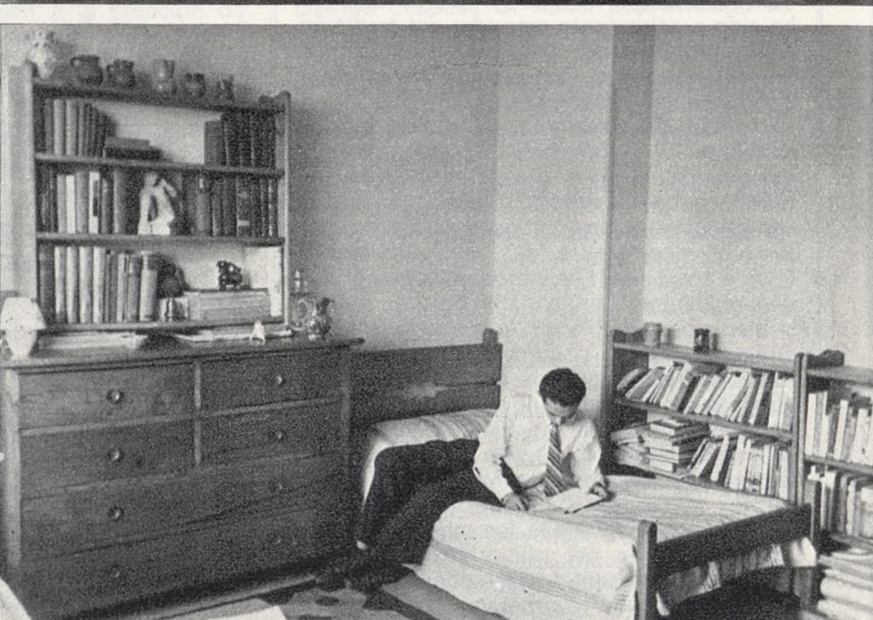
Para mí, como creo que para todos los que participamos en la fundación del Colegio Mayor Guadalupe, resulta dificilísimo sintetizar lo que el Colegio representó en aquel momento. Sin embargo, me atrevería a decir que significó en cierto modo el arranque de nuestra madurez, si la madurez se caracteriza por llegar a aceptar la realidad tal como es y no como uno se la ha imaginado. La experiencia del Colegio Mayor Guadalupe, inédita para los jóvenes universitarios de la posguerra mundial, supuso el encuentro con una América y unos hombres americanos reales, sucesivos a una idealización de América y de los americanos que en aquella etapa de sueños e ilusiones, nos habíamos forjado imaginativamente.

Tuve la suerte de ser el primer colegial que vivió en la vieja casa de Donoso Cortés 65. La ilusión de una nueva convivencia entre América y España se había fraguado en los años del Colegio Mayor Cisneros bajo el magisterio intelectual de Pedro Laín, el magisterio humano de Juan Carlos Goyeneche y el ejemplo vital y dinámico









Sobre estas líneas, dos vistas interiores del antiguo Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe. Los estudiantes hispanoamericanos disponían ya en Madrid de un hogar propio. Arriba, la sede de este primer centro de estudios, situado en la calle de Donoso Cortés. En la sobremesa, largas y entusiastas conversaciones sentaban las bases de lo que con el tiempo y la experiencia acumulada en el estudio se convertiría en una estrecha y continuada amistad.

de Alfredo Sánchez Bella. El nombramiento de Joaquín Ruiz-Giménez como director del Instituto de Cultura Hispánica, sucesor del Consejo de la Hispanidad, hizo posible la fundación del nuevo hogar hispanoamericano, y al grupo encabezado por Angel Alvarez de Miranda, primer director de la Casa y compuesto por Rodrigo Fernández Carvajal, José María Labra, José Luis Herrero Tejedor, Luis Martínez Guirao, Joaquín Aguirre Lostau, José María Lozano Irueste, Ramón Sedó, Juan Gich, José Angel Valente, Javier Martínez de Velasco, se fueron incorporando nuevos nombres españoles y americanos.

La lista sería interminable, pero tengo que mencionar a algunos de los americanos que nos hicieron entrever su realidad: José María Cantilo, Aníbal d'Angelo, Ernesto Trigueros, Rigoberto Soto, Enrique Mayorga, Edgardo Suárez, Antonio Zaglul, Enrique Torres Llosa, Guillermo Velaochaga, Jorge Siles, Clodomiro Ledesma, Martínez Rivas, Vargas Gené, Barahona, Rafael Aponte, Rafael Gutiérrez Girardot, Agustín Basave, Adolfo de Sentís, Edmundo Meuchi y tantos más que vivieron con nosotros la ilusión de aquel nuevo tipo de convivencia.

Después de tantos años me toca vivir ahora la experiencia del Colegio Mayor desde el Instituto de Cultura Hispánica. Hace tres años conmemoramos las Bodas de Plata del Colegio. Pudimos entonces comprobar cómo los lazos creados en las sucesivas promociones de colegiales observaban, no sólo raudales de efectividad y de amistad hondas, sino también una dimensión objetiva de la conciencia de pertenecer a la amplia comunidad que había constituido el afán de los días fundacionales. Aquella reunión, como la del año pasado en Quito y como espero la del próximo otoño aquí en Madrid, deberá afianzar aquella comunidad de antiguos guadalupanos, convirtiendo de una vez aquella fuente de sentimientos y esperanzas en una auténtica realidad operativa para los hombres americanos y españoles del Colegio Guadalupe.

El actual Colegio Mayor Guadalupe es fiel al modelo que se propuso en la fundación. En el contexto de la Ciudad Universitaria madrileña, tan distinta hoy a la de hace treinta años, sigue ofreciendo un tipo de convivencia ejemplar que debe apartar de nosotros la tentación tan común en el hombre hispánico del provincianismo local y sin horizonte.

El Colegio Mayor Hispanoamericano «Nuestra Señora de Guadalupe» ha cumplido treinta años. Su pequeña y gran historia queda, de algún modo, reflejada en estas páginas. Quedan, también, algunos interrogantes y alguna contradicción. Y una línea a seguir marcada hoy por don Alfonso de Borbón en la última parte de su discurso y dirigida a los colegiales de ahora mismo:

«Detrás de vosotros está una tradición que debéis de ennoblecer y mantener, lo cual constituye una exigencia de servicio y de entrega a los ideales que han sido siempre fundamentales del Guadalupe. Tendréis que cultivar, ya os lo he dicho varias veces, la práctica diaria del estudio como un trabajo metódico y continuado, necesario para adquirir el rigor científico que la Ciencia y la Tecnología moderna requiere, al servicio del desarrollo de nuestros pueblos y también tenéis que seguir acrecentando en vuestro período de vida en el Guadalupe, esa idea de hermandad que os haga el día de mañana tener el sentido de solidaridad para compartir las alegrías y las tristezas de todos y cada uno de los miembros de la sociedad, en la cual vais a trabajar y a la cual humanamente debéis proyectaros».—Alicia CID.

Balcón de América

El Rey don Juan Carlos con los alumnos de la Escuela Diplomática

EN una de sus habituales audiencias el Rey de España don Juan Carlos recibió a los alumnos de la Escuela Diplomática española donde se forman y completan su preparación los futuros diplomáticos. En la



fotografía el monarca español aparece en el transcurso del simpático acto en el momento de saludar a la señorita ecuatoriana Ximena Pérez de Castro, colaboradora del Instituto de Cultura Hispánica.

Don Pedro Salvador, condecorado con la Orden del Sol Peruana



El ministro de Relaciones Exteriores de Perú, don José de la Puente, momentos después de imponer a don Pedro Salvador de Vicente la Gran Cruz de la Orden del Sol. Don Pedro Salvador fue embajador en Lima entre los años 1972 y 1976, además de subdirector del Instituto de Cultura Hispánica y director general de Asuntos de Iberoamérica del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Don Salvador Bermúdez de Castro, director general de Política Exterior para Iberoamérica



Para sustituir al embajador don Pedro Salvador de Vicente, ha sido nombrado director general de Política Exterior para Iberoamérica don Salvador Bermúdez de Castro, que hasta el momento había venido desempeñando la Subdirección General de América en el mismo Departamento.

El señor Bermúdez de Castro pertenece a una familia de antigua raigambre diplomática. Su tío abuelo, don Salvador Bermúdez de Castro y Díez, primer Marqués de Lema, fue embajador de España en México entre los años 1845 y 1848, pasando posteriormente a desempeñar el mismo puesto en la Corte de Nápoles. Su bisabuelo y su abuelo participaron en la misma tradición, puesto que ambos fueron ministros de Estado de la Corona. Su padre asimismo pertenece a la Carrera Diplomática.

Además de los cargos desempeñados en la Administración Central y en la Embajada de España en Londres, donde prestó sus servicios durante tres años, su experiencia diplomática se ha concentrado preferentemente en Iberoamérica, primero como consejero cultural de la Embajada de España en Lima, más tarde con la misma función en nuestra Embajada en Buenos Aires donde permaneció durante más de cinco años, después como ministro consejero en Lima y posteriormente en Caracas.

El señor Bermúdez de Castro, que tiene actualmente 45 años, se inscribe así en la línea más dinámica y depurada del actual iberoamericanismo español, tanto desde el punto de vista profesional como intelectual.

Es Miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, Miembro de Honor del Instituto Argentino de Cultura Hispánica, Comendador de la Orden de Isabel la Católica y del Mérito Civil y Gran Oficial de la Orden del Sol, de Perú.

Balcón de América

Adiós a Matías Seguí

La muerte prematura de Matías Seguí Jordá ha dejado un vacío profundo en el Instituto de Cultura Hispánica que está de luto con su desaparición. Matías Seguí poseía un espíritu dinámico y activo, contagioso para todos los que le rodeaban y que empleó rebajas ni restricciones en los cargos que ha desempeñado en el propio Instituto. Como Jefe del Departamento de Cursos y Seminarios y como Subdirector de la Dirección de Intercambio y Cooperación ha dejado una estela inolvidable de entrega y dedicación. Entre sus tareas más cordiales, entusiastas y eficaces figura su actividad como promotor del I Curso para Profesores de Lengua y Literatura, cuya XXI edición todavía se viene celebrando en la sede del Instituto. Matías Seguí pertenecía al I.C.H. desde los años cincuenta. Desde su llegada trabajó en el Departamento de Intercambio Cultural donde desempeñó importantes tareas acerca de los Institutos de Cultura de Hispanoamérica entre otras actividades.

Estudiantes becarios, alumnos especializados que han realizado tesis y trabajos científicos en España, profesores e intelectuales visitantes, todos han podido conocer y comprobar de cerca la eficiencia diligente y la honda cortesía humana de este ejemplar compañero y amigo Matías Seguí, que en todos los puestos de responsabilidad que le tocó ocupar y dirigió, antepuso, incluso al celo y el entusiasmo un sólido, profundo y crítico conocimiento de Hispanoamérica y sus problemas, vínculo de hermandad que todos hemos perdido en plena entrega generosa y humana.



Convenio de Formacion Profesional Venezuela-España

La reciente llegada a España del presidente venezolano, Carlos Andrés Pérez, significó en la práctica la consecución de importantes acuerdos en el campo de la cooperación, intercambio de tecnología y formación profesional de amplios sectores sociales. La actitud presidencial tuvo en la visita de hace pocas fechas de su ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Escovar Salom, la aplicación concreta de lo tratado.

Ahora llega a Madrid, acompañado de una destacada delegación, Homero Parra, presidente del Instituto Nacional de Cooperación Educativa de Venezuela. Se completa así la idea que nació como una sugerencia y concluye ahora con la firma de un convenio para la formación profesional en nuestro país de cinco mil jóvenes reservistas.

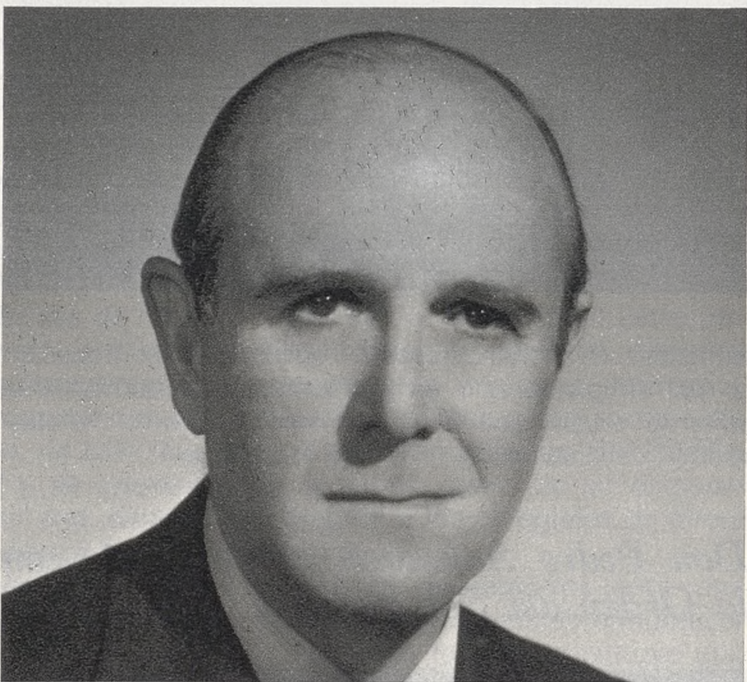
Los primeros 500 jóvenes venzolanos de un total de 5.000 han llegado a España y seguirán cursos de forma-



ción profesional. El programa de asistencia técnica aplicado a estos reservistas tendrá una vigencia de dos años y fue suscrito por el presidente del Instituto Nacional de Cooperación Educativa de Venezuela, don Homero Parra, y por el director español del Servicio de Empleo y Acción Formativa y de Promoción Profesional Obrera (SEAF-PPO), don José Luis Carballo.

Nuevo embajador de España en la República de Honduras

S. M. don Juan Carlos I ha designado embajador suyo ante el Gobierno de Honduras, a don José de Cuadra Echaide, quien ingresó en la carrera diplomática en 1950 y ha desempeñado importantes cargos en el Ministerio y en Misiones en el extranjero, señaladamente en naciones americanas. El embajador Cuadra Echaide fue miembro de la Delegación Extraordinaria Española en los actos celebrados con motivo de la visita de S. S. Pablo VI a Bogotá, y miembro también



de la Misión Extraordinaria en los actos del Sesquicentenario de la Independencia de Bolivia. Es miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica y miembro de la Asociación de Antiguos Colegiales del Guadalupe.

Angel Valbuena Prat, un gran conocedor de la Literatura hispánica

La muerte del catedrático e historiador de la literatura don Angel Valbuena Prat produjo en los medios universitarios, académicos e intelectuales de España y de América un sentimiento profundo. La obra de Valbuena Prat, un auténtico formador de profesores, es decir, un verdadero maestro, ha influido de manera visible en los actuales conocimientos sobre literatura española. Esa obra tiene mucho que ver con las interpretaciones más lúcidas vigentes sobre los diversos períodos de las letras hispánicas.

Por Luis María LORENTE



LOS SELLOS DE MEXICO

FUE el día 1.º de agosto de 1856 cuando México ponía en servicio por primera vez en su historia sellos para el correo. Al alcanzar México la independencia, sus autoridades se encontraron con una amplia red de servicios postales por todo el Virreinato, la cual no solamente se refería a lo que hoy día es el territorio nacional, sino que se extendía también por varios estados actualmente componentes de los Estados Unidos de América y a territorios pertenecientes a la soberanía de alguna de las repúblicas centroamericanas. Por lo que respecta a aquellos estados, hay que indicar que lo que son hoy California, Nuevo México, Arizona, Colorado, Texas y zonas de otros muchos más, formaban entonces parte del Virreinato de la Nueva España.

México tuvo sellos para el correo a partir del 1.º de agosto de 1856, y la primera emisión lleva la efigie del gran prócer de la independencia, Miguel Hidalgo, en valores de 1/2, 1, 2, 4 y 8 reales (entonces, 100 centavos era igual a 8 reales y éstos eran un peso). Dos datos curiosos contiene esta emisión: el primero que por aquel entonces en la documentación oficial del Estado se escribía «Méjico» y así figura el nombre en los sellos, mientras que ahora y ya desde hace muchos años, se escribe «México»; y el segundo, que hasta el año 1883, los sellos llevaban sobreimpreso el nombre del distrito postal en que se expendía cada efecto postal, con lo cual resulta que a lo largo de un buen número de años hay que considerar no sólo el sello, sino también el distrito que llevan como sobreestampación, resultando así una variedad tal que implica que sea el primer paso para montar una colección especializada de las primeras emisiones de sellos mexicanos.

Una segunda serie aparece en el año 1861 y se forma con los nominales de 1/2, 1, 2, 4, 4, 8 y 8 reales, que llevan los mismos dibujos de la serie de 1856, pero con diferentes colores y además con la particularidad de que se repiten dos de los nominales. Habrá en 1863 y 1864 otras dos series, pero ambas llevan ya otro dibujo, en donde figura el escudo nacional y otra efigie de don Diego Hidalgo.

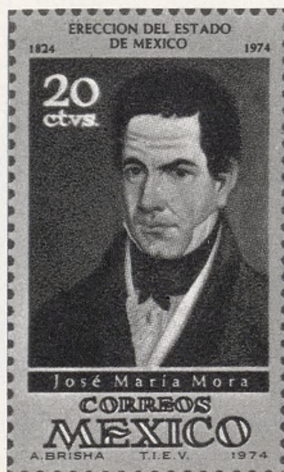
Como consecuencia del Tratado de Londres de 31 de octubre de 1861, Francia, Gran Bretaña y España se comprometieron a establecer en México una monarquía, y el 10 de julio se proclamaba Emperador al archiduque Fernando Maximiliano de Austria, cuyo reinado turbulento termina con su fusilamiento en Querétaro, mayo de 1867. Esta efímera monarquía significó dos series de sellos, ambas de 1866, con el mismo tipo de dibujo pero con la diferencia de que una es grabada y la otra litografiada, y ambas con valores de 7, 13, 25 y 50 centavos. La única distinción es que la primera dispone de dos sellos de 25 centavos, diferenciados por sus colores.

Restablecido el régimen republicano de nuevo en 1868, la efigie de Hidalgo está en los sellos, y a partir de 1879 figura otra gran personalidad, Benito Juárez.

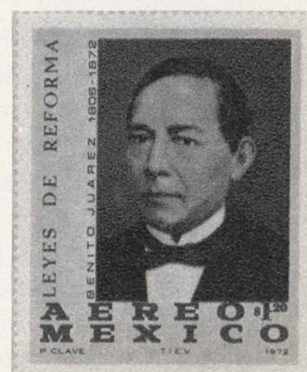
→

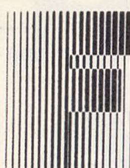












ilatelia





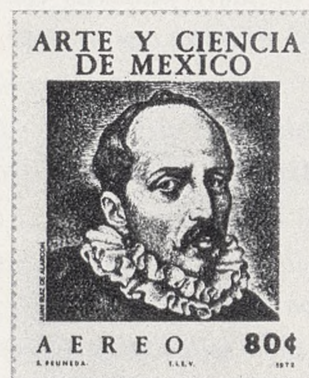
En cuanto al sello moderno mexicano, no hay duda de que las autoridades postales siguen una política filatélica de muy buen criterio, pues cada año se conmemoran el mayor número de acontecimientos o personalidades. Es norma general editar un solo sello por conmemoración. Además se busca que las tasas de porteo de cada sello conmemorativo sean casi siempre las más usuales.

México, que ha dedicado muchos sellos a su historia virreinal, aún no ha confeccionado uno solo en recuerdo de Hernán Cortés. En cambio, desde 1939 en que hizo una serie recordatoria del 400 aniversario del establecimiento de la primera imprenta en la Nueva España, ha realizado muchos efectos en relación con este período de la Historia de México, y así, se pueden mencionar: el 400 aniversario del Colegio Nacional de San Nicolás de Hidalgo; el 400 aniversario de la fundación de San Miguel de Allende; el sello en recuerdo del Conde de Revillagigedo; el 400 aniversario de la expedición a Filipinas de Miguel López de Legazpi y el principio de ese fabuloso viaje anual entre Manila y Acapulco que hacía la llamada Nao de Acapulco o Galeón de Manila; el sello de Andrés Manuel del Río, etcétera.

Pero de todas las emisiones de sellos mexicanos, hay una para mí de especialísima significación, y es la de 1947, recordatoria del centenario de las batallas de Chapultepec, Churubusco y Molino del Rey. En estas acciones y principalmente en la última, intervinieron heroicamente los cadetes del Colegio Militar, casi unos niños, pero que se portaron con todo honor y toda la gloria que significa el espíritu y la disciplina militar: hasta con la pérdida de sus vidas. Por ello, en los doce sellos de esta emisión figuran los caballeros cadetes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Juan Escutín, Agustín Melgar y Vicente Suárez, que ofrendaron sus jovencísimas vidas por el honor de la Patria mexicana. Así, unos pequeños trozos de débil papel son los testimonios de una recia actitud, de una forma de ser tan loable y tan noble, como es dar la vida por una causa justa y honorable.—L. M. L.

















SOCIOECONOMIA de la comunidad iberoamericana

RELACIONES ECONOMICAS MEXICO-ESPAÑA

LA democratización del régimen político español y la apertura de relaciones diplomáticas con los países socialistas del Este Europeo, hacen prever un pronto restablecimiento de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos de México. Son ya numerosas las declaraciones formuladas a uno u otro nivel que apuntan en este sentido, recogiendo un viejo deseo de proximidad y amistad entre nuestros pueblos.

La trascendencia de este hecho no se oculta a nadie. México es el primer país hispanoparlante, con una población de 62 millones de habitantes, con un notable desarrollo e influencia en el área iberoamericana y sobre todo con unas posibilidades de enriquecimiento mutuo en sus relaciones con España, no sólo en el terreno político sino también en el cultural, económico, técnico, etc.

Recientemente el Vicepresidente de la Cámara de Comercio Mexicana en España, don Fausto Gutiérrez, declaraba a la Agencia Cifra: «En el caso de que se estableciesen las relaciones económicas plenas entre México y España, el volumen de intercambio comercial entre ambos países se triplicaría con toda seguridad.»

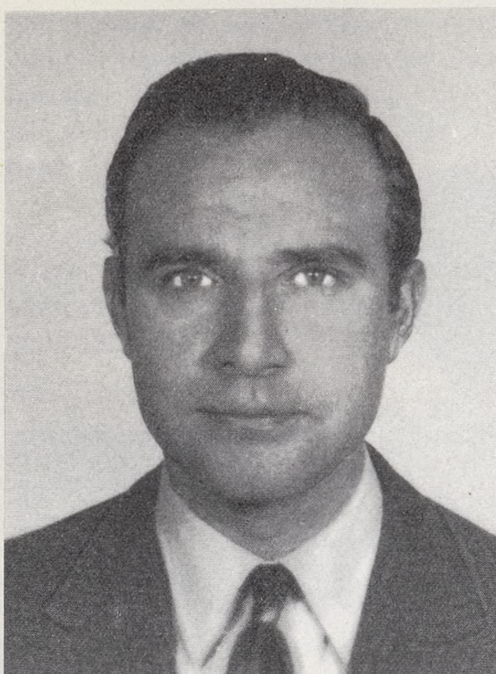
Este artículo pretende recoger en forma sintética cuáles son las relaciones económicas actualmente existentes y sugerir algunas cuestiones de cara al futuro.

Al objeto de enmarcar dicho estudio adecuadamente se recogen en primer lugar una serie de datos comparativos entre las economías de ambos países.

CARACTERISTICAS BASICAS DE LAS ECONOMIAS ESPAÑOLA Y MEXICANA

En el cuadro número 1 se presentan algunos datos comparativos que nos permiten una primera aproximación de tipo general.

Según se desprende de dichas cifras, España tiene un cierto adelanto relativo en lo que respecta al nivel de desarrollo alcanzado, con un producto «per cápita» que casi duplica al correspondiente a México. Otras diferencias notables hacen referencia a la mayor apertura relativa de la economía española cuyo comercio exterior se sitúa muy por encima del mexicano.



Don Fausto Gutiérrez, vicepresidente de la Cámara de Comercio Mexicano en España.

En contrapartida, la economía mexicana cuenta con mayores recursos de población y con las enormes posibilidades brindadas por su extensión geográfica.

En otro orden de cuestiones habría que mencionar ciertas características estructurales de la economía mexicana que la sitúan más próxima al llamado Tercer Mundo. Entre ellas puede mencionarse su espectacular crecimiento demográfico del 3,4 por ciento anual, su irregular desarrollo económico con un marcado dominio exterior norteamericano y sus espectaculares desajustes en la distribución de la renta y en general del crecimiento económico sectorial, regional, etc. España no está ausente de muchos de estos problemas aunque se presenten en forma más moderada.

Por ello, son comunes algunas de las manifestaciones como al desequilibrio interno de los precios y el de sus respectivas balanzas de pago, con su secuela de endeudamiento externo acumulativo.

Ambos países se encuentran, por tanto, ante una importante coyuntura después de haberse visto relativamente afectados por la crisis económica mundial. Por otra parte, sus posibilidades de incrementar sus relaciones económicas no se ven mermadas por la existencia de una notoria desigualdad que implique peligro alguno de dominación económica de uno u otro signo. Esto permite el abordar el tema sin prejuicios y con el convencimiento de que se trata de economías que pueden y deben complementarse mutuamente mediante la realización de un ambicioso programa de cooperación económica que en el presente momento no admite ya más demoras.

EL MARCO INSTITUCIONAL DE LAS RELACIONES ECONOMICAS HISPANO-MEXICANAS

En 1939 México rompió sus relaciones diplomáticas con España. Ello ha dado a las relaciones económicas entre los dos países un carácter especial, que pasamos a describir brevemente.

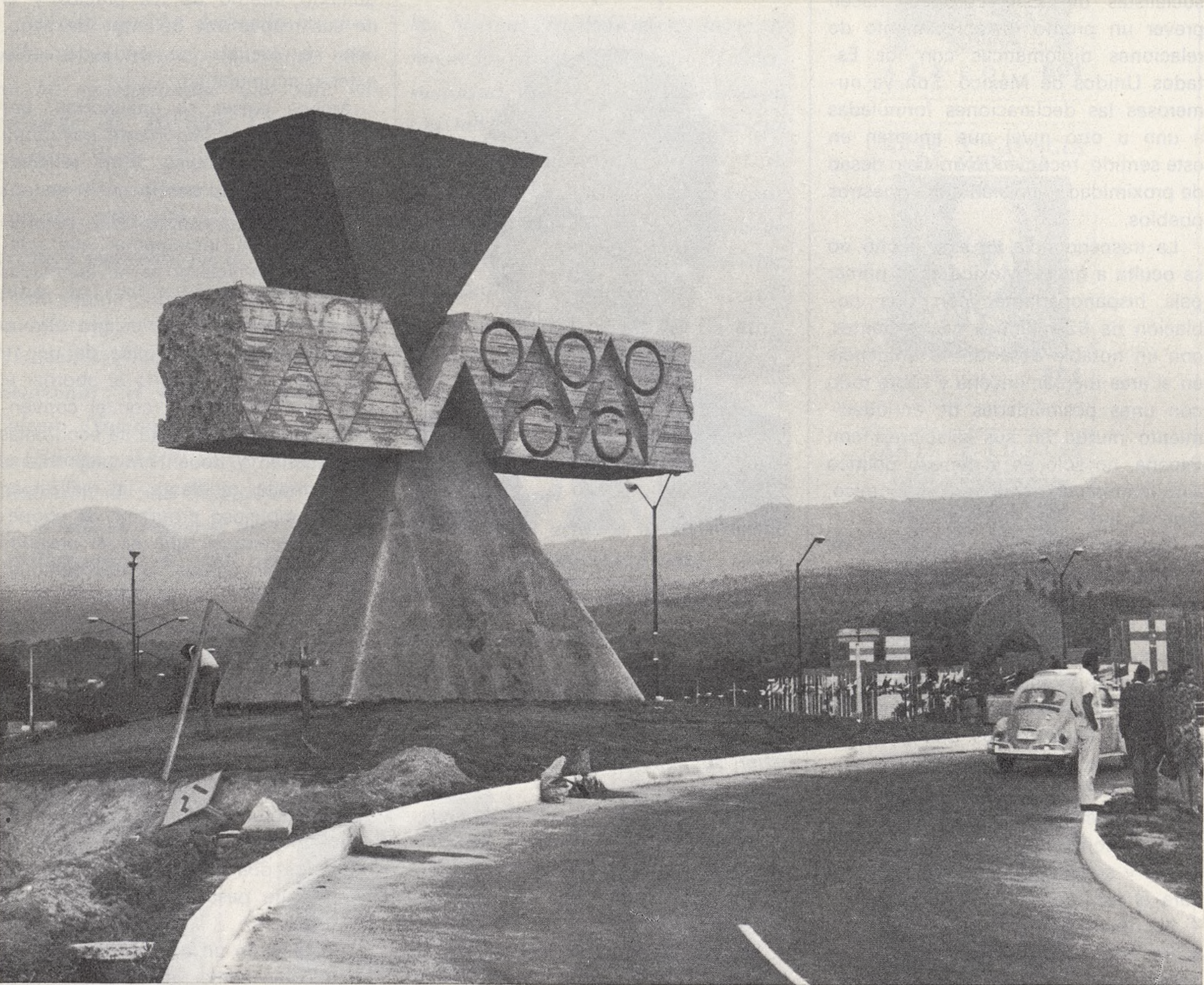
Después de un período de reducido intercambio comercial, el 21 de marzo de 1951 se firma el primer acuerdo de pagos entre dos entidades oficiales:

CUADRO NUMERO 1
Características económicas básicas de España y México

	España	México
Superficie (Km²)	504.750	1.972,546
Población (1976) (millones)	35,972	62,203
Tasa de crecimiento anual de la población (1976)	1,1 %	3,4 %
Producto interior bruto per cápita (1975) (en $)	2.605	1.307
Producto interior bruto (1975) (millones de $)	92.406	78.656
Producción sector primario (1975) (millones de $)	10.226	7.448
Producción industrial (1975) (millones de $)	33.614	28.190
Producción sector servicios (1975) (millones de $)	48.566	43.018
Exportaciones (1976) (millones de $)	8.360	4.030
Importaciones (1976) (millones de $)	17.164	6.280
Deuda externa (millones de $)	10.620 (oct. 1976)	25.000 (dic. 1976)
Reservas (diciembre 1975) (millones de $)	6.090	1.533
Variación de precios (nov. 1975-nov. 1976)	20,4 %	22,4 %

el Banco de México y el Instituto Español de Moneda Extranjera. Sin embargo el comercio mantuvo la misma tónica hasta 1961 año en que se firma un nuevo acuerdo tipo clearing, el cual no suponía un auténtico compromiso formal ya que las partes firmantes no tenían competencia para ello. En el decenio transcurrido entre la firma de los dos acuerdos, el saldo comercial es favorable a México, y los productos de intercambio principales fueron, la compra de garbanzo por parte de España y de vino español por parte de México. La suma de los intercambios en los dos sentidos no supera en ninguno de los años los 12 millones de dólares.

Desde 1961 hasta 1971 el valor de los intercambios pasó de 21 a 62 millones de dólares. Hasta 1967 el saldo comercial, excepción hecha



La obra de José M. Subirachs —este grupo escultórico en la Ruta de la Amistad simboliza la estima de los dos pueblos, español y mexicano. Las relaciones hispano-mexicanas pasan también por la economía.



La huella española en México ha quedado no sólo en el mestizaje, sino también en los monumentos y pueblos como en Jalostitellan en Jalisco. Los sectores productivos españoles tienen diversos proyectos de intercambio comercial a lo largo de este año.

de 1964, es favorable a México. A partir de ese año ha sido siempre favorable a España.

El 28 de mayo de 1971 se produce un cambio importante en el marco institucional de estas relaciones, al firmarse un acuerdo entre el Banco de México y el Banco de España-Instituto de Moneda Extranjera por el que se sustituye el sistema de pagos clearing hasta entonces adoptado, por un régimen de libre convertibilidad. Es decir en divisas libremente convertibles y transferibles.

Además se contemplan otras medidas importantes como son el compromiso de la gestión, por la parte firmante española, para la aplicación a las importaciones mexicanas a España del régimen de liberación comercial que España tenía en vigor con los países de la OCDE, y la potenciación de una más amplia cooperación en el campo financiero y técnico para la constitución de empresas mixtas.

Por último, a finales de octubre del pasado año visitó España una misión comercial mexicana presidida por el director del Instituto Mexicano de Comercio Exterior don Julio Faester. En esta ocasión y el día 27 del citado mes, se llegó a la firma de un Acuerdo a través del intercambio de cartas entre el Ministerio de Comercio español y el Instituto Mexicano de Comercio, que complementa y amplía el anterior Acuerdo firmado en 1971.

Por lo que a la política comercial española se refiere, hay que destacar que de los cuatro regímenes de importación vigentes en España: Comercio liberado, comercio globalizado, comercio de importación no liberado ni globalizado y comercio de Estado, los dos primeros sólo se aplican a las mercancías provenientes de países miembros o asimilados a la OCDE. El resto de países que no otorgan convertibilidad a sus medios de pagos con España se ven precisados a recurrir al régimen de comercio no liberalizado ni globalizado, sino bilateral, y firmar convenios bilaterales de pagos.

Este fue el caso de México hasta la firma del Acuerdo de 1971, en el cual se extiende a México el tratamiento establecido con los países da la OCDE.

Esta circunstancia no tenía por qué cumplirse siempre en la práctica dado que el convenio en cuestión estaba suscrito por entidades bancarias carentes de poder decisorio en materia comercial, por lo que el Acuerdo no implicaba una obligación formal por parte de las entidades españolas. Por otra parte el Ministerio de Comercio podía utilizar la obligatoriedad de presentar la declaración de importación como un auténtico permiso de importación.

España ya ha hecho efectivo el compromiso de conceder igual tra- →



En la exportación española a México hay que destacar los artículos de librería y productos de las artes gráficas. Luego destaca la maquinaria tanto eléctrica como mecánica. En la imagen, unos «grandes almacenes» mexicanos.

tamiento de las importaciones de México que el concedido a las procedentes de la OCDE. No obstante y en términos generales, la política comercial española en cierta manera ha tendido a favorecer el comercio con los países de mayor desarrollo, situación que se acentuaría en el futuro con los compromisos que deberá cumplir caso de concretarse el previsible acercamiento a la Comunidad Económica Europea (CEE).

EVOLUCION RECIENTE DEL COMERCIO HISPANO-MEXICANO

Ya queda citado en el anterior epígrafe cómo a partir de 1967 el saldo comercial es siempre favorable a España. Pasemos ahora a ver con detalle la evolución del comercio entre los dos países desde 1970 hasta la actualidad. En los cuadros 2 y 3 presentamos las exportaciones e importaciones españolas en su relación comercial con México, relacionadas por secciones según la nomenclatura de Bruselas.

Dentro de la tónica general, presentada por las exportaciones españolas a Iberoamérica, las cuales han pasado de suponer el 11,33 % del total de exportaciones españolas en 1970, a suponer tan sólo el 7,36 % en 1975, las exportaciones españolas a México han descendido en su participación sobre el total exportado en el período considerado, de cerca el 1,25 % aproximadamente el 0,8 %.

Las exportaciones españolas a México suponen, aproximadamente, el 1,5 % del total de las importaciones mexicanas.

Por lo que se refiere a las importaciones españolas de México, éstas suponen aproximadamente el 1 % de las exportaciones totales mexicanas.

Desde el punto de vista de España estas importaciones han pasado de suponer el 0,48 sobre el total de importaciones españolas en 1970, a suponer únicamente el 0,24 % en 1975.

Las importaciones españolas de Iberoamérica pasaron de comprender el 9,2 % en 1970 al 6,33 % en 1975.

Es decir se viene dando una continua pérdida de la participación del intercambio con México sobre el total del comercio español.

Como ya ha quedado citado el intercambio comercial se produce con un saldo favorable para España. La evolución de la tasa de cobertura es muy errática. Así alcanzó el valor máximo en 1968 con 337, descendió



México es el primer país hispanoparlante, con una población de sesenta y dos millones de habitantes, de notable desarrollo e influencia en el área iberoamericana y con grandes posibilidades de enriquecimiento mutuo en las relaciones con España. En la imagen «El caballito», obra de Tolsá, un rey español, Carlos IV, en el centro del México más moderno.

posteriormente hasta 132 en 1970 volviendo a subir a 263 en 1971 para ir descendiendo hasta 103 en 1974. En el año 1975 su valor se situó alrededor de 200.

Por productos, en la exportación española, hay que destacar los artículos de librería y productos de las artes gráficas, que forman parte de la sección X, los cuales a partir de 1972 se han situado por encima de los mil millones de pesetas y aunque a partir de este año, que fue cuando alcanzaron su valor superior, han ido descendiendo, hay que señalar que para los nueve primeros meses de 1976 habían alcanzado ya, una cifra superior a los mil cien millones de pesetas igualando el valor correspondiente a 1975.

A continuación destacan la maquinaria tanto mecánica como eléctrica (sección XVI), que entre los meses de enero y septiembre de 1976 sumó un valor aproximado al alcanzado en el total del año anterior; el material de transporte (sección XVIII) que se mantiene en cotas elevadas, pero que como observamos vienen descendiendo de una manera continua desde 1972. Ello es debido a que la exportación de barcos y material de la industria naval ha llegado a ser nulo en estos últimos años, después de unas fuertes exportaciones en 1971, 1972 y 1973. Mientras tanto el capítulo correspondiente a esta sección cual es el de exportaciones de vehículos automóviles, tractores, velocípedos, etc. se mantiene en estos últimos años en un valor cercano a los 400 millones de pesetas.

También hay que destacar las exportaciones de productos de las industrias químicas (sección III), metales comunes y manufacturas de los mismos (sección XV) y la de productos de las industrias alimenticias (sección IV).

Por lo que a las importaciones españolas procedentes de México se refiere, hay que destacar sobre todas la importación de productos del reino vegetal, que en 1975 supusieron el 51,5 % del total y desde enero a septiembre de 1976 han supuesto una participación superior a 75 %. Entre estos productos del reino vegetal hay que destacar las importaciones de garbanzos y de café sin tostar. Otros productos a destacar son: las materias textiles y sus manufacturas (sección XV) cuya parte más importante la ocupa la importación de algodón, aunque ésta ha descendido de una manera sensible en los dos últimos años; artículos de librería (sección X) y productos alimenticios (sección IV).



A finales de octubre del pasado año visitó España una misión comercial presidida por el director del Instituto Mexicano de Comercio Exterior don Julio Faester. En la sede del ministerio de Comercio se firmó un acuerdo hispano-mexicano complementario del vigente desde 1971.

CUADRO 2.—Exportaciones españolas a México (en miles de pesetas)

Secciones	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976*
I. Animales vivos y productos del reino animal	4.629	946	2.413	4	2.024	606	1.165
II. Productos del reino vegetal	58.421	42.581	63.209	73.690	129.237	57.105	56.326
III. Grasas y aceites	3.704	7.683	6.479	10.186	54.919	7.114	14.630
IV. Productos alimenticios	32.663	48.774	69.660	94.202	128.332	63.178	106.004
V. Productos minerales	—	59	—	—	6.683	—	—
VI. Productos químicos	62.265	69.453	79.191	133.136	184.059	144.155	179.347
VII. Materias plásticas artificiales	10.573	30.749	81.356	3.858	23.085	23.845	5.429
IX. Madera, corcho y sus manufacturas	4.296	10.064	9.103	17.071	24.491	8.186	11.300
X. Papel y sus manufacturas	587.595	984.412	1.585.913	1.431.575	1.357.514	1.368.891	1.164.455
XI. Materias textiles y sus manufacturas	17.100	18.580	12.437	32.095	58.762	19.126	22.883
XIII. Manufacturas de piedras, cemento, productos cerámicos, etc.	11.102	9.578	10.842	18.798	32.272	29.243	30.952
XIV. Piedras y metales preciosos	8.423	8.257	13.377	13.570	13.751	13.566	7.043
XV. Metales comunes y sus manufacturas	506.911	664.269	525.089	196.868	116.120	290.808	147.311
XVI. Máquinas y aparatos mecánicos y eléctricos	648.392	691.720	703.377	560.631	910.514	1.067.380	1.061.087
XVII. Material de transporte	63.190	552.033	756.699	541.956	380.850	383.927	262.443
XVIII. Instrumentos y aparatos óptica	5.924	23.598	27.762	98.571	63.696	18.971	13.330
Resto secciones VIII, XII, XIX, XX, XXI	34.397	10.544	29.648	35.539	44.560	48.339	16.496
TOTAL	2.060.305	3.173.300	3.976.557	3.256.556	3.530.870	3.449.484	3.136.175

(*) enero-septiembre. Fuente: Dirección General de Aduanas.

CUADRO 3.—Importaciones españolas de México (en miles de pesetas)

Secciones	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976*
I. Animales vivos y productos del reino animal	3.746	34.603	53.032	4.128	147.293	3.520	1.011
II. Productos del reino vegetal	577.453	586.998	979.343	1.111.107	1.136.423	1.124.148	1.152.464
III. Grasas y aceites (animales y vegetales)	1.688	1.109	2.938	2.506	41.553	6.983	34.732
IV. Productos alimenticios	147.662	178.501	285.140	205.496	282.022	240.393	64.677
V. Productos minerales	171	—	8.643	156	777.972	323.341	213
VI. Productos químicos	46.615	21.898	14.288	35.015	36.865	59.737	18.882
VIII. Pieles, cueros y sus manufacturas	24.466	13.921	8.440	709	11.402	8.791	14.158
IX. Madera, corcho y sus manufacturas	454	2.334	3.344	4.672	45.453	31.450	16.799
X. Papel y sus manufacturas	75.921	62.044	50.970	77.630	110.884	106.750	74.269
XI. Materias textiles y sus manufacturas	629.234	55.358	56.486	227.415	686.705	218.637	79.907
XIV. Piedras y metales preciosos	41.262	212.017	208.705	98.429	18.878	4.122	519
XV. Metales comunes y sus manufacturas	7.049	26.505	14.586	90.858	132.987	32.126	25.026
XXI. Objetos de arte	471	404	171	2.091	17.417	2.494	2.985
Restos secciones VII, XII, XIII, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX	5.678	8.069	21.477	54.994	31.683	19.459	20.906
TOTAL	1.561.869	1.203.701	1.707.564	1.915.207	3.477.537	2.181.951	1.506.628

(*) enero-septiembre. Fuente: Dirección General de Aduanas.

ORGANISMOS MEXICANOS EN ESPAÑA

TURISMO DE MEXICO
Velázquez, 126
MADRID

INSTITUTO MEXICANO DE COMERCIO EXTERIOR
Basílica, 19-6.º
MADRID

AEROMEXICO
Torre de Madrid, 6.ª planta
MADRID

CAMARA MEXICANA DE COMERCIO E INDUSTRIA EN ESPAÑA
San Agustín, 2-4.º
MADRID

PERSPECTIVAS EN LAS RELACIONES ECONOMICAS HISPANO-MEXICANAS

De cara al futuro se pueden establecer algunas líneas de acción previsiblemente apropiadas.

España en el terreno de la tecnología puede ofrecer una aportación más acorde con las necesidades de un desarrollo equilibrado, perseguido en México como en la casi totalidad de los países iberoamericanos vía sustitución de importaciones, que la tecnología procedente de los países industrializados como Estados Unidos, Japón y países de la Europa Occidental, tecnología ésta que por su alta relación capital/trabajo supondría un acrecentamiento de la ya fuerte dependencia exterior mexicana.

Los sectores donde esta aportación española puede ser más importante son la industria de la construcción naval, la pesca y el turismo, actividades en las que España tiene probada experiencia y México amplias posibilidades de explotación. Otros sectores podrían ser los de la industria químico-farmacéutica, maquinaria y fabricación de piezas para la industria de la automoción.

Es también de interés para España la constitución de empresas mixtas que aseguren a nuestro país el aprovisionamiento a largo plazo de productos alimenticios y de materias primas, entre las que habría que resaltar el petróleo, producto del que México es reciente exportador.

Hasta 1973 el total de las inversiones españolas en países de Iberoamérica autorizadas por el gobierno ascendieron a 78,557 millones de dólares. México fue el país al que le correspondió una parte superior de esa inversión, totalizando 17,754 millones. Es lógico suponer que con el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y con al incentivo que supondría la existencia de representaciones oficiales españoles en México estas inversiones aumentarán de una manera considerable.

Hay que destacar aquí la importancia de la ya citada visita de una misión comercial mexicana a España durante el pasado mes de octubre.

En el Acuerdo firmado en esa ocasión se contempla el intercambio de información de forma regular entre el Ministerio de Comercio español y el Instituto Mexicano de Comercio sobre las perspectivas comerciales que ofrecen los mercados de ambos países. Un aspecto nuevo de gran importancia lo constituye la cooperación futura en la preparación técnica en España de funcionarios y técnicos mexicanos. Se proyectó asimismo animar la actividad del Comité Empresarial-Hispano-Mexicano, y revitalizar la labor que desarrollan los Comités permanentes de trabajo México-España. Estos Comités funcionan en México y Madrid, y fueron creados en mayo de 1974 con el propósito de impulsar las relaciones económicas entre los dos países.

Por otra parte México tiene el propósito de organizar en España, en el curso del presente año, una feria de muestras junto a la celebración de varias semanas en grandes centros comerciales. También España tiene la intención de organizar en México una feria monográfica de bienes de equipo.

A continuación citamos aquellos sectores productivos españoles que tienen proyectado visitar México en 1977:

— Libros (editores y gráficos)
— Herramientas para máquinas-herramientas
— Maquinaria agrícola y forestal
— Maquinaria textil
— Maquinaria para la industria siderúrgica
— Componentes electrónicos
— Industria auxiliar de la construcción naval
— Ingeniería
— Construcción

La última misión comercial que visitó Madrid y Barcelona durante octubre de 1976 es una de las más importantes que han acudido a nuestro país, tanto por las personas que la han compuesto, como por los objetivos perseguidos por la misma ante la prometedora coyuntura que se prevé entre las relaciones entre los dos países. El Acuerdo firmado es el primero que se firma en el Ministerio de Comercio, y se ha considerado que es el paso previo para la formalización de un futuro Convenio Comercial.

NOTICIAS BREVES

IBEROAMERICA. RESERVAS

Las estadísticas del Fondo Monetario Internacional (FMI) señalan que las reservas monetarias de los países iberoamericanos aumentaron en más de mil millones de dólares durante el tercer trimestre de 1976.

Las reservas de los países latinoamericanos con excepción de Venezuela, pasaron de 9.557 millones de derechos especiales de giro a finales de junio a 10.332 millones de DEG al final del mes de septiembre.

Este aumento de reservas se debió principalmente a Brasil cuyos haberes pasaron de 3.242 millones a 3.967 millones. Igualmente se registró un aumento de reservas en Argentina, →

Colombia, Chile y Bolivia. Por el contrario disminuyeron las de Ecuador, Guatemala y Uruguay. El FMI no proporcionó datos sobre México, país que padece graves dificultades financieras desde el último verano.

ARGENTINA

En el discurso pronunciado por el Ministro de Economía argentino Martínez de la Hoz éste señaló tres logros que estimó fueron los más importantes de su gestión en 1976. Estos son: el saldo positivo de 850 millones de dólares en la balanza comercial (en 1975 el saldo de la misma había sido negativo), el superávit de 500 millones de dólares en la balanza de pagos y el nivel de las reservas de divisas que alcanzaron dos mil millones de dólares. Estas cifras, sin embargo, parece deberán soportar en 1977 duras pruebas. Entre ellas la caída del precio internacional del trigo que incidirá en los tres puntos mencionados por el Ministro, los intereses de la deuda externa Argentina y los costos de las importaciones.

En suma, el balance del año económico argentino de 1976 y las predicciones para 1977, oscilan entre el optimismo del Ministro de Hacienda y el pesimismo de ciertos sectores productivos, como los industriales que producen para el mercado interno, y los asalariados.

El año 1977 comenzó en Argentina con una nueva escalada en los precios de los artículos de primera necesidad. El alza más espectacular fue el del precio de la carne vacuna, alimento tradicional del país, el cual superó en algunos casos el 50%. El pan también vio incrementado su valor en un 13,6 por ciento. Los productos farmacéuticos, cuyos precios el gobierno había mantenido congelados hasta ahora, se elevaron en un 11,80 por ciento. Asimismo fueron incrementados los alquileres de viviendas en un 12,5 por ciento. Igualmente han subido los precios de otros artículos como leche, verduras, electricidad, teléfonos, transportes, combustibles, etc.

Todos estos aumentos han neutralizado ya el aumento salarial del 20% que fue otorgado por el gobierno a los trabajadores a partir del 1 de enero.

BOLIVIA

Bolivia se ha negado a ratificar el quinto convenio internacional del estaño, en el seno del Consejo internacional del estaño (CIE), por no estar de acuerdo con el precio mínimo señalado en ese máximo organismo internacional. El aumento de este precio mínimo supone un aumento del 7,5 por ciento en relación al precio anterior. El gobierno militar boliviano entregó un comunicado oficial en el que señala que pedían un incremento del 15 por ciento en relación con los precios de enero de 75.

Si el 30 de junio de 1977 la posición de Bolivia no encuentra mayor comprensión en el seno de los países consumidores, el quinto Convenio quedaría invalidado.

Los países productores de estaño (Malasia, Indonesia, Bolivia y Australia) participan en el seno del CIE juntamente con las naciones consumidoras.

BRASIL

El Ministro Brasileño de Hacienda señaló como objetivos principales de la política económica del Gobierno en 1977 la lucha contra la inflación y la reducción del déficit de la balanza de pagos.

Refiriéndose a la deuda externa del país, que en diciembre suponía 27.000 millones de dólares, el Ministro señaló que este es un nivel razonable. Agregó que en 1976 ingresaron en Brasil capitales extranjeros para inversiones en distintos sectores de la economía por valor de 1.000 millones de dólares mientras que los financiamientos y empréstitos del mismo origen, en dicho período, totalizaron 5.000 millones de dólares.

La balanza Comercial brasileña registró en 1976 un déficit de 2.300 millones de dólares contra 3.498 millones en el año anterior y el déficit de la balanza de pagos se elevó a 6.000 millones de dólares, frente a 6.711 millones en 1975. El producto interno bruto creció 8 por ciento en 1976, con la producción industrial aumentando en 10,5 por ciento y la agrícola en 4 por ciento. Por último la inflación fue del 46% en 1976.

CHILE

Los países pertenecientes al Pacto Andino han acordado la permanencia de Chile en la Corporación Andina de Fomento (CAF) bajo un status especial. Este status debe ser fijado por el Directorio de la CAF en su próxima reunión que se celebrará en Quito en el mes de marzo. El ministro peruano afirmó que los pedidos que haga Chile para obtener un crédito, previamente tienen que ser revisados en reuniones del Directorio.

El ministro peruano señaló también que el status especial, originado por el retiro de Chile del acuerdo de Cartagena, fue aprobado con los votos de Bolivia, Colombia, Perú y Venezuela, la abstención de Ecuador y el voto en contra de Chile.

MEXICO

El nuevo presidente de México, José López Portillo ha estimado en 2 años el tiempo necesario para superar la crisis en la que entró el país desde septiembre pasado a raíz de la devaluación de su moneda. El Gobierno considera favorable los signos que al inicio de 1977 se manifiestan en la Banca, el turismo y la economía en general. Por otra parte, el Gobierno se manifiesta también satisfecho de la flotación del peso y, por tanto, piensa mantenerla por tiempo indefinido. La nueva paridad (alrededor de 20 pesos por dolar contra 12,50 hasta agosto pasado) refleja por sí sola la importancia de la devaluación.

También se considera en medios oficiales que el problema de la deuda pública exterior podrá irse reduciendo desde ahora sin necesidad de recurrir a soluciones drásticas pese a su impresionante monto de 20 mil millones de dólares. Por concepto de amortización e interés de la deuda, México desembolsará este año 4.400 millones de dólares y al mismo tiempo, calcula obtener en 1977 nuevos créditos por valor de 3.000 millones.

Por otra parte el costo de la vida en México se ha elevado un 117,40 por ciento en los últimos años, según estudios revelados hay aquí por la Federación Panamericana de Ingeniería Económica y Costos. El informe precisa que tan sólo entre agosto de 1976 y enero de este año, el incremento llega al 26 por ciento.

Los sectores de la educación privada, el vestido y la alimentación han experimentado entre 1973 y 77 un aumento del 216 y 192,73 y 144,24% respectivamente.

La producción petrolera mexicana se sitúa en 1976 en el segundo lugar entre las de los países productores de petróleo iberoamericanos. Esta producción ascendió a 45.690.000 toneladas, lo que ha supuesto un crecimiento del 10,3% respecto de la producción del año 1975.—■

TECNOLOGIA y CIENCIA

El doctor Trueta, un genio de la traumatología

Su método para curar las heridas de guerra le dio fama universal

EL pasado 19 de enero murió en su Barcelona natal José Trueta Raspall, médico ilustre, catalán notable y español universal. Su vida estuvo estrechamente ligada a la reciente historia ya que por sus especiales conocimientos como traumatólogo y cirujano ha tenido destacada intervención en las últimas confrontaciones bélicas. Como inventor de un revolucionario método, cual nuevo Ambrosio Paré, salvó muchas vidas y ahorró amputaciones innecesarias ya que la rapidez con que debe de actuar y decidir el cirujano en el frente de combate da especial importancia a las medidas tomadas en esos momentos.

El doctor Trueta nació en Barcelona el 27 de octubre de 1897. A los diecinueve años comienza la carrera de Medicina en Barcelona y obtiene el doctorado en 1922. Asistente y ayudante del célebre doctor Corachan, junto a él adquirió gran experiencia quirúrgica. Pasó después a ser profesor de la Facultad de Medicina como profesor auxiliar de Patología Quirúrgica y en 1935 se le nombra director de Cirugía del Hospital de la Santa Cruz y de San Pablo de Barcelona. La guerra civil española le ofrece una impresionante ocasión de perfeccionar su sistema de lucha contra la osteomielitis. Durante toda la contienda vivió en Barcelona investigando y practicando lo que más tarde se llamaría «el método Trueta». Los frentes de batalla y los bombardeos masivos de la ciudad le permitieron ensayar sobre los heridos su nueva técnica llegando a realizar hasta 34 operaciones quirúrgicas en un solo día. En plena guerra europea llegaría a sobrepasar su récord: 35 operaciones en un día.

Terminada la guerra española fue invitado por una comisión de médicos ingleses a exponer su método. Y llega a la Universidad de Oxford el 4 de septiembre de 1939, al día siguiente de la entrada de la Gran Bretaña en la contienda mundial. Ya no se movió de allí hasta su jubilación, enseñando sus métodos de tratamiento y escayolando de heridas de guerra a grupos de oficiales del ejército. Primeramente fue asesor de Cirugía de Guerra del Ministerio de Sanidad Inglés y posteriormente catedrático de Ortopedia y Traumatología de la Universidad de Oxford durante diecisiete años. El llamado «método Trueta» es un tratamiento de las heridas de los miembros llamadas por su origen heridas de guerra y que es igualmente aplicable a las heridas de tráfico e industriales. Es un método simple que puede realizarse con pocos medios quirúrgicos y consiste en los siguientes pasos: Primeramente se hace una limpieza cuidadosa de la herida con cepillo estéril y agua jabonosa. A continuación hay que cortar con bisturí y pinzas todos los bordes machacados de la herida, sacar todos los cuerpos extraños y cortar todos aquellos trozos de músculo lacerado y con mala circulación sanguínea. La herida se deja abierta llenándola completamente con tiras de lino estéril, absorbentes y de poros pequeños que evita la colección de líquido y que la cicatrización de la herida penetre en la gasa. Por último se reduce la fractura si la hay y se inmoviliza en un vendaje cerrado de escayola. Este método ha salvado muchas vidas y miembros del cuerpo evitando amputaciones. Se desarrolló antes de la existencia de los antibióticos y la aparición de éstos, en contra de lo que pudo parecer en un principio, no quitó importancia al tratamiento como ha sido demostrado estadísticamente en la guerra de Vietnam.



DOCTOR JOSE TRUETA

Por la importancia de sus descubrimientos Trueta ha sido propuesto en varias ocasiones para el Nobel de Medicina, aunque la Institución sueca no llegó a concedérselo. Sin embargo fue nombrado doctor Honoris Causa por las Universidades de Buenos Aires. Oxford, Gottembrugo, Río de Janeiro y recientemente de la Universidad Autónoma de Barcelona. Además era miembro honorífico de las más importantes instituciones mundiales de traumatología y ortopedia. Pocos días antes de fallecer, el doctor Trueta recibía por encargo de el Rey de España, don Juan Carlos, la Gran Cruz de Carlos III.

Autor de numerosos libros entre los que destacan: «A handbook of Poliomyelitis», «Estructura del cuerpo humano», «Fundamentos y práctica de la cirugía de Guerra», «Atlas de Cirugía Traumática», etc., personalmente hubiera preferido ser más conocido, no por sus éxitos en relación con la Guerra, sino por sus descubrimientos sobre la estructura y formación del tejido óseo.—Doctor Agustín VALBUENA.

La Fundación Jiménez Díaz

- *Más de doscientos médicos trabajan en la Clínica de la Concepción en casi cuarenta especialidades*
- *El Departamento de Metabolismo, Nutrición y Hormonas ha recibido varias distinciones internacionales*

MAS de doscientos profesionales de las ciencias médicas trabajan en la Clínica de la Concepción, dependiente de la Fundación Jiménez Díaz. Otros tantos residentes, becarios y asistentes colaboran con ellos. Licenciados en química, farmacia, peritos industriales... más de un millar de personas dedicadas a tareas auxiliares. Tal es el potencial humano de una institución de avanzada en el estudio científico de los problemas de la salud. Hemos visitado la clínica y, para conocer algo de su historia y de su presente conversamos con el director, doctor José Perianes Carro.

«La Fundación fue una meta perseguida por el profesor Jiménez Díaz —relata— quien toda su vida luchó

→

por la existencia de una clínica que dispusiera de los medios necesarios para hacer investigación médica de vanguardia; en la que se pudieran ofrecer, a los enfermos, condiciones óptimas de tratamiento». El doctor Perianes Carro reconstruye aquellos días en que el profesor Jiménez Díaz era catedrático en la Universidad de Madrid («creo que fue por el año 1927») y



La actual Clínica de la Concepción tuvo su germen en el patronato de Amigos de la Fundación «Jiménez Díaz», integrado, en su mayor parte, por compañeros de carrera de don Carlos Jiménez Díaz.

funcionaba, asociado a la Facultad de Medicina, un instituto de investigación. Pero la Fundación debía aspirar a metas más ambiciosas. Era preciso cubrir una parte muy importante de la investigación médica en España. Para ello, debía reunirse un equipo de profesionales altamente especializados. La idea propuesta logró adeptos que formaron el Patronato de Amigos de la Fundación Jiménez Díaz. Ellos financiaron lo que era el germen de la actual Clínica de la Concepción.

Eran otros tiempos. Hoy, con el aumento del coste de la medicina —explica— hemos debido recurrir a otros medios de financiación. Aquella filantropía ya casi no existe. En la conversación se deslizan nombres y recuerdos:

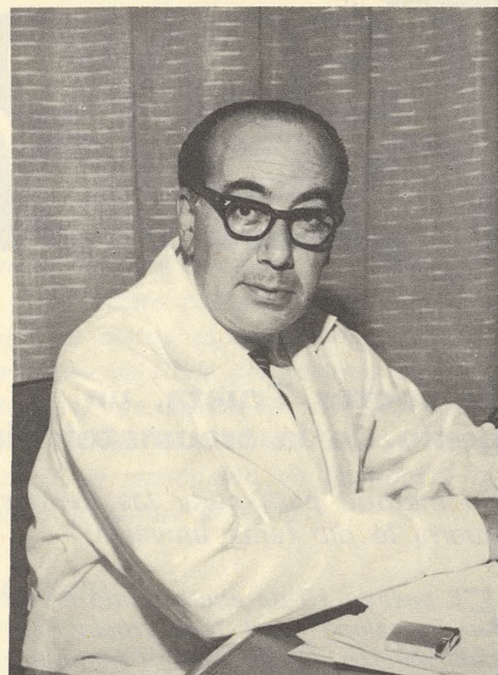
«Es posible que me olvide de muchos de ellos... los doctores, Barreda, Vivanco, Eloy López García, Arjona, Castro Mendoza, Morales Pleguezuelo. Fueron muchísimos los que apoyaron la idea de don Carlos. Muchas de estas personas, como el doctor Moyena, habían sido sus compañeros de carrera. También participaron de una manera muy activa los doctores Marina y González Bueno.

—¿Cuál es el potencial actual de la Fundación?

—Me es difícil precisar exactamente cuántos investigadores hay en el momento actual. Tenga en cuenta que existen casi cuarenta departamentos. Por nombrar a algunos, mencionaré a los de bioquímica y medicina nuclear. Hay grupos de metabolismo, nutrición y hormonas, microbiología e inmunología, en los que se desarrolla investigación de avanzada. Anatomía patológica, genética y hematología; endocrinología, alergia, aparato respiratorio. Casi todos los campos de la medicina actual y sus problemas más acuciantes son atendidos en la Clínica.

—¿Cuáles son las líneas de investigación a las que se concede mayor importancia?

—Sería excesivo nombrarlas a todas ya que cada departamento lleva a cabo estudios en su temática correspondiente. A modo de ejemplo, el Departamento de Metabolismo, Nutrición y Hormonas ha recibido varias distinciones internacionales. El estudio del comportamiento hormonal bajo determinados estímulos constituye un tema de investigación extraordinariamente importante. Se realizan, además, trabajos sobre aspectos inmunológicos que están en la máxima actualidad. Estos se refieren a problemas de inmunidad humoral, celular, etc. Se hace,



Doctor Perianes Carro: «Las relaciones con los países de habla hispánica han sido siempre extraordinariamente estrechas».

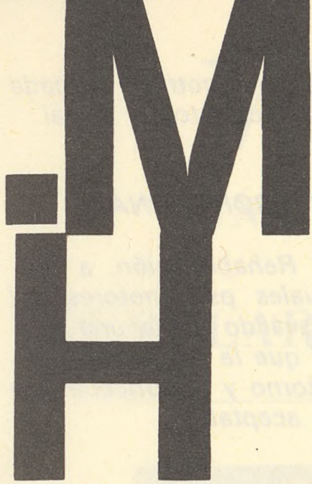
pues, investigación básica pero al mismo tiempo se cuida la investigación de tipo clínico; la llamada «ciencia clínica», que tiene gran importancia como ciencia aplicada al padecimiento de las personas.

—Hemos visto muchos estudiantes en la Clínica ¿Puede hablarnos algo acerca de ello?

—Con agrado. Es importante mencionar la actividad docente de la Fundación. Esta es doble. Por una parte, pertenece a la Universidad Autónoma de Madrid. En esta Universidad se imparten los cursos clínicos. Los estudiantes deben integrarse en la Fundación durante los cursos IV, V y VI. Aquí se les dan las clases teóricas y realizan sus prácticas. Por otro lado, la Fundación tiene organizado un sistema de residencias para graduados. La residencia es extraordinariamente importante porque constituye una manera de contribuir a la formación de las nuevas generaciones médicas. Este sistema de residencias ha tenido gran atracción entre los médicos jóvenes. Baste decir que en el último octubre se presentaron 650 solicitudes para cubrir 48 plazas.

—¿Cuál es el grado de desarrollo relativo de los grupos científicos de la Fundación respecto a los de otros países europeos?

—Es difícil medirlo. No cabe duda de que España tiene todavía mucho que andar en cuanto a todo tipo de investigación se refiere. Nosotros tratamos de acercarnos a los centros que tienen más prestigio en el mundo, sobre todo en Europa y USA. Por eso gran parte de nuestros médicos enriquecen su formación con estancias en universidades y laboratorios extranjeros. La esposa de don Carlos estableció una Fundación específicamente para becar estudiantes en el extranjero y en España. Este sistema de becas es insufi-



ciente, pero contribuye a paliar una necesidad sumamente importante. Tenemos intercambio con otros países. La colaboración con Inglaterra y USA se realiza a través de amistades con quienes dirigen centros o laboratorios. Gran parte de esta colaboración se establece porque muchas de estas personas vienen a la clínica, hablan con nosotros y además dan conferencias en las que se discuten problemas científicos..

—¿Se mantienen relaciones con investigadores o institutos de países de habla hispánica?

—Las relaciones con los países de habla hispánica han sido siempre extraordinariamente estrechas. Esta relación se mantiene sobre todo a través de estudiantes de sudamérica que vienen a trabajar con nosotros. Hay un gran plantel de médicos actualmente formados en esta escuela que hoy desarrollan sus actividades en los puestos más altos de la investigación y la docencia en Hispanoamérica. A través del Instituto de Cultura Hispánica, de la Dirección General de Sanidad y otras veces por relaciones directas con hospitales latinoamericanos, muchos graduados vienen a trabajar con nosotros sobre determinados temas. La mayoría de estos estudiantes son personas con una magnífica formación y sobre todo, acaban uniéndose al espíritu de la Fundación. Todos los años recibimos cartas de personas que han trabajado con nosotros, animándonos y recordando los tiempos que pasaron en España.—Mario ALBORNOZ.

Psicomotricidad y medicina rehabilitadora

Por el Dr. Ricardo Hernández Gómez

RECIENTEMENTE se ha celebrado en la Universidad Libre de Bruselas el Congreso Internacional de Psicomotricidad. Tuvimos el honor de ser invitados al mismo, participando con el tema «Psicomotricidad y rehabilitación». Parece indicado, en primer lugar, justificar el por qué propusimos el tema enunciado. «Rehabilitación» es el nombre que se da a la situación sociológica por la cual la comunidad humana acepta en su seno, por primera vez en la historia, a todos aquellos seres inmersos en una situación de minusvalía. «Medicina rehabilitadora» no es sino el conjunto de normas mediante las cuales la Medicina ofrece su colaboración en esta misión sociológica. La Rehabilitación es, por tanto, misión de muchos: economistas, sociólogos, psicólogos, juristas, arquitectos y, por supuesto, médicos, que reciben el nombre de «rehabilitadores».

Cada uno de los miembros de este gigantesco equipo actúa con total independencia personal, pero sus esfuerzos están sometidos a un imperativo común: el bienestar de cada minusválido y su estabilidad ante la vida. De cada minusválido, decimos; y ello significa que no caben los distingos entre sujetos que ven alterada su personalidad en un sentido preferentemente somático, como los ciegos o los amputados, preferentemente mental, como sucede con los oligofrénicos o, como es tan frecuente, con alteraciones de carácter mixto, y sirvan de ejemplo en este último grupo los hasta ahora tan mal orientados paralíticos cerebrales.

Uno de los aspectos que permite que la personalidad de cada ser humano se vierta al exterior es la psicomotricidad. De aquí la importancia de conocer la mecánica psicomotora en situaciones de normalidad y de orientar en sentido favorable su desenvolvimiento en situaciones de minusvalía por parte del médico rehabilitador. Tan es así que resulta fácil definir cada aspecto parcial dentro del gran complejo al que denominamos «rehabilitación» en función de los factores de psicomotricidad. Tanto más en lo que se refiere a Medicina rehabilitadora, por su engarce en el interior de las más genuinas funciones biológicas. Este intento de definición es el que hemos presentado en el trabajo que leímos en el Congreso de Bruselas.

Se impone, antes de seguir adelante, dejar sentado el concepto de lo que entendemos por psicomotricidad. Una definición muy extendida es la de «conjunto de funciones del aparato locomotor que tienden a la orientación en el espacio». A mí me parece más exacto y, sobre todo, más completo, decir que psicomotricidad es «la aptitud biológica que permite al ser humano engranar los fenómenos ideativos con los fenómenos manifestativos de manera recíproca y constante». Llamamos fenómenos ideativos a los derivados de la acción espiritual o noológica, que tiene su base en la función coordinada de las grandes neuronas superiores y fenómenos manifestativos a los que permiten la expresión al exterior del mandato elaborado, es decir, a la acción de las manos, al lenguaje, a la mímica, a la expresión corporal.

La importancia de esta concepción de la psicomotricidad se halla, seguramente, en este matiz de influencia recíproca y constante entre lo ideativo y lo manifestativo. El recién nacido produce actos primitivos, automáticos, aparentemente sin sentido que, sin embargo, estimulan las neuronas corticales y las obligan a entrar en acción, unas con otras, lo que es la clave de la inteligencia, y hacia el exterior, dominando y perfeccionando las acciones manifestativas. A su vez, pueden ser reguladas y tipificadas acciones sobre los estratos manifestativos que enriquezcan los contenidos neuronales, como complemento de las acciones, admitidas desde antiguo que, actuando sobre los estratos noológicos neuronales, afinen y perfeccionen los actos de expresión y situación en el mundo.

Hay, por tanto, una forma de actuar sobre la psicomotricidad de cada individuo influyendo de dentro hacia afuera, pero existe otra forma casi tan importante de actuar sobre la misma que consiste en actuar desde fuera hacia adentro. Con estas aclaraciones, forzadamente elementales, creemos poder iniciar la definición de los aspectos rehabilitadores más interesantes en función de las aptitudes psicomotoras del ser humano. Que son, no lo olvidemos, susceptibles de ser orientadas y mejoradas a través de técnicas que todavía están empezando a ser descubiertas.

MEDICINA REHABILITADORA

Queda dicho que, de modo general, consiste en la especialidad médica cuyo sujeto de actuación es el individuo minusválido y cuya patología se limita al estudio de las diferentes situaciones de minusvalía, una vez establecidas y con independencia de la causa que las motivó. Como cualquier otra especialidad médica cuenta con técnicas propias de diagnóstico, pronóstico y tratamiento, si bien referidas al engarce del individuo con su entorno y no solamente a aquél como elemento aislado. Trasladando todo ello a la vertiente psicomotora, cabría una definición de Medicina rehabilitadora similar a la siguiente: Forma de Medicina que intenta conseguir, a la vez, la estimulación psicológica y la estimulación neurocinesiológica (*) de la estructura personalística de cada sujeto, procurando además canalizar en un sentido social los logros psicomotores alcanzados.

CINESITERAPIA

Especialidad paramédica de Rehabilitación que actúa sobre las estruc-

** Neurocinesiología. No puede haber en nuestro concepto, ciencia que estudie el movimiento si a la vez no se analizan las causas neurológicas que lo gobiernan.*

→

turas más internas de la personalidad de cada minusválido mediante el control de determinadas acciones de psicomotricidad, ejercido sobre las simples manifestaciones externas del aparato locomotor.

TERAPIA OCUPACIONAL

Especialidad paramédica de Rehabilitación que busca orientar las acciones voluntarias de psicomotricidad hacia tareas laborales inespecíficas o recreacionales.

LOGOTERAPIA

Especialidad paramédica de Rehabilitación que desencadena y dirige, como en Cinesiterapia, acciones psicomotoras, pero de creación y expresión de los aspectos verbales, desde las acciones motoras al enriquecimiento del simbolismo.

TECNICA ORTOPEDICA

Especialidad paramédica de Rehabilitación que se ocupa de provocar acciones de psicomotricidad voluntaria, bien mediante ayudas (ortesis), bien mediante sustituciones (prótesis), capaces de suplir las deficiencias existentes en el aparato locomotor.

ASISTENCIA SOCIAL

En Rehabilitación, el técnico correspondiente se obliga a sí mismo a encontrar tareas que permitan engranar las acciones psicomotrices de cada minusválido con su entorno social.

ORIENTACION PROFESIONAL

Equivale, en Rehabilitación, a dirigir los potenciales psicomotores del individuo minusválido hacia una proyección laboral que le motive en relación con el entorno y le conceda una autosuficiencia aceptable.

FORMACION PROFESIONAL

Puede decirse que es la plasmación de todos los contenidos anteriores en una situación determinada de trabajo.

Nos queda, por último, en esta apresurada exposición decir, que el número total de comunicaciones presentadas al Congreso fue de 40, si bien el número de inscritos sobrepasó con creces la cifra de 300. A nuestro modo de ver imperó un sentido de inquietud, de búsqueda y de humanismo. Domina todavía lo práctico, pero los necesarios fundamentos teóricos irán sin duda llegando. A ello hemos pretendido contribuir con nuestro modesto trabajo.

NOTICIERO

HEMOS recibido el Boletín Científico-Técnico Inder-Cuba que depende del Centro de Documentación e Información del Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER). Es una revista de cómodo tamaño (15×25) dirigida por Jorge García Bango, cuya apariencia sencilla y sin lujos externos no debe llevar a menospreciar su contenido denso dedicado a temas de investigación en relación con la práctica deportiva.

Convocado por la Fundación Ramón Areces

CONCURSO NACIONAL PARA LA ADJUDICACION DE AYUDAS A LA INVESTIGACION

LA Fundación Ramón Areces tiene como objetivo fomentar el desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura. Debido a ello, entre otras acciones, la Fundación realiza una convocatoria para financiar la redacción de hasta diez proyectos de investigación que versen sobre algunos de estos temas:

a) Indicadores del Bienestar Fetal (período intrauterino, preparto y parto).

b) Utilización de la energía radiante solar en España.

c) Medios y procedimientos que permitan aumentar la producción española de piensos y forrajes ricos en proteínas.

Las solicitudes para tomar parte en el concurso habrán de ser presentadas en el domicilio de la Fundación Ramón Areces, Avda. del Generalísimo, 25, planta 5.ª (Edificio Codagua), Madrid-16, antes de las doce horas del sábado, día 30 de abril de 1977. Con respecto a la información necesaria, los interesados pueden consultar en la misma Fundación.



«Un siglo de educadores españoles (1840-1960)»

II JORNADAS DE PEDAGOGIA

«EN el comienzo de este siglo se inicia en España un movimiento del cual quizá las personalidades más representativas son el P. Ruiz Amado y Rufino Blanco, que se orienta principalmente hacia una pedagogía sistemática y científica que exista y que legitime su existencia. En esta época de auge de la pedagogía intuitiva y artística y de inicio de la pedagogía científica se desenvuelve la vida de Pedro Poveda que supo ver, por una parte, la profunda raíz social de la educación y, por otra, la necesidad de que la actuación educativa estuviera ordenada por una mente sistemática en la cual la intuición personal del maestro se vea reformada por la evidencia objetiva de la ciencia.» El párrafo citado pertenece a la conferencia de don Víctor García Hoz que, con el título «El P. Poveda y la Formación de la Pedagogía Científica», pronunciara en las II Jornadas de Pedagogía organizadas por la Fundación Universitaria Española. Las mismas se llevaron a cabo entre el 28 y 30 de enero y se analizaron las propuestas de varios importantes educadores españoles del último siglo.

BOLETINES DE LA FUNDACION MARCH

EL Boletín Informativo de la Fundación March publica, en su número de enero, un ensayo del profesor Rodríguez Delagado, director del Departamento de Fisiología de la Universidad Autónoma de Madrid, sobre el tema «Control electrónico del cerebro». En el mismo explica los fundamentos de las técnicas mediante los cuales por estímulo eléctrico de estructuras cerebrales determinadas, se pueden controlar muchas funciones corporales; entre ellas el humor y el afecto. El mencionado ensayo es el primero de los que dedicará el Boletín durante 1977 al tema de la Biología.

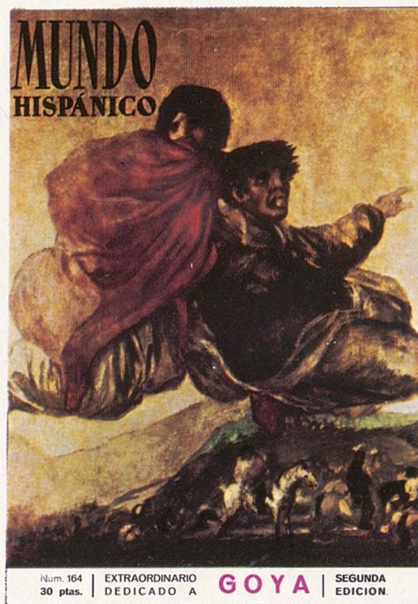
En el número de febrero se publica un ensayo del profesor Grande Covián sobre el tema «Bioquímica de la nutrición».

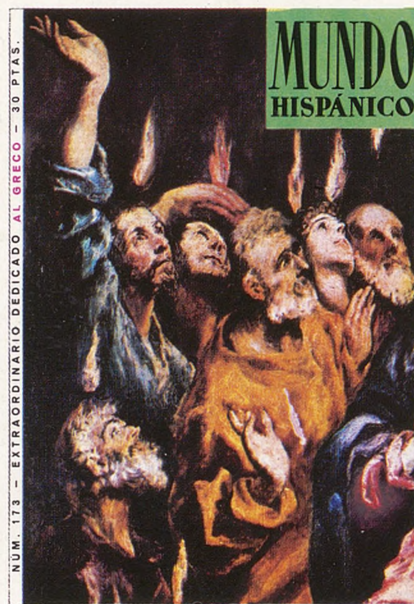
MUNDO HISPANICO

UNA REVISTA EN ESPAÑOL PARA TODOS LOS PAISES

EJEMPLARES SUELTOS DE VELAZQUEZ - GOYA - GRECO







Los tres vértices de la pintura española y universal de todos los tiempos, en tres números monográficos. Magníficos ensayos literarios e históricos de los mejores especialistas en la materia, ampliamente ilustrados con reproducciones en color y negro.

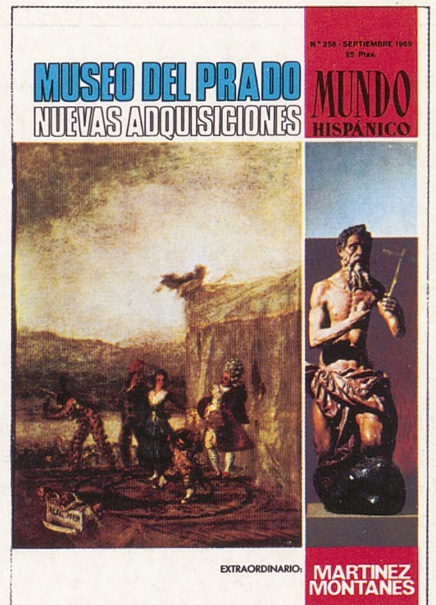
ZURBARAN

MUSEO DEL PRADO
(NUEVAS ADQUISICIONES)

MARTINEZ MONTAÑES

La trilogía de pintores españoles se completa, con los números especiales de MUNDO HISPÁNICO dedicados a Zurbarán, a las nuevas adquisiciones del Museo del Prado y a Martínez Montañés, el gran imaginero religioso del barroco español.





RUBEN DARIO

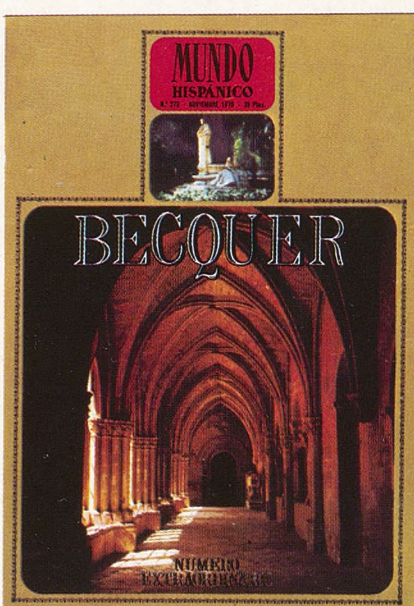
BECQUER

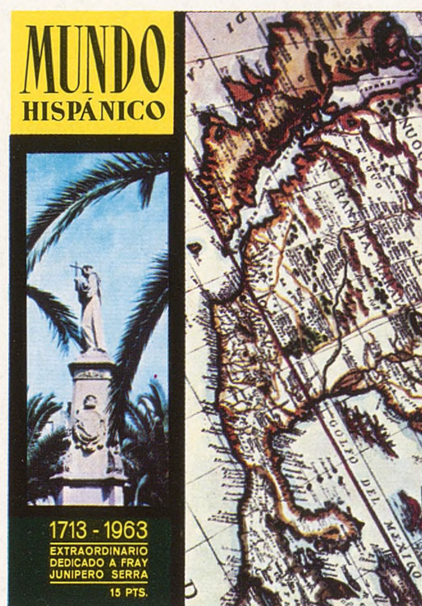
Dos cumbres de la poesía hispánica. Las máximas figuras del Romanticismo y del Modernismo, en sendos números especiales con gran riqueza literaria e iconográfica.

FRAY JUNIPERO SERRA

La sorprendente aventura misional de Fray Junípero Serra, apóstol y fundador de California.







REVISTA MUNDO HISPANICO - Avenida de los Reyes Católicos, s/n.º - Apartado de Correos 245 - MADRID - 3



Vaso efigie taino
(Museo del hombre dominicano, Santo Domingo, República Dominicana).